



MARTA MARTÍN GIRÓN

En aquel

ÚLTIMO

aliento



EN AQUEL ÚLTIMO

Aliento

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: En aquel último aliento.

© Marta Martín Girón

Nº Registro: M-002666/2017 09RTPI02956.1/2017

Maquetación: *Trabajobbie*

Portada: *China Yanly*

Primera edición: Mayo 2017

EN AQUEL ÚLTIMO

Aliento

MARTA MARTÍN GIRÓN

A todos aquellos que han encontrado el amor
y lo avivan cada día.

INTRODUCCIÓN

Dana

Desperté sobresaltada al tiempo que mi pecho palpitaba descontrolado. Acababa de tener un sueño intenso a la vez que muy romántico. Verdaderamente me sentí enamorada de aquel hombre de rostro borroso que invadía ese mundo no existente.

Miré a la derecha y, allí, sin percatarse de nada, ajeno a mi particular aventura emocional, dormía Brian.

La realidad distaba mucho de lo que acababa de experimentar, mas algo me decía que, quizá, algún día dejaría de ser una fantasía.

Farón

Parecía que iba a ser una jornada más. Me quedaría en casa, sin hacer gran cosa, esperando alguna llamada de la compañía de telefonía móvil, algún nuevo cliente al que satisfacer sus necesidades. Pero ya estaba harto de tanta estupidez. Aburrido de sentir esfumarse de esa manera el tiempo. No quería seguir formando parte de un mundo tan vacío, monótono y sin alicientes. Y sí, tenía un empleo aparentemente cómodo que podía realizar desde casa, estaba casado y era padre de una bella niña... Pero ahora, más que nunca, notaba que me faltaba algo. Ni siquiera mi relación con Sofía era lo placentera que deseaba. Mi mujer tan solo se centraba en su trabajo y en nuestra hija. Desde hacía años, pasé a formar parte de un segundo plano para

ella, uno en el que no era su prioridad, y mi corazón demandaba atención.

Transcurría largas horas cada día sin saber qué hacer, y quería encontrar algo con lo que cubrir el afecto que no recibía.

No me consideraba una persona dependiente de nadie y menos de una mujer, pero la falta de compañía, la carencia de amor es algo a lo que el ser humano aún no está acostumbrado del todo. Creo que si nacemos, crecemos y vivimos en sociedad, es precisamente por eso, porque nos necesitamos los unos a los otros, porque somos seres hechos para convivir en colonias. Pienso que va en nuestra genética.

Aarón

Habían transcurrido dos meses desde que quedé con Álex a tomar un café. Aquella reunión de viejos amigos fue el detonante que inició el gran cambio.

Recuerdo cómo en mitad de las absurdecas y trivialidades de nuestra conversación, dejé escapar una atrevida idea que llevaba días rondando por mi cabeza. ¿De dónde la había sacado? No lo sé, pero aquel esbozo tenía muy buena pinta, y se podría convertir en una historia en toda su magnitud. Tras compartirla con mi colega, surgió la confirmación que deseaba recibir. Le había fascinado mi extravagante pensamiento y me animó a hacer algo con aquello.

—¿Por qué no escribes un libro? —planteó con entusiasmo. Por un momento dudé de sus palabras. Temí que solo se estuviera burlando del iluso que tenía frente a él. Si sus aclamaciones eran sinceras, supondría un empuje importante para mí, ya que, siendo sincero, esa idea no me pillaba por sorpresa, en realidad estuvo recreándose en mi mente en las últimas semanas dejando profunda huella. Tras barajarla, siempre llegaba a la misma conclusión: *¿Qué puedo perder?*

Y en verdad, no existía nada que perder. Absolutamente nada. A fin de cuentas, no tenía otra cosa que hacer más que ver morir a cada instante a los peones custodios de mi tiempo.

Dana

A veces, la vida es más dura de lo que nos podemos imaginar. Por

fortuna, son rachas que van y vienen, etapas que no se quedan en nuestra realidad para siempre. Es necesario acostumbrarse a ello lo antes posible, liberar las emociones, dejar pasar los tormentos, o mejor dicho, ayudarles a cruzar tu pecho sin que queden agujeros. Mas las grietas siempre van a estar ahí. Perdurará una huella recordándonos una fase de nuestro crecimiento donde se produjo un profundo impacto.

Me pregunto por qué el ser humano se abraza con más intensidad a los momentos traumáticos que a los apasionados que nos colman de felicidad. Supongo que solo depende de cada persona, de lo fuerte que seas, de tus capacidades de adaptación y olvido...

Mas yo necesitaba borrar el pasado. Era imperativo. Dejar atrás los momentos compartidos desde niña con él, con Óscar, mi mejor amigo. Quizá no acabar con ellos, pero sí hacer lo posible para que no me dolieran por más tiempo. Sabía que volcar mi atención en algo artístico podría darme buenos resultados, desde el punto de vista terapéutico. Era el momento de practicar algo nuevo: escribir.

Ya no vertería toda mi angustia desconsolada en lamentar su pérdida. En su lugar, extraería de mi pecho el amor que nos vio crecer y lo plasmaría en algo bello para memorarle. A fin de cuentas, él siempre me animó a hacerlo.

Me gustan tus cuentos, me decía. Aquellos que me iba inventando sobre la marcha cada vez que jugábamos o nos aburríamos.

El corazón me solicitaba amar su recuerdo sin miedo.

De la creación que surgiera a través de mis manos, guiadas por su esencia, nacería un *nuevo Óscar*.

Farón

—Toma, Álex, ya tengo el borrador de la novela —dije extendiéndole un documento impreso, convencido de estarle haciendo entrega de una verdadera obra maestra.

Nos hallábamos en el mismo café que nos vio reunirnos apenas tres meses atrás.

—¡¿Ya?! —contestó mi amigo asombrado—. ¡Qué rápido!

—Sí, ya sabes que tengo mucho tiempo libre... Además, no podía parar de escribir. Parecía que todo surgía con estructura, de la nada.

—Al parecer lo tenías más meditado de lo que pensabas —bromeó.

—No lo sé. Pero debo confesar que me ha gustado mucho desarrollarlo.

Me sentía feliz. Desconocía si le iba a gustar mi trabajo, pero estaba orgulloso de mí mismo, y consideré que eso era lo más importante.

Por fin, después de tantos años, empezaba a encontrar sentido a mi vida. Ya no importaba que Sofía no tuviera tiempo para mí. Había descubierto algo que compensaba todo ese espacio; al margen, claro, del lapso que disfrutaba por la tarde con mi hija, Lucía.

—¿Lo leerás? —le pregunté con cierta duda.

—¿Estás loco? Claro que sí. Recuerda que yo te di la idea. Si luego te haces famoso, me tendrás que nombrar en tus agradecimientos y discursos —bromeó. Aunque sus palabras no eran del todo sarcásticas. Eché a reír porque, en efecto, ambos sabíamos que tenía razón; me había atrevido a dar aquel paso, en buena parte, gracias a él.

—Está bien, cuando me den el premio Planeta o el Nobel de literatura, te citaré en mi *sermón* de agradecimiento.

—Eso me va gustando —afirmó con una sonrisa de complacencia.

Al cabo de dos días, mi colega me llamó para quedar conmigo.

—En el bar de siempre a las diez —indicó misterioso.

Y así fue. Cuando llegamos a nuestro particular sitio de reuniones, y después de pedir un café solo cada uno, me miró a los ojos con rostro serio.

—¿Qué, me vas a decir ya lo que te pasa? —le pregunté.

—Ya he terminado... —dejó caer sumiendo su frase en la incertidumbre.

—¿Y...?

—Todavía estoy alucinando.

Permanecí callado, mirándole, tratando de descifrar aquellas palabras. Desconocía cuál sería su pensamiento: ¿le habría gustado o pensaría que era la mayor mierda que había visto en su vida?; aguardé con paciencia a que continuase hablando.

—Me ha encantado —dijo al fin.

Traté de mostrarme comedido, disimular mi evidente júbilo; podría encontrar a gente que pensase distinto a él. Aun así, algo dentro de mí respiró con tranquilidad. Álex estaba siendo la primera persona que leía mi trabajo y su opinión, su impresión era muy importante. Solo imaginar que pudiera adentrarse en *la intimidad* de mi primogénito y pensase que no valía nada, me estuvo imponiendo un gran respeto.

Aproveché esa deferencia para cuidar los detalles mucho más. A pesar de mi novatez y aunque pudiera resultar casi imposible o inverosímil, deseaba que aquella muestra de mí mismo fuera perfecta.

—Solo tengo algunas anotaciones que darte —indicó extrayendo de su cartera una carpeta y de ella un taco de folios garabateados.

Le miré con cara de asombro.

—¿Qué es todo eso?

—Son unas pequeñas anotaciones y sugerencias que me iban viniendo a

la cabeza según leía —explicó mesurado.

Entendí el motivo de su tímida argumentación, temía mi posible reacción. Le miré a sus grandes ojos marrones y ellos mostraban prudencia y respeto. Al cabo de un instante por fin le contesté.

—Es genial —dije agradecido. Álex suspiró—. Ya tengo trabajo —expresé gesticulando una sonrisa.

—Sí, eso parece —rio conmigo.

Cuando llegué a casa, comencé a ojear las sugerencias de mi amigo. Eran bastantes. Sin embargo, no tenía fuerza ni ánimo para comenzar a estudiarlas. Lo dejaría para el día siguiente, cuando en el silencio de la mañana mi cabeza necesitase distraerse con algo de provecho.

En ese momento me percaté de que mi orgullo había sido tanteado. Le entregué mi trabajo convencido de que ya rozaba la perfección, y él me lo devolvió plagado de anotaciones... Ese montón de hojas contenían muchas más de las que hubiera imaginado nadie pudiera encontrar.

Reflexivo, fui a la cocina a prepararme un café bien caliente, tras ello, con el portátil a cuestas, trasladé mi *centro de trabajo* al comedor. Encendí el aparato y esperé con paciencia a que arrancara; mientras tanto, dejé a mis papilas gustativas deleitarse con el templado caldo de cafeína. Esa tranquilidad me hizo zambullir en mis pensamientos: aquellas interminables hojas de apuntes y correcciones, servían para ver detalles que antes se escurrieron entre las, quizá, quince veces que pude releer a mi pequeño vástago.

El lector posee una capacidad muy importante, pensé, una que un buen escritor siempre necesitará: la perspectiva sin implicación que el autor muchas veces no consigue tener.

Di otro sorbo...

¿Y luego qué?, medité. ¿Quién más lo va a leer? ¿Mi familia, Sofía...? ¿Y si no les gusta? Ni siquiera saben que he creado una novela. Mi padre se va a cachondear de mí, no se va a creer que haya sido yo quien lo ha escrito, le conozco, me vacila mucho... ¿Y Sofía..., querrá leerlo? Ella también desconoce la importancia que supone para mí este proyecto. Creo que, cuando se lo dejé caer, pensó que se trataba de una broma o que me entretendría garabateando cuadernos y folios sueltos sin mayor pretensión que ocupar el tiempo... ¿Qué pensarán cuando les diga que deseo publicarlo para que me lea todo el mundo? ¿Me tomarán el pelo? No creo. Espero que no... Cuando corrija las anotaciones de Álex, se lo diré a todos y buscaré la forma de publicar mis libros. Sé que este va a ser el primero de unos cuantos. Además, me da el pálpito de que haber dado este paso, de alguna manera, me va llevar a cubrir el hueco que tanto tiempo ha estado deseoso de ser ocupado.

Llevaba horas deseando que cayera la noche, que Lucía se fuera a la cama para quedarme a solas con Sofía. Esa madrugada deseaba hacer el amor con mi mujer como tiempo atrás, olvidándonos de todo, disfrutando de nuestros cuerpos desnudos, palpando el sudor del placer a través de nuestra piel. Me sentía tan eufórico por haber llevado a cabo algo que no sabía si sería capaz de hacer o tendría el valor de concluir, que la emoción recorría mi

organismo; la testosterona parecía haber invadido mis venas y genitales.

Unos instantes después de que mi mujer se metiera en nuestro cálido nido, fui a su encuentro. Me colé con disimulo debajo de las sábanas; su anatomía me daba la espalda. Pasé la mano por su muslo en dirección a la cadera. Casi había olvidado la suavidad de su piel. Solo de imaginar lo que a continuación deseaba hacer, sentí mi pulso acelerarse. Mas su primera reacción fue esquivada. Con el codo hizo un movimiento parecido al de espantar a un bicho. Y aunque estaba acostumbrándome a esa respuesta, *qué triste*, esa noche no quise ceder. La giré hacia mí y la besé sin contemplaciones. Un beso largo y profundo, uno de los que hacía meses no era capaz de darle.

Esa madrugada me volvía a sentir enamorado, pero de la vida.

Dana

La poesía inundaba mis pensamientos aunque todavía no lo sabía. Mi autoterapia estaba empezando a surtir efecto. Los primeros días fueron duros, el recuerdo de Óscar permanecía arraigado entre dolor y nostalgia. Siempre pensé que nos unía un amor platónico y, ahora, eso se confirmaba más que nunca.

Lloré, sin motivo aparente, solo por evocarle. Reí, recordando su sonrisa, la misma que luego me llevaba a sumergirme en un mar de lágrimas, sin consuelo, porque ya no le volvería a ver. Y de nuevo, surgía de la nada su fuerza, una energía que me empujaba a seguir adelante, a no rendirme aunque las emociones quisieran aplacarme en un aluvión de sentimientos y deseos inalcanzables.

Al cabo de unos días lo conseguí. Estaba superando la agonía,

reconstruyendo su ausencia, elevándola por encima de la aflicción. Su pérdida ya no era completa, ni real del todo. Él seguiría estando, pero ahora, con la forma de una bonita novela.

Cuando finalicé el libro, quise que Brian lo leyese. No sabía cómo le iba a sentar, aunque supuse que quizá no muy bien. No alcanzaba a entender la relación tan estrecha que tuve con Óscar. Por largo tiempo traté de explicárselo, era mucho más que un amigo, un confidente, como un hermano, aunque en el fondo intuía que también nos unía una cierta atracción física que nunca quisimos empañar. Teníamos tanta complicidad, que la quisimos dejar intacta. ¿Miedo, tal vez? Sí, es posible. El miedo a perder algo extremadamente valioso para nosotros por hacer una tontería, por dar placer a un momento de deseo o excitación.

Sin haberlo hablado nunca, ambos decidimos dejar el amor carnal aparcado. Y al principio fue duro. Verle salir con otras mujeres, observar cómo las besaba delante de mí tratando de disimular... Sí, sin duda fue todo un reto. Aunque viendo la forma en que me miraba..., intuía que era recíproco.

Así nos pasamos los años, hasta que empezamos a tejer un velo de distancia. Quizá para no tentar a la suerte, muy probablemente porque, cada día que finalizaba, nos sentíamos más débiles de mantener nuestra inexistente promesa.

Él inició su trabajo en la ciudad y se mudó allí. Yo decidí quedarme en el mismo pueblo que me vio crecer.

Fue entonces cuando conocí a Brian en un pequeño restaurante. Después

de unos meses alternando, comenzamos a salir. Una relación que duraba más de cuatro años, tres de ellos conviviendo. Me sentía bien a su lado mas..., aun así notaba faltarme algo, desconocía qué.

—¡Lo he terminado! —le dije a Brian según cruzó la puerta de casa. Volvía tarde de su jornada.

Su reacción no fue la que hubiera deseado. Tal vez porque venía cansado, pero no mostró ningún entusiasmo. A lo mejor en su interior sintió alegría por mí, mas algo me decía que, en realidad, le daba igual.

—Qué bien —contestó anodino.

Traté de mantener la ilusión sin dejarme aplastar por su apatía. Aquello era muy importante.

—Me gustaría que lo leyeras —le pedí con sinceridad.

—Vale. ¿Lo has pasado ya a limpio, o sea..., al ordenador? —se rectificó a sí mismo distraído.

—Sí, ya está en formato electrónico. Si quieres te lo puedo descargar en tu ebook —contesté alegre.

—Vale. Cógelo del primer cajón del despacho y lo metes —ordenó mientras soltaba sus cosas por la casa.

Por un momento sentí incomprensión. No se daba cuenta de lo que eso representaba, del esfuerzo realizado, de lo mucho que había volcado en aquellas hojas de papel artificial. Busqué la forma de mantenerme confiada y no cuestionar su reacción. Aunque era un poco tarde, la primera desilusión ya me la había llevado.

Esperé con paciencia lo que fueron tres largas semanas hasta que, al fin, me dio su veredicto.

—Está muy bien. —Parecía sincero aunque seguía sin mostrar gran entusiasmo.

—¿De verdad te ha gustado? —repliqué.

—Sí, bastante. Siento que ya no esté tu amigo... Ahora me doy cuenta de que, a pesar de no demostrarlo de forma abierta, debiste sufrir mucho.

Había transcurrido largo tiempo desde su partida, pero agradecí las condolencias.

—¿Es muy dramático? —cuestioné con cierto miedo. No quería que fuese una novela de desesperación, tristeza ni desconsuelo. Al margen de tener un tono dramático, inevitable por otra parte, deseaba que transmitiese alegría y esperanza. Sobre todo, que fuera un fiel reflejo a nuestras aventuras y diversiones juntos, conservar latente su esencia más positiva.

—No, no. Es un poco trágico, pero a la vez bonito y optimista.

Sin darme cuenta, le miré con cara de pocos amigos subiendo ligeramente la ceja. ¿Eso qué quería decir? ¿Era un cumplido, una opinión sincera, una mentira piadosa?

—Lo voy a publicar —informé convencida.

Recibí un largo silencio como respuesta. Aquello me hizo plantearme cosas.

—Dime algo —reclamé serena.

—Me parece bien. Si es lo que tú quieres...

A veces pensaba que no me entendía, y nuestros sueños y formas de ver el mundo eran muy diferentes. Noté cómo se imponía la distancia, dejándome

con la sensación de que una brecha se abría paso entre nosotros.

—¿Tú no lo harías? —inquirí.

—No lo sé... ¿Lo ha leído alguien más a parte de mí? —Su cuestión parecía ocultar un mensaje subliminal.

—Solo tú —contesté. No sé por qué, pero su réplica me entristeció. Intuí que no le había gustado mi trabajo o, peor aún, no creía lo suficiente en mí. Por su parte, volvió a guardar silencio. Aquellos vacíos en el aire me desquiciaban. Quería un consejo, una palabra, algo que me diese una pista; pero no, solo me miraba esperando, como si fuese una estatua.

Su actitud, carente de sonido, me dio que pensar. Decidí releer con calma la primera obra de esta nueva trayectoria, bajo mi propio punto de vista, el mayor logro alcanzado hasta la fecha.

Amaba aquellas letras y lo que atesoraban en su interior. Podría estar pecando de no ser lo suficientemente objetiva, pero, no creía que fuese una novela tan mala, al menos no lo sentía así. Y de pronto me vino la imagen de Begoña a la cabeza. Hacía semanas que no hablábamos, ni siquiera le había contado que estaba escribiendo, pero supe que ella me entendería y, tal vez, quisiera darme su punto de vista acerca de la obra y mis pretensiones.

Así hice. Sin perder un solo minuto dejé a Brian con su insipidez y falta de ánimo, y llamé a mi amiga. Me encerré en la habitación. Su actitud hacía que quisiera mantener las distancias con él.

Transcurridos esos primeros minutos de convencionalismos sociales en los que el teléfono comenzaba a recalentarse en la oreja, al fin me atreví a contarle mi pequeño secreto. Tenía miedo a encontrar otra reacción anodina y apática. En cambio, lo que hallé fue distinto por completo.

—¿Qué dices? —espetó medio chillando de alegría.

—He escrito una novela —repetí sorprendida a la vez que sentí mi pecho

palpitar de júbilo.

—¿Pero, por qué no me habías dicho nada? —replicó—. Con lo que me gusta leer...

—Ya p...

—¿De qué va, de qué va? —me cortó con brusquedad movida por su euforia; eso me hizo reír.

—Hablo de Óscar y la relación que tuvimos, de su enfermedad, su muerte, cómo nos conocimos...

—¡Oh, Dios! Tiene que ser muy bonita. —Noté cierta tristeza en sus palabras.

—He tratado de no recrearme demasiado en el drama...

—Seguro que es preciosa. Yo quiero leerla, ¿puedo? —Me recordó a una niña pequeña.

—Sí, claro. De hecho me encantaría. Necesito una opinión sincera y creo que tú eres perfecta para eso.

—Por supuesto que sí. Si no me gusta, sabes que te lo voy a decir —contestó riéndose sin tapujos.

—Lo sé —reí junto a ella.

—Mándamela por email y cuando la haya leído hablamos, ¿vale?

—Sí, me parece genial. Muchas gracias —respondí con creciente alegría.

—Es un placer, Dana. —Percibí su sonrisa al otro lado del auricular.

Para no condicionar su veredicto, decidí omitir el detalle de quererla publicar, sin embargo, la idea de hacerlo cobraba fuerza.

Farón

—Sofía, he pensado que quiero sacar la novela al mercado —dije a mi

mujer sin saber muy bien cuál sería su reacción.

—Estupendo, ¿y qué tienes que hacer? —planteó sin andarse por las ramas.

—Pues supongo que buscar una editorial o..., no sé. Tengo que estudiar cuál puede ser la mejor opción. —No tenía ni idea de cómo hacerlo, era un mundo totalmente nuevo para mí.

Mientras le hablaba, siguió vistiéndose para ir a su negocio: una peluquería que montó tiempo atrás con una amiga de la adolescencia, su sueño desde que la conocí. Allí pasaban, ella y su compañera, las horas muertas.

Mi breve *explicación* fue el final de la conversación. Sofía se centró en arreglarse, en atusar después a nuestra hija y salir, como cada mañana, escopetada de casa. Ni siquiera me había leído. No mostró la más mínima intención de hacer un hueco en su *apretada agenda* para ello. Pero no quise darle importancia.

Tras unos minutos de ajetreo doméstico, me vi, una vez más, en la soledad de mi hogar. Sofía dejaría a Lucía en el colegio; le cogía de camino. En cuanto a mí, tendría toda la mañana, hasta el mediodía que volverían para comer, para investigar cómo editar y publicar mi pequeña joya.

Dana

Me llamó a primera hora de la mañana. Según dijo, no pudo dormir bien aquella noche dándole vueltas a la cabeza.

—Anoche terminé de leerte.

—¿Begoña? —pregunté medio aturdida tratando de calmarme tras el sobresalto del teléfono. No acostumbraba a recibir llamadas en el fijo a horas

tan tempranas.

—Sí, claro, ¿quién voy a ser si no? —replicó con gracia.

—¿Qué ha pasado?

—Ayer terminé de leer tu libro.

—Sí, ya te he oído.

—¡Holaaa! ¡¡Espabila!!

—Déjame, que todavía estoy dormida... —La regañé con pereza.

—Bueno, no te enfades. Es que no podía aguantar más tiempo para llamarte. Y no quería escribirte porque sé que a veces no miras el móvil en todo el día... —Aquello me hizo sonreír.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado o llamas para regañarme?

—¿Que si me ha gustado? Me ha encantado. Es una maravilla — argumentó con voz estridente.

—¿De verdad? —Por un instante dudé de si me estaba tomando el pelo.

—Claro que de verdad. Es muy bueno. Tienes que publicarlo. —Me animó sin pensar.

—¿Sabes qué? Anoche me acosté muy tarde buscando cuál sería la mejor manera de hacerlo. Pensaba llevarlo a editoriales, pero no parece nada sencillo.

—Olvidate de editoriales —me increpó—. Sácalo a través de internet. Sé que hay muchas personas que están haciéndolo de ese modo, a través de la plataforma online *Paradise*. ¿Te suena? —indagó nerviosa.

—Sí, claro que me suena. Es bastante famosa, ¿no?

—Sí. Vende infinidad de productos en todo el mundo, y creo que tus libros también podrían ser aceptados.

—¿De verdad? —pregunté ignorante.

—Búscalo, ya verás. Seguro que encuentras cómo se hace y sus condiciones.

Su información rompía todos los esquemas de mi cabeza. Sin duda su propuesta resultaba tentadora, pero debía informarme bien antes de proceder. No quería dar un paso del que luego pudiera arrepentirme.

Farón

La mañana transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Estuve escudriñando como nunca antes lo había hecho. Deseaba tanto tener la posibilidad de llegar a miles de lectores, que me sumergí en una búsqueda sin igual.

Tras dar muchas vueltas y barajar varias posibilidades, encontré una que llamó poderosamente mi atención. Era algo novedoso, quizá no tanto, pero sí desconocido para mí: *Paradise*.

Echaba por tierra muchos moldes y costumbres. Suponía una oportunidad con la que abrirte hueco en un imperio de titanes donde solo pueden meter la cabeza unos cuantos eruditos o enchufados, no lo tenía muy claro todavía. No obstante, no sabía si aquello era lo que en realidad quería. Supongo que, en parte, me daba miedo que muy pocas personas vieran mis trabajos (ya tenía las miras puestas en los próximos). Temía arrepentirme de mi elección.

Si conociese a alguien que ya lo hubiera hecho y me contase su experiencia..., a lo mejor me animaba a tomar un camino u otro, reflexioné.

Entre ventanas y páginas virtuales, llegué a un foro, «*Escritores de ahora*», donde más autores noveles se hallaban como yo: sin saber qué hacer ni cómo dar el siguiente paso.

Me registré sin pensarlo dos veces. Era muy probable que encontrara información valiosa, debía aprovechar la coyuntura.

Dana

Al colgar a Begoña fue cuando realmente noté lo emocionada que me sentía. Como si fuera una niña, empecé a dar saltitos por la casa emitiendo pequeños bufidos de júbilo. Todavía no sabía cómo, pero iba a publicar mi novela; el convencimiento ganaba terreno.

Sumida en esa vorágine de alegría, busqué en internet información de la empresa que podría convertir mi sueño en realidad. Tras teclear «Paradise» en el buscador, apareció el titán de prestigio a nivel mundial e imparable trayectoria desde hacía unos años. Ahora se hallaba consolidando su presencia también en la venta de libros electrónicos, tanto dispositivos, como los propios ejemplares literarios en diversos formatos. Aquello parecía ser prometedor.

Indagué en las condiciones que ofrecían. Luego busqué alguna otra plataforma que se asemejara. Después de mucho investigar, llegué a la conclusión de que *Paradise* sería mi editorial, aunque realmente fuese yo quien hiciera todo el trabajo...

Aarón

Encontré testimonios de todo tipo. Escritores noveles que vendían, los que no, los que estaban contentos y los que se sentían defraudados, algunos llevaban cierto tiempo y otros, apenas un par de meses. Sin embargo, la mayoría atestiguaban sentirse satisfechos.

Algunos veteranos afirmaban haber pasado por editoriales. No grandes sellos, pero sí determinadas empresas que se ponían esa etiqueta social para hacerse con obras, derechos de autor, dinero e ilusiones, sin ofrecer al autor

prácticamente nada suculento que llevarse a casa (aunque, como en todo, siempre hay excepciones). Viendo el panorama general, creí que merecía la pena dar una oportunidad a esa nueva forma de concebir la edición.

CINCO MESES

Después

Dana

El sudor invadía mi frente. Abrí los párpados tratando de entender, en medio de la oscuridad, qué acababa de ocurrir. Su recuerdo, rostro y figura sobre aquella cama blanca, me hicieron recordar el sufrimiento de su partida. Era todo tan real...

Fueron momentos difíciles. Apenas nos dio tiempo a reaccionar. Antes de poder darnos cuenta, nos estábamos concediendo nuestro último *adiós*.

Las lágrimas brotaron sin remedio hacia la almohada. El desconcierto se apoderó de mi razón. No sabía qué pensar, el silencio lo invadía todo privándome de consuelo. La escasa claridad filtrada entre las cortinas me hizo sentir dentro de un pozo, el de mi propia soledad.

Sólo un detalle me condujo a recobrar la compostura, sus escasas palabras antes de marcharse: *Lo acabas de encontrar*.

Abandoné mi confortable nido, el reloj indicaba más de las ocho de la mañana. Brian se acababa de marchar a trabajar. Yo lo hice minutos después. Organizando la jornada, me di cuenta de lo rápido que transcurre el tiempo. Cumplían cinco meses desde que me atreví a lanzar mi primera novela y, lejos de mis nulas expectativas, empezaba a recibir críticas muy favorables. Mi *bebé* gustaba, pero necesitaba más. Deseaba immortalizar el recuerdo de Óscar a través de los corazones de muchos otros lectores, sin embargo, de nuevo desconocía cómo hacerlo.

La frase de mi amigo resonó fresca en mi cabeza distraída: «*Lo acabas*

de encontrar».

¿Tendrá algún significado?, me pregunté. Pero traté de no darle muchas vueltas; el trabajo me reclamaba.

Con un café en la mano, fui al ordenador para buscar formas de dar visibilidad a la novela. De rebote, llegué a un foro donde se trataban diversos temas literarios. Aquello me pareció un regalo. Encontré a cientos de personas como yo. La mayoría de testimonios los ojeaba por encima, hasta que vi por casualidad uno que llamó mi atención sobremanera; tanto que paré en seco. Lo leí con calma. Afirmaba haber publicado su primer libro, el mismo día y mes que yo. Ante la sorpresa, me advertí sonriendo.

¿Cuántos nos habremos estrenado en esa misma fecha?, pensé.

No pude dejarlo pasar. Movida por un impulso automático e inconsciente, abrí la página de Paradise y le busqué. Tras ojear con detenimiento toda la información que allí figuraba, compré su novela.

De pronto, sentí deseo de saber cómo escribían otros compañeros; quizá, sin saber por qué, de averiguar cómo se desenvolvía él.

Arón

Había oído hablar de una red social donde iban a parar la mayoría de novelistas. Al parecer, suponía una buena forma de interactuar con lectores, seguidores... Quería probarlo por mí mismo, ver si de verdad me ayudaría en mis objetivos.

Me abrí un perfil y tras llevar una temporada, poco a poco empecé a conocer a otras personas con inquietudes parecidas a las mías. Pero conocer a gente, en sí, no era mi prioridad; para ser sincero, el principal, y casi único interés de mi presencia en esa red, consistía en dar a conocer mi libro y los

que llegasen después.

Haciendo balance, a pesar de llevar poco tiempo formando parte de ella, el resultado era alentador: mi novela gustaba más de lo que hubiera imaginado y algunos lectores acudían a mí para felicitarme. El trabajo iba surtiendo efecto. De entre ellos, los hombres me daban la enhorabuena resaltando la originalidad del argumento; en cambio las mujeres... no sé, a ellas parecía caerles en gracia, incluso más de la cuenta. No entendía el motivo.

Al margen de eso, y aunque todavía era pronto para darme por satisfecho, ya que aún faltaba un largo recorrido por andar, me sentía motivado. Sobre todo pensando que apenas en unos días publicaría mi segunda obra.

Mientras tanto, la felicidad de mi nueva trayectoria laboral se veía empañada por la triste rutina del hogar. Todo seguía igual: Sofía a lo suyo: su negocio; Lucía en el colegio: sus deberes; unos templados pero escasos momentos de intimidad..., si es que los había y, la mayor parte del tiempo, solo en un mundo en el que echaba en falta a alguien que me escuchase, alguien con quien compartir realmente mis logros, los conseguidos y los que intuía que restaban por llegar. Mi compañera ya no lo era como al principio. Quizá yo también había cambiado, pero... Según iban transcurriendo los días, una parte de mí tenía cada vez más clara lo que deseaba disfrutar en la vida, y eso dejaba al descubierto que, al menos en ese instante, fallaba algo. Aunque, siendo sincero, lo peor de todo fue hacerme consciente de que esa carencia siempre estuvo ahí.

Al margen de la nostalgia, debía tener los pies en la tierra. La mejor manera en la que podría obrar, sería seguir concentrado en mis proyectos, en mis historias apasionantes y en ocasiones desgarradoras; olvidarme, en pocas palabras, de las cosas que anhelaba. Me aferraría a lo único que en ese

momento me daba motivos e ilusión cada mañana para levantarme: alcanzar mi sueño de escritor.

Una mañana, buscando entre los contactos de mis redes sociales, me encontré de rebote con una escritora más. Bueno, al parecer no era del todo «una más». Ese día el cansancio pesaba demasiado, enturbiaba mi concentración. Me sentía distraído y apático, en cambio, nada más verla, según supe de su existencia, algo captó mi atención. Escudriñé con detenimiento su información personal. Si la portada de su libro me engatusó, algo más, supongo que su nombre, me hizo quedar hipnotizado. *Dana Yasenta*. Nunca había escuchado ese apellido. Era posible que fuera un seudónimo pero, sin entender por qué, quedó grabado en mi memoria. Su primer trabajo parecía recoger un pasaje de su vida, una especie de homenaje a un amigo suyo fallecido recientemente. En el tiempo que llevaba sumergido en ese mundillo, no vi muchos libros de ese estilo; no parecía ser el género más empleado por un novel, a no ser que no me hubiera fijado lo suficiente.

Desde ese momento, igual que hacía con otra serie de personas, la mayoría escritores, comencé a seguir su perfil.

Dana

Llevaba un par de meses obligándome a hacer acto de presencia en las redes sociales. Para mí suponía todo un desafío; siempre quise pasar desapercibida ante los ojos del mundo y, ahora, casi me veía forzada a

mostrarme si quería llegar a los lectores. Me hallaba frente a uno de los grandes retos de mi vida: dejar atrás de una vez, los miedos a las críticas, al dichoso *qué dirán*, ese al que tanta energía le estuve regalando a lo largo de mi existencia.

Para «entrenarme», Begoña, que sin quererlo se había convertido en mi coach y asesora, me recomendó empezar a usar *Scrut*, una plataforma donde mostrar mis trabajos y conocer gente del mismo gremio. Una vez más, le hice caso. Creé una cuenta, con la única pega de que al principio no la usaba mucho. Tuve que acostumbrarme primero.

Un día, tras varios sin acceder, vi algunas notificaciones de seguidores nuevas. Las ojeé, como de costumbre. Entre ellas figuraba la de un tal *A_Valentia*. Al leer el nombre noté cómo instintivamente achinaba los ojos, tratando de vislumbrar algo que mis pupilas no percibían. Ese apellido me resultaba tan familiar..., no supe relacionarlo hasta que me percaté de que podía tratarse del autor al que acaba de leer: Aarón Valentia.

No sé el motivo, pero dudé de que en efecto fuese él. Era tanta la casualidad que parecía una broma. ¡Acababa de leerle! Me resultaba asombroso...

Sumida en el recelo más absoluto, fui a mi libro electrónico para comprobar su nombre. Para empezar, el apellido que figuraba en la portada coincidía. Mas quise cerciorarme por completo, de modo que avancé hasta la *nota de autor*, donde recordaba haber visto fugazmente sus datos de contacto para poder seguirle. En efecto, era él.

Guiada por un impulso, que se tradujo en una mueca en mi rostro y un encojimiento de hombros, cogí el móvil y le correspondí pulsando el botón «seguir».

Farón

Aquella noche fue un desastre. Apenas podía dormir dando vueltas a los continuos rechazos y esquivos que Sofía me daba. Aquello estaba empezando a mermar mi autoestima. ¿Me había convertido en un bicho tan gordo y feo que ni a mi esposa gustaba?

Pero no, no tenía sentido pensar así. Prácticamente a diario encontraba algun mensajito subido de tono de alguna desconocida. Me sentía confundido. No quería ni una cosa ni la otra. ¿Tan difícil era estar con la mujer a la que amas y podérselo demostrar en toda su plenitud?

Empezaba a dudar qué tipo de amor nos unía en realidad. Aunque tratase un acercamiento, sus respuestas resultaban frías, distantes, vacías... La educación y el respeto que nos teníamos mantenía aquel desastre a flote, y quizá, Lucía.

Una vez que mi mujer salió por la puerta de casa con nuestra hija, me puse manos a la obra con la siguiente novela. Estaba a punto de publicarla. La había repasado no sé cuántas veces.

Es una obra maestra, me decía convencido de ello.

Esta vez, Álex no tendría tantas sugerencias que hacerme y, los lectores..., ellos recordarían mi nombre toda la vida. Les transmitiría emoción, intriga, suspense, originalidad... A pesar de poder sonar egocéntrico, algo me decía que aquello era único, quizá el mejor thriller que cualquiera pudiera leer, y sí, estaba orgulloso porque ¿qué demonios?, había salido de mí.

Hice mi circuito mañanero habitual. Tras prepararme una buena taza de café bien cargado, ojeé *Scrut*. Luego, pasaría por el gimnasio a darle unos golpes al saco de boxeo. Esa mañana necesitaba soltar toda la energía acumulada. Además, notaba que era el momento de volver a ponerse en forma. Si Sofía ya no me miraba con el deseo pertinente, al menos yo trataría de hacer algo para sentirme bien conmigo mismo.

El desánimo me venía acompañando por momentos, últimamente cada vez más notorios y duraderos, pero seguía tratando de ocultarlo tras el trabajo. Sin embargo, el Universo me procuró un guiño que me alegró la mañana: la escritora, Dana Yasenta, había devuelto el «like». Me sorprendí con una sonrisa de satisfacción en la cara y un pensamiento que quería reforzar ese gozo: *Últimamente las mujeres me adoran*, reí ufano. Aunque sabía que era presuntuoso afirmar tal cosa. En realidad, deseaba que me siguieran y conocieran por mi trabajo, lo demás me sobraba todo.

Dana

A la noche llegó Brian de trabajar. Esa semana le tocaba cubrir el turno de tarde y no regresaba a casa hasta última hora. Le esperaba con la mesa preparada, lista para cenar.

—¿Qué tal el día? —dije abalanzándome sobre él según cruzaba la puerta de casa.

—Bien... —respondió con cara de pocos amigos.

—¿Se te ha hecho pesado?

—Sí, a veces es muy aburrido, otras muy monótono... —contestó sincero —, eso sin contar los momentos de estrés cuando se van acercando las horas de las comidas, cenas, desayunos, meriendas...

Miré su gesto sin saber muy bien qué decir. Le había animado en tantos momentos, dicho en tantas ocasiones las mismas palabras, que dudaba si tendría sentido pronunciarlas una vez más.

Su desesperación contagiaba. Aunque trataba de mantener mi estado anímico intacto, sus desoladoras emociones arrasaban todo cuanto encontraban a su paso. Amaba a Brian pero, cada vez con mayor frecuencia pensaba en las diferencias que había entre ambos. Eso me llevaba a que, en momentos de sumo pesimismo, mi mente terminase por cavilar cosas raras, especular con consecuencias «trágicas». Resultaba agotador. Lo mejor era dejar mis reflexiones aparcadas antes de llegar a la dolorosa hipótesis de una ruptura.

Notaba que una pequeña parte de él me envidiaba: por lo que tenía, por cómo gestionaba mi vida... Sin embargo, a pesar de quejarse por su monotonía, no hacía nada por cambiarla. Creo que un sentimiento de impotencia le bloqueaba a dar un paso definitivo en otra dirección. Se hallaba inmóvil, y yo, de alguna manera, me estancaba a su lado.

En determinadas ocasiones me recriminaba la comodidad de poder trabajar desde casa, y aquello me dolía. Unos años atrás me convertí en autónoma. Creé mi negocio de diseño de páginas web y soporte técnico gracias al apoyo de Óscar. Luché mucho por conseguir lo que deseaba. Ahora era mi propia jefa y empleada...

—Mañana ya acaba la semana —le dije con intención de animarle.

—Sí, por fin. —Su voz sonó tirante.

—¿Por qué no te planteas cambiar de trabajo?

—Para ti es muy fácil —reprochó sin miramientos.

Su contestación hizo que tomara cierta distancia física de él para poder observarle la cara.

—No, no es nada fácil ver cómo cada día vienes a casa con cara de perro
—repliqué de forma automática.

Observó mis ojos sin decir nada. Con un gesto esquivo, pasó por delante de mí en dirección al cuarto de baño. Por un momento me sentí estúpida. No estaba dispuesta a aguantar por mucho más tiempo esa situación, no tenía ganas de sostenerle esos absurdos cabreos y, menos aún, de que la tomase conmigo cada dos por tres. Había cosas más importantes en la vida que el trabajo, aunque él no parecía estar dispuesto a verlo. Se dejaba cegar por una autocompasión mal entendida que lo noqueaba y, a mí, me dejaba sin aliento.

Aarón

«Hola, ¿qué tal? Me llamo Aarón. He visto que eres escritora y no sé por qué, pero me ha llamado mucho la atención...».

Borré de forma automática el texto que pretendía enviar a Dana Yasenta. No tenía nada de malo, pero me sentí absurdo. Además, no quería ser el típico plasta moscón que va detrás de las mujeres, ni siquiera para conversar. Yo ya tenía la mía, y con ella era más que suficiente, aunque apenas intimáramos.

Cerré el icono de mensajes privados y miré los recibidos. Una chica de un blog literario acababa de escribirme.

«¡Hola!

Acabo de leer tu novela ‘Creando cielos nuevos’, y me ha encantado, así que voy a hacer una reseña para mi blog.

Cuando la publique, te avisaré.

Un saludo.

Bárbara».

¡Qué maja!, exclamé.

Fue toda una sorpresa. Sin haberlo pedido y ni siquiera conocerla, me iba a hacer una reseña.

Al final me lo voy a terminar creyendo..., me dije echándome a reír.

Pero al margen de la tontería que me pasó por la cabeza, aquello significaba dos cosas: una, que a algunas personas les estaba gustando de verdad mi trabajo, y dos, que la gente empezaba a recomendar mi libro.

Sentí cómo las puertas empezaban a abrirse para dar la bienvenida a mi siguiente creación.

Dana

Acababa de tener otro sueño, uno precioso, de esos que cuesta olvidar durante el día e, incluso, se graba en la memoria por largo tiempo dejando profunda huella: me sentía amada, realmente amada. Aquella figura de rostro desconocido y borroso encarnaba mis anhelos de cómo deseaba que fuera una relación de pareja. Dudé haber notado algo así en algún momento por Brian... Solo Óscar se aproximaba a ello. A pesar de que él nunca fue para mí, sí consiguió ser el único que hizo vibrar mi pecho de forma parecida. Supongo que un amor de ese tipo, con suerte, surge una vez en la vida, y yo, si es que lo encontré en algún momento, no lo supe ver.

El sueño me llevó a darme cuenta de que no quería seguir viviendo una relación que no me satisfacía plenamente, pero, sobre todo, no quería vivir enamorada de un recuerdo onírico o de lo que podría haber sido un vínculo afectivo con una persona que ya ni siquiera estaba en este mundo.

Tres pensamientos entraron enfilados por mi cabeza:

¿Es posible que ya no ame a Brian? Y, en ese caso, ¿por qué sigo con él?...

¿Seré valiente para tomar la decisión que debo tomar?

Sin saber el motivo, intuí que ese último paso podría ser bastante inminente y, con ello, partió desde mi pecho un suspiro que retumbó en el aire de la habitación, generando un eco que tambaleó todo mi cuerpo.

¿Otra vez a empezar...?

Farón

Mi segundo libro se abría paso con éxito. Había alcanzado un ritmo imparable y me sentía eufórico.

Mas, no solo estaba en racha con el trabajo, ahora podía decir que ya no era mi imaginación, realmente las mujeres me perseguían. La atención que no recibía de Sofía me la brindaban decenas de féminas. Encontraba de todo: las que se acercaban por simpatía y amabilidad y comentaban cualquier publicación, me hacían reseñas... ¡vale, hasta ahí bien! Todo normal y yo muy agradecido. El problema surgía con las que, desde su carencia afectiva o emocional (no sabía muy bien qué pensar), me mandaban mensajes pidiéndome una cita, mi número de teléfono, adornaban su encanto con insinuaciones o, directamente, me planteaban alguna proposición indecente. No cabía en mi asombro. No entendía qué estaba sucediendo. Quizá mi ser deseaba ser amado y emitía algún tipo de energía que las mujeres sentían... No sabía qué pensar.

Y sí, aquello me subía el ánimo aunque no lo quisiera, pero no me hacía feliz. De manera que, las terminaba ignorando. Ni siquiera contestaba sus

mensajes, menos aún les facilitaba mi número personal. No estaba loco, tenía una familia: mujer e hija de ocho años, y no la iba a destruir por haberme convertido en el capricho de cualquier desconocida, por muy guapas o atrayentes que pudieran resultar algunas.

Dana

No sé por qué esperé al domingo, pero nada más levantarme de la cama decidí que había llegado el momento de dejar mi relación con Brian.

Los nervios me invadieron por dentro. Tenía miedo a enfrentarme a él, a lo que pudiera decir. Sobre todo a que me pidiera otra oportunidad. No tenía ni fuerzas ni ganas para darle una sola más. Cada día transcurrido, cada charla mantenida, ya fueron ocasiones desperdiciadas.

Y sí, podía sonar cruel, pero no estaba dispuesta a salvar de nuevo nuestra relación en el último suspiro. Me negaba a ser siempre yo la que estuviese cuidando, mimando, protegiendo y observando nuestro camino juntos. Cuando existe verdadero amor, deseos e intenciones comunes, no hay necesidad de que nadie esté detrás avisando de que la relación está muriendo. Tú mismo lo verías. O, mejor dicho, si hubiese amor, del de verdad, hallarías las formas de no llegar a esos extremos.

Al parecer nuestra entrega nunca fue tan fuerte. Ahí me encontré en varias ocasiones: ante la inminente pérdida de nuestro futuro en común...

Después de mucho insistir, por fin aprendí algo muy valioso: en el barco del amor siempre debe haber dos capitanes, que se cuiden, se complementen y deseen navegar en la misma dirección. Que se respeten, se deseen, que lo quieran compartir todo, reír, soñar, llorar, caer y levantarse juntos una y las veces que hagan falta. Pero claro, para eso la relación no puede gobernarla

solo uno.

En nuestro caso, me sentí sola ante grandes tormentas, y en esta, ya no estaba dispuesta a salvar nada. Prefería naufragar.

A pesar de sentir amor por él, no era suficiente. Algo fallaba. En realidad, falló desde el principio, aunque no lo quise ver. Y el momento de concluir amanecía frente a mí.

Debo hacerlo, me dije.

Sabía que si no daba ese paso, transcurriría el tiempo lento, agónico y triste, hasta que al fin, en algún momento, después de peleas, rencor y desesperación, tuviésemos el valor suficiente de admitir que nuestro destino no era envejecer juntos.

ALGUNOS MESES

Después

Farón

Coincidiendo con el estreno de mi tercera novela, la plataforma *Paradise* celebró un evento en el que reunió a escritores independientes de todo el país.

Por fin conocería en persona a muchos de los autores con los que había estado interactuando en los últimos meses; les pondría cara real, cuerpo, voz, altura... y sobre todo, hablaría con ellos sin filtros, como antiguamente se hacía.

Al principio tuve dudas de si podría asistir. Quería que mi mujer me acompañara y pasásemos un fin de semana romántico fuera de casa. Lucía se quedaría con sus abuelos, cosa que también llevaba deseando hacer desde la última vez que los vio, y mis padres, siempre dispuestos y encantados de recibir a su pequeña con los brazos abiertos... En definitiva, todos saldríamos ganando.

Cuando se lo planteé a Sofía, vacilé ante su reacción.

—Ve tú —contestó sin darle más vueltas.

Me quedé paralizado, como si me hubieran frenado en seco. Noté cómo mi ceño se fruncía de desconocimiento e incredulidad.

—¿No quieres venir conmigo? —Vacilé—. El evento solo dura el sábado. El domingo lo podríamos aprovechar para hacer turismo. —Traté de proponerle un plan tentador, algo que le atrajera.

—Creo que deberías ir tú, yo puedo aprovechar para hacer cosas aquí. Además, alguien se tiene que quedar con Lucía —respondió esquiva.

—Si es por eso, tranquila; ya he hablado con mi madre para ver si se podían quedar con ella ese fin de semana. Ha dicho que no hay problema.

No hubo mucha más conversación. Dos semanas después, partía yo solo al evento.

Me sentía abatido. Asistí al acontecimiento porque me obligué a acudir, porque la razón argumentó que aquello era bueno para mi trayectoria profesional... Pero iba solo. Sin mi mujer. Sin alegría.

Definitivamente, Sofía no comprendía ni compartía mis deseos, y nos estábamos alejando, o, mejor dicho, me estaba apartando de su lado.

Dana

La primera semana fue muy dura. Lloraba cada dos por tres; parte normal de un proceso de separación, supongo. Por dichas lagrimales brotaba la decepción de no haber encontrado al amor de mi vida. Pensaba en Óscar, ¿qué habría pasado si hubiéramos salido juntos, trascendido nuestra amistad a algo más profundo, íntimo y carnal? ¿Habría acabado igual que ahora...?

Supongo que sí. Si hubiera sido *él*, me habría dado cuenta de alguna forma.

Mas resultaba absurdo pensar en aquello. Era un tormento innecesario que no ayudaba.

Traté de centrarme en el trabajo. Una vez más, eso supondría mi mejor vía de escape. ¿Y llorar? Sí, me permitiría seguir desahogándome todo lo que necesitara. La frustración y la decepción tenían que agotarse para poder volver a sentirme bien. Pero era inevitable que el estado de ánimo no se viera reflejado en mis resultados profesionales. Aun así, no le di importancia. En el fondo sabía que daba igual cómo me sintiese en ese momento, era consciente de que se trataba de algo pasajero. Pronto volvería a estar animada, a encontrar sentido a la vida, y retomaría los libros.

Aarón

A primera hora de la mañana, cuando ni siquiera asomaban los primeros rayos de sol, cogí el coche rumbo a la capital. Un largo camino, de algo más de quinientos kilómetros, me separaba de mi destino.

El lugar elegido para el evento fue un edificio moderno a las afueras de la ciudad, con grandes cristaleras por las que calaba la luz con fuerza. A pesar de la distancia, fui uno de los primeros en aparecer por allí. Me asombró lo bien preparado que estaba todo. Un servicio de catering y suave música de ambiente nos esperaba al entrar. Hacían de aquella una estancia muy confortable.

Según iban transcurriendo los minutos, el resto de invitados fue apareciendo y, con ellos, algunos rostros conocidos. Decenas de autores, quizá un par de cientos, hicimos acto de presencia en eso que, más que un evento, parecía una fiesta diurna.

—Hola, ¿Aarón? —Me di la vuelta después de sentir unos pequeños golpecitos en la espalda.

—Sí —dije dudoso. El rostro de esa chica me resultaba familiar.

—Hola, ¿no me reconoces? —expuso como si me estuviera leyendo el pensamiento—. Soy Bárbara, yo te...

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo —contesté interrumpiendo su explicación. La chica sonrió—. Muchas gracias por tu reseña. Me pusiste por las nubes...

—Sí, no era para menos.

—¿Y qué haces aquí? —pregunté un poco desorientado.

—Yo también escribo —dijo resuelta.

A pesar de que habíamos intercambiado algún mensaje, la situación

resultó un poco violenta. No me sentía cómodo del todo y un fugaz recuerdo de Sofía me hizo entristecer.

—Acabo de comprar tu nuevo libro —argumentó satisfecha haciéndome salir de mis pensamientos.

—¿Y qué tal? ¿Lo has empezado a leer ya? —respondí con ilusión olvidando por completo mis tormentos.

—Sí, empecé hace un par de días. Voy por algo más de la mitad.

—Guau, vas rápido.

—Sí, no estamos para perder el tiempo. —Aquel comentario connotaba un doble sentido o, por lo menos, yo lo interpreté así. Quise dejarlo correr. La chica me miraba con una amplia sonrisa.

—Voy a ver si encuentro a un colega, me dijo que iba a venir... —mentí para zafarme de *mi amiga*.

—Me parece bien. Yo voy a seguir saludando a otros compañeros —respondió sin perder la expresión de satisfacción.

Dana

No tenía ninguna gana de ir a aquel evento, pero meforcé a salir de casa, realizar alguna actividad distinta, algo que me hiciese sentir bien; o por lo menos con esa intención tomé la decisión de asistir. Una chica que había conocido en *Scrut*, también escritora, me estuvo animado con insistencia a que fuese. Ella estaría allí.

—No te lo puedes perder —me dijo—. Vamos a poder conocernos en persona. Voy a viajar desde muy lejos solo para eso. Me gustaría verte. Además, debemos aprovechar la oportunidad, *Paradise* va a dar una charla para mostrarnos algunas herramientas con las que mejorar nuestras ventas y

avanzar más rápido en nuestra carrera de escritores —aseguró, tentándome con el dulce pastel del éxito.

Sin estar convencida por completo, la noche anterior programé el despertador a primera hora. Dependiendo del ánimo con el que amaneciera, así actuaría.

Y para mi sorpresa, nada más oír el suave piar de mi móvil, me levanté dando un respingo. No sé a qué se debía esa mejoría emocional, pero deseaba acudir al encuentro.

Abrí el armario y, ojeándolo con detenimiento, opté por elegir un conjunto con el que me sentía, además de a gusto, sexy. No era mi intención ir pidiendo guerra y, de hecho, el modelito en sí era bastante *discreto*, pero me sentía muy cómoda y favorecida cuando lo lucía.

Sin más tardar, preparé un café y luego disfruté de una ducha con la que terminé de espabilarme. Intuí que aquella podría ser una gran oportunidad para hacer nuevos amigos, personas que de verdad entenderían mis inquietudes y, muy probablemente, en las que encontraría el apoyo que merecía.

Farón

Me puse a deambular en medio de las personas, buscaba algún rostro que, además de resultarme conocido, me diera buen rollo y ganas de acercarme a hablar un rato.

Al cabo de unos instantes, me di la vuelta para ver dónde se había ido mi recién *amiga* Bárbara. Era una chica de un metro sesenta aproximadamente, con el pelo moreno, muy negro, ojos grandes, guapa... pero no era mi tipo.

Siempre me habían atraído más las mujeres... no sé, no tenía un esquema de mujer, pero tenía claro que ella no era mi ideal.

Sin darme cuenta cómo, acabé frente a un grupito reducido de personas, unas cinco o seis que parecían acabar de conocerse. Al menos oí cómo se presentaban entre ellos.

—¡Hola! ¿Y tú, cómo te llamas? —me preguntó una mujer de cabello pelirrojo—, yo soy Andrea —espetó de carrerilla.

—¡Hola! Aarón —me presenté dándole un par de besos.

—Y tu libro se titula... —Aquello me recordó a una entrevista.

—*Creando cielos nuevos*.

—Ah, ya sé quién eres —contestó risueña. Me resultó gracioso ver que mi libro era relativamente conocido entre los propios autores independientes.

—¿Y el tuyo?

—*La tarántula sin veneno* —respondió orgullosa.

Hice como que también su libro me resultaba familiar, sin embargo, no lo recordaba. A lo mejor si hubiera visto la portada...

—Mira, te voy a presentar al resto.

En un momento indicó el nombre de cada uno de los que la acompañaban y, como quien no quiere la cosa, sentí que me acogían en su neófito grupo de amistad.

Dana

El primer paso ya lo había dado. Estaba allí. Ahora faltaba encontrar a mi amiga virtual, a Bárbara.

—Hola guapa, estás aquí —me saludó una chica de sonrisa impecable mientras se ponía delante de mí.

—¿Bárbara? —vacilé unos instantes.

—¡Síííí! —chilló como una cría de quince años ante su cantante preferido. Por suerte, el zumbido que inundaba la sala lo aplacó con disimulo —. ¡Por fin estamos aquí! Me alegro mucho de que hayas venido.

Nos dimos un par de besos y comenzamos a hablar.

—¿Conoces a alguien más a parte de a mí? —le pregunté con cierta vergüenza. Yo no solía relacionarme con la gente a través de las redes sociales, ni siquiera, a pesar de que fueran autores.

—Sí, conozco a algunas personas.

Señaló con discreción a varias con el dedo a la vez que me indicaba sus nombres, cosa que a los cinco segundos había olvidado. Tras otear con paciencia la habitación, hizo que dirigiera la mirada hacia un grupo concreto.

—Mira, allí están Andrea Bellosi, Aarón Valentia, Elías Agudo, Ernesto Izquierdo y Taylor Secante, las otras dos no sé quiénes son. ¿Te suena alguno?

—Solo Aarón Valentia —respondí sincera.

—Ah, claro, no me extraña. ¡Es un bombón! —exclamó sin tapujos. Sin darme cuenta, me vi con las cejas alzadas observando su cara con detenimiento. A parte del detalle: *es un bombón*, me dio la sensación de que le gustaba.

—Si quieres te lo presento...

Aarón

Vi que Bárbara se había parado a hablar con una chica. Me resultaba muy familiar, sin embargo, al hallarse tan lejos no la podía ver bien.

Traté de disimular y no quedarme mirando con descaró más tiempo del

necesario, para ello, intenté centrarme en la conversación que mantenían mis camaradas.

Cuando me quise dar cuenta, Bárbara y su compañera se dirigían a nuestra posición.

Vienen hacia aquí, pensé.

Y una vez más, intenté fingir. No sé por qué me puse nervioso.

El salón de aquel sitio era muy grande, había mucha gente y no tenían por qué estar andando justo hacia donde yo me encontraba. En cambio, sentí que los ojos de *mi amiga* estaban clavados en mí y sus pasos seguían el mismo rumbo. La otra chica iba detrás, no alcanzaba a percibir más que una escasa parte de su silueta. Cuando las separaban escasos metros, fijé la mirada en Andrea Bellosi. Fingí no haberlas estado observando acercarse desde la distancia.

Bárbara seguía arrastrando de la mano a la misteriosa mujer que creía conocer de algo y, en efecto, cuando pude verla bien, comprobé que era ella: Dana Yasenta.

Dana

Mi amiga *virtual* me condujo a lo largo de la sala, abriéndose paso sin tapujos, como una veinteañera en una discoteca entre la multitud. Me iba a presentar a su amigo Aarón Valentia, *el bombón*, según ella. Mas aquella energía e ímpetu de movimiento, me hizo pensar que no me lo quería presentar por el hecho de que yo lo conociese. Más bien, la sensación que transmitía era la de desear estar un rato al lado de su nuevo ídolo, y conmigo tenía la excusa perfecta para lograr esa proximidad.

Debo reconocer que, según nos acercábamos donde se encontraba, sentí

cierta vergüenza. Lo poco que pude divisar detrás de la cabeza de Bárbara, daba muestras de ser un grupo consolidado, como si se conociesen desde hacía tiempo. Pensé que ojalá me estuviera equivocando.

Llegamos hasta ellos y paramos en seco. Mi amiga se echó a un lado para mostrarme abiertamente ante los demás. Me sentí como un trofeo.

—Hola, otra vez —saludó dirigiéndose a Aarón.

Aarón

Sin darme cuenta estaban frente a mí. Bárbara hizo un gesto para que su amiga se pusiera a su lado, y me saludó.

—Hola, otra vez. —De nuevo la sonrisa le ocupaba media cara. Si no fuera porque venía acompañada, hubiera pensado... En fin.

—Hola —contesté mirando de soslayo a Dana. Esta parecía estar un poco incómoda, cosa que no me extrañó.

—Mira, he venido para presentarte a mi amiga —explicó girando la cabeza en su dirección.

—Hola, ¿qué tal? Soy Aarón. —Nos inclinamos para darnos un par de besos.

—Hola, ¿qué tal? —respondió ella. Su voz me resultó muy bonita.

—Creo que nos seguimos desde hace algún tiempo a través de *Scrut*.

—Sí, es verdad. —Me dedicó una bella sonrisa.

—¡Señores! ¡Vayan pasando a la sala de conferencias! —vociferó un sujeto repetidas veces mientras recorría la sala. Iba de un lado a otro tratando de movilizarnos. Y lo consiguió, la multitud comenzó a desplazarse en masa.

Dana

Los ojos de Aarón se clavaron en los míos de forma magnética. Hacía tiempo que no sentía esa intensidad en una mirada. Con el único que lo había experimentado, y no con la misma vehemencia, fue con Óscar antes de que decidiésemos tomar cierta distancia.

No nos dio tiempo a más. Ni siquiera pude conocer oficialmente a las otras personas que lo acompañaban. Un chico joven irrumpió en el salón con la intención de que fuéramos trasladándonos a otra sala. Al parecer había llegado el momento de recibir los consejos de marketing y ventas que nos ayudarían a *catapultarnos al éxito*.

—¡Vayan pasando! —repetía el muchacho una y otra vez a voz en grito.

Cuando quise dirigirme a Bárbara para animarla a que fuéramos también nosotras, me encontré con los ojos de Aarón; seguía mirándome fijamente. ¿Cuánto tiempo llevaba observándome? No lo sé. Pero a parte de incomodarme, noté cierto rubor y sorpresa, e instintivamente giré la cabeza para ver si mi amiga se había dado cuenta. Algo en mi interior razonó de forma veloz, quizá inconsciente, y me hizo pensar que no quería que me percibiese como a una rival, en ninguno de los sentidos.

Aarón

No podía dejar de contemplar a Dana. En persona era mucho más bonita de lo que figuraba en las pocas fotografías que había visto de ella. Tenía unos ojos grandes color marrón chocolate y su cabello parecía de un tono rubio oscuro con destellos dorados. *Seguro que Sofía sabría describirlo bien*, pensé.

Permanecía inmóvil a mi derecha. Observaba con detenimiento al joven que trataba de convencernos para ir a la sala contigua. Traté de disimular todo lo que pude, pero algo me incitaba a mirarla, quizá a examinarla con detenimiento. Consciente de ello, se incrementaba mi desconcierto.

Miré a mi alrededor, me relajó ver que los demás compañeros también se hallaban distraídos con el mozo. Una extraña sensación de que el tiempo parecía ralentizarse me invadió.

Intenté fijar mi vista en otra parte, daba igual el sitio: en mis zapatos, en el jersey de la mujer que tenía enfrente..., en cualquier lado que no fuera Dana; mas sin poderlo remediar, mis pupilas volvían a posarse en ella... Hasta que, de repente, se giró y me vio allí plantado, como un pasmarote, contemplándola fijamente. Sentí cómo se sorprendió, y no era para menos. Yo mismo estaba asombrado por mi reacción.

—Venga, vamos —dijo Bárbara risueña—. No nos hagamos de rogar.

—Sí, vayamos rápido, que si no, solo vamos a encontrar asientos vacíos en la última fila —argumentó Taylor Secante tomando de una mano a Bárbara y, de la otra, a Andrea.

Los demás las siguieron a toda velocidad, mientras que Dana y yo, no sé muy bien por qué, nos quedamos rezagados a unos metros de distancia.

Dana

Cuando llegamos, vimos el sitio atestado. En verdad restaban muchos huecos libres, pero bastante repartidos, dispersos..., uno aquí, dos allá..., ningún lugar donde pudiésemos sentarnos las siete o nueve personas que, en principio, íbamos juntos.

Bárbara parecía haberse olvidado de mí de repente. En su orden de

prioridades, creo que corrí un puesto más hacia abajo. Ahora la principal no era yo, ni Aarón, sino las ventas. Empaparse por completo de todo lo que pudiera aprender para dar un salto en su carrera profesional. Y sí, era algo que a todos los presentes nos interesaba de veras, pero se palpaba en el ambiente que a algunos les interesaba el tema sobremanera. Me pregunté hasta qué punto y en qué momento, aquello se podía convertir en el principal valor de la vida de cualquiera.

Aarón y yo entramos los últimos. Pronto vimos que nuestros colegas ya se habían acomodado, sin embargo, no quedaba hueco a su lado.

En fin, habrá que buscar sitio en otra parte, pensé.

—¿Te vienes allí conmigo? —señaló mi compañero cortando mis pensamientos e indicando dos asientos libres en la lejanía.

—Sí, vamos. —Tengo que reconocer que aunque la respuesta no sonó demasiado alegre, me agradó mucho su ofrecimiento. No quería sentarme en algún lugar donde no conociese a los «vecinos» de al lado.

—¿Sabes?, hace un tiempo leí tu primera novela —le comenté una vez instalados. Trataba de entablar alguna conversación hasta que el ponente iniciase su discurso.

—¿De verdad? —Parecía asombrado.

—Sí. —Le sonreí. Y su respuesta fue desconcertante, porque no hubo. Se quedó callado unos instantes y yo no supe tampoco qué decir. No entendía esa reacción.

A lo mejor es un hombre de pocas palabras, pensé.

Pero no tenía pinta de ser un tipo callado, más bien todo lo contrario.

El conferencista empezó a presentarse, librándonos con ello de esa situación incómoda. Lo agradecí al Universo.

Farón

No entendía qué me estaba pasando. Era la primera vez que decían haber leído mi libro y quedarme sin palabras. Por mucho que trataba de disimular, el cuerpo no obedecía las órdenes de mi mente.

¿Un flechazo?, cuestioné retóricamente burlándome de mí mismo. *Habría pensado que soy gilipollas*, me lamenté sin remedio. Por suerte, el caballero que nos iba a dar la charla comenzó su exposición. Aunque al principio no pude escuchar mucho. Estaba sumido en mis propios pensamientos, en la inquietud de saber qué narices me sucedía con aquella mujer que tenía sentada al lado.

La miré un par de veces de soslayo, tratando de averiguar qué era eso que tanto llamaba mi atención. Sí, era guapa, alta, parecía tener un cuerpo bonito, o por lo menos era lo que se intuía por la ropa que llevaba puesta. Pero, aun sin ser la única mujer guapa y atractiva que había visto en mi vida, no podía quitar la atención de ella.

Temí que en uno de mis fugaces vistazos de «exploración» se percatase, y acabase pensando que era un acosador, un maniaco sexual o algo por el estilo.

Lo mejor será centrarme en la charla y olvidar todo lo demás, incluida a Dana, razoné con determinación.

Dana

Intentaba fijar los sentidos en la conferencia. El tema me interesaba y, ya que me hallaba allí, quería sacar algo de provecho para implementar a mi trayectoria. En cambio, no podía concentrarme como es debido. Tenía la

extraña sensación de que Aarón estaba disperso y eso abstraía mi mente. Por un momento, tuve la impresión de que se encontraba incómodo a mi lado, aunque no entendía por qué. Esa mañana me había duchado, y el perfume que llevaba era muy suave, casi imperceptible.

En una ocasión determinada, sin cortarme un pelo, giré la cabeza sin ningún disimulo para observarle. Necesitaba ver la expresión de su cara. Recé por que estuviese mirando al frente y no a mí y, gracias a Dios, así fue. Una cierta tranquilidad se alojó en mi pecho, pudiendo disfrutar el lapso restante de la exposición.

En el descanso, nos dirigimos todos, igual que un rebaño de ovejas, a la sala principal. Allí aguardaba el servicio de catering con bandejas llenas de aperitivos dulces y salados, bebidas frías y calientes.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Aarón mientras andábamos despacio entre la muchedumbre. Nuestros colegas todavía no habían salido, o al menos no los vimos.

—Me apetece un café.

—A mí también. Ahí dentro he estado a punto de dormirme... —dijo mostrándome una bonita sonrisa. Yo se la devolví embelesada.

Ya en la mesa, pedimos un par bien cargados.

Cada vez llegaba más gente, pero entre ellos no aparecían nuestros compañeros. Bárbara también seguía desaparecida. Por mucho que quería encontrarla entre la multitud, no lograba divisarla.

—Se habrán quedado dentro —argumentó intuyendo mis deseos.

—Eso parece. —Subí las cejas algo nerviosa.

Por un momento, deseé que mi loca amiga de *Scrut* hiciera acto de presencia y me salvara de estar más tiempo a solas con Aarón. Sentí un arranque de timidez queriendo bloquear mi espontaneidad como remanente de la falta de comunicación que hubo horas antes. No me apetecía volver a sacar un tema y que él llenase el aire vacío de respuestas.

Aarón

Nos sirvieron el café y nos apartamos del bullicio.

Pude observar que Dana buscaba con insistencia a su amiga, esa a la que a mí no me apetecía aguantar. Sabía que si llegaban el resto de compañeros, no estaría igual de tranquilo a como lo estaba a solas con ella. Di gracias por que no aparecieran en todo el descanso.

—No me has dicho qué te pareció —me atreví a decirle. Quería conocerla mejor, hablar un rato, saber cómo se expresaba..., y antes no había comenzado con buen pie. Al preguntarle, lo primero que hizo fue sonreírme. Una preciosa mueca que, sin embargo, no supe interpretar.

¿Se compadece de mí?, ¿le hago gracia?...

—Me gustó mucho —respondió al fin.

—Es una alegría oír eso —respiré con alivio. No sabía por qué pero, de repente, me importaba la opinión que ella pudiera tener acerca de mi trabajo.

—Sí, considero que es una gran obra. De hecho, estuve apunto de escribirte para decírtelo, aunque luego me pareció una tontería.

—Me hubiera encantado que lo hicieras —confesé.

—Bueno, por lo que veo en las redes, ya te lo dicen a diario. Era repetir lo mismo... —argumentó encogiéndose de hombros.

—Sí, lo dicen mucho, pero me gusta saber la opinión que otros escritores

puedan tener de mis libros. —No sabía cómo reiterarle que hubiera deseado escuchar su criterio.

—Bueno, pues ya lo sabes. Un gran trabajo —contestó satisfecha, cerrando la frase con una hipnótica sonrisa.

No pude hacer otra cosa más que imitar su gesto. Tenía una boca preciosa.

Dana

¡Por fin me hablaba! Lo agradecí sinceramente. Ya temía estar sumidos de nuevo en un silencio incómodo; unos segundos más sin pronunciar una palabra y, muy probablemente, le hubiera dejado allí, café en mano, para ir a buscar a Bárbara o a cualquier otra persona conocida.

Nos tomamos el oscuro caldo de cafeína, casi de un sorbo. *Exquisito*, pensé. Pero nada más concluirlo sentí una ferviente sed invadiendo mi boca. Necesitaba una botella de agua. No tardé en relacionar aquella árida sensación con Aarón. Solo estar en su compañía me inquietaba. No en el mal sentido, más bien todo lo contrario. De alguna manera mi cuerpo estaba reaccionando ante un instinto, una peculiar atracción que él despertaba en mí.

—Voy a por una botella de agua —le dije siempre tratando de mantener la compostura.

—Te acompaño —contestó alegre.

Nuestros *amigos* seguían sin aparecer, pero ahora no me importaba. Mientras mantuviéramos la conversación, sin silencios incómodos, estaría bien.

Llegó el momento de entrar a la siguiente conferencia; otra succulenta charla nos esperaba. Al llegar, vi a Bárbara muy entretenida hablando con un grupo bastante variopinto. No se percató de que la miraba en la distancia.

—¿Quieres que nos sentemos por aquí? —pregunté a Aarón señalando un par de huecos libres.

—Perfecto.

—Se supone que este evento no es solo para darnos a conocer técnicas de marketing, ¿no? También pretenden que nos conozcamos un poco entre nosotros...

—¿A qué te refieres?

—No sé..., a que no hace falta que estés todo el rato conmigo si no quieres. He venido sola pero no voy a estar sola..., es decir, que puedo hablar con Bárbara o con otras personas que vaya conociendo... —No sé por qué le dije eso, pero sin darme cuenta me vi soltándole aquellas palabras. Su cara, lógico por otra parte, era un poema. Creo que pensó que trataba de que me dejara tranquila o algo por el estilo. Me arrepentí de forma automática.

Aarón

¿Qué significa eso? ¿Acaso le resulto un pesado o un coñazo de acompañante?, pensé desorientado.

No me hacía gracia que creyera eso de mí. Y si quería que la dejase tranquila, no tenía más que decirlo. La dejaría sin problemas. No la necesitaba para estar entretenido ni disfrutar de aquel día.

—No, no. No pienses cosas raras —dijo en un esfuerzo por rectificar.

Debí poner mala cara por su forma de hablarme. —Me refiero a que es probable que hayas venido hasta aquí para conocer a más gente, no solo a mí.

Aquello ya sonaba distinto. Francamente, me serenó.

—¿No te estoy dando la lata? —contesté tratando de averiguar la veracidad de su enmienda, no quería que estuviese complaciendo mis oídos por compasión.

—De verdad, lo estoy pasando bien contigo. —No sé por qué, pero sus palabras me llegaron con un remanso de paz absoluto.

Sin darnos cuenta llegó la hora del almuerzo. Esta vez nuestros nuevos amigos sí nos acompañaron para comer. Los camareros desfilaban con elegancia entre el tumulto, y nosotros aprovechábamos sus paseos para ir degustando las exquisiteces que tenían para deleitarnos.

Dana

Acompañé un momento a Bárbara al baño, trayecto que mi amiga aprovechó para sonsacarme información de Aarón. Por suerte o por desgracia, no disponía de mucho que aportarle. Apenas había compartido unos minutos de charla con él y tan solo hablamos de nuestros libros.

—Me encanta —espetó frente al espejo del aseo. Yo sonreí sin saber qué decir—. ¿Te ha dicho sus años, si está casado o algo?

—La verdad es que no hemos hablado de nada personal —expliqué a mi impaciente amiga. Ella no respondió—. Pensaba que ibas a venir con

nosotros a la hora del café... —dejé caer.

—Sí, pero es que Andrea Bellosi me presentó a Carlos Durente, y ya no pude moverme de allí —anunció satisfecha. Conseguí no hacer ninguna mueca extraña con la cara, pero aquella respuesta me recordó a la de una quinceañera—. Si Aarón es un bombón, este es la caja entera... —argumentó echándose a reír. Ante la escena no pude aguantar y me reí con ella.

Estaba deseando preguntarle cuántos años tenía para ver si era normal esa actitud que a mí me resultaba tan alocada, pero no me parecía muy discreto, así que, me contuve. Tampoco quería juzgarla, solo conocerla mejor.

Al regresar, y para nuestra sorpresa, el hombre que tanto le había gustado, se había unido a nuestro grupo de colegas.

—¿Has visto? —cuestionó dándome un tirón del brazo, nerviosa—. Está Carlos con los nuestros.

—Estarás contenta, ¿no?

—¿Contenta? Va a ser como si estuviera en el Olimpo —dijo echándose a reír. Empezaban a hacerme gracia sus bromas, aunque sabía que en, realidad, pensaba así.

—Ven, corre, te lo voy a presentar.

Otra vez me daba la sensación de que, aquel creciente interés por presentarme a ese chico, no era otra cosa más que la misma excusa: utilizarme para poder entablar conversación con él.

Al llegar al grupo hizo lo prometido y, de nuevo, acto seguido se olvidó de mí. Esta vez estaba muy entretenida entre sus dos *bombones*, cosa que yo aproveché para entablar conversación con las otras dos escritoras: Andrea y Taylor.

Farón

Al parecer no era el único en llegar desde muy lejos. El escritor Carlos Durente, al que acababa de conocer en persona, incluso había tenido que coger un avión para llegar a tiempo. Se hacía más evidente el cansancio en cualquiera de nosotros dos en comparación con los demás.

Bárbara no se despegaba ni un instante de él; al parecer, la dejó prendada con sus encantos... Hasta el punto de preguntarle si estaba casado o tenía pareja.

No se anda por las ramas..., pensé.

Y no, no se andaba. Desconozco si por disimular su actitud con Carlos o porque le gustaba hacerle la ficha a cada hombre que iba conociendo, pero también me interrogó en ese sentido. Por supuesto, le hablé de mi esposa y de nuestra hija.

¡Qué bien!, me dijo. Y volvió a centrarse en su *ídolo*.

El resto de la tarde pasó relativamente rápida. De forma oficial, el encuentro finalizaba a las siete. Tras ello, cada uno podríamos volver por donde habíamos venido. Sin embargo, la cosa se alargó más de lo estipulado. En ese momento me alegré de haber reservado habitación en un hotel. Aunque lo dudé al principio, por no dejar a Sofía sola más tiempo del necesario, algo me decía que era lo mejor. Y, en efecto, después del madrugón, las horas de coche, estar allí y las emociones que lo acompañaron, estaba agotado. No era necesario arriesgarme a regresar a casa muerto de sueño...

Tomé una buena elección.

Dana

A partir de ese día, mis relaciones con otros escritores fueron más fáciles. Ya teníamos una base más o menos real, no solo la de habernos intercambiado un par de mensajes a través de las redes sociales. Desde ahora estaríamos en permanente contacto, esa era la intención. Decidimos hacer un grupo en el que poder compartir y recorrer nuestra trayectoria acompañados. Me sentía satisfecha por haber acudido finalmente. A parte de con Begoña, tendría otros amigos a los que hablarles de mis avances, consultarles las dudas si surgía alguna, confesarles mis temores o alegrías. Sabía que ellos me iban a entender.

Gracias a aquella jornada, siete escritores de lo más dispar, comenzamos a recorrer juntos una trayectoria que prometía no haber hecho otra cosa más que dar inicio.

Farón

El hotel estaba cerca del sitio donde tuvo lugar el encuentro.

Hay quienes, aprovechando la coyuntura, decidieron quedarse a intimar un poco más, pero yo necesitaba descansar. A la mañana siguiente me esperaban de nuevo los poco más de quinientos kilómetros de regreso.

De camino a la habitación, llamé a Sofía. Al parecer se estaba arreglando para ir a cenar con una amiga.

—¿Qué tal ha ido? —se interesó ella.

—Ha ido muy bien. Ha sido interesante.

—Me alegro mucho. ¿Estás cansado?

—Sí, ya tengo sueño. Estoy deseando dormir.
—Cena algo antes de acostarte —me dijo como si fuese mi madre.
—Sí, picaré algo, aunque no mucho; apenas tengo apetito.
—Está bien. Te voy a colgar, ya casi tengo que irme.
—De acuerdo. Que lo paséis bien.
Y sin que me diera tiempo a más, colgó.

Al final, aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. A pesar del cansancio, no hacía más que dar vueltas a lo vivido a lo largo del día. Pensé en Sofía y en mi hija, una vez más me pregunté qué estarían haciendo. Y no sé por qué, me acordé de Dana.

A la mañana siguiente, después de haber descansado poco más de ocho horas y recorrer casi seis horas de viaje, llegué a casa.

Sofía no estaba, cosa que me extrañó un poco, quizá había madrugado para ir a algún sitio. Lucía seguía con sus abuelos. A la tarde me acercaría a por ella.

Dana

—Tenemos que hablar —dijo Brian al otro lado del teléfono.
Desde que decidí cortar nuestra relación no habíamos vuelto a conversar.
No sé qué querrá, pensé.
—¿Ha pasado algo?

—No. Solo me gustaría que nos viéramos. —Vacilé unos instantes.
—¿De qué quieres hablar? —pregunté un poco seca.
—De nosotros.
—Ya nos lo dijimos todo hace unos días.
—No. Por lo menos yo aún tengo algo que decir.
—No creo que a estas alturas sea necesario añadir nada más.
—Quedemos a tomar un café —insistió.
—Está bien —cedí a regañadientes.

Esa misma tarde nos vimos en una cafetería cercana a mi casa. Brian quería que volviéramos a salir juntos. *Ya me lo veía venir*, pensé. *Fui tonta al aceptar verle*.

No me apetecía seguir dilatando aquello. Era cierto que le eché de menos en los últimos días, pero no del modo en que debería haberlo hecho. Estar alejada de él me permitió ver que lo nuestro se había convertido en rutina, en amistad. No existía la pasión necesaria, la compenetración que todos deseamos, la intención... Y durante mucho tiempo hice la vista gorda, aguanté sus altibajos, sus insulseces..., pero ya estaba cansada de ser la única que trataba de avivar las llamas del amor.

—Creo que no lo has entendido, Brian —expuse de forma contundente
—. Lo nuestro no funciona. No quiero seguir como antes.

—No podemos romper así, sin más —reprochó él.

—No es romper sin más, es que..., ya no hay amor —le dije con dificultad. Tenía miedo de hacerle daño pero no podía continuar protegiéndole.

—¿Y ya está? ¿Se acaba y punto?

—Sí. Siento no poder darte lo que deseas.

—Óscar está muerto —espetó sin contemplaciones. Yo me quedé

paralizada con los ojos muy abiertos. Fue como si me diera un golpe en el estómago.

—Sé que Óscar está muerto —respondí manteniendo la calma.

—Lo siento, no debía haber dicho eso.

—No te preocupes, sé que es lo que piensas, que estoy enamorada de un fantasma o algo así. Pero te equivocas. Y sí, a él lo amaré siempre, pero no como tú te piensas, no estoy enamorada de él. Lo único que deseo es encontrar ese tipo de conexión, en todos los sentidos, con alguien que me corresponda.

Tras mis palabras, se quedó callado. Y yo..., no tenía ganas de estar más tiempo allí, así que, dejé dinero para el café y me marché.

Farón

—¿De dónde vienes? —pregunté con una sonrisa a mi esposa según traspasaba la puerta de casa.

—¿Ya estás aquí? —me respondió como saludo. Sentí su sorpresa.

—Sí, he llegado hace un rato.

—No te esperaba tan pronto.

—He madrugado. Quería llegar antes de la hora de la comida, para ducharme y descansar un poco —le expliqué— ¿Y tú, de dónde vienes? — insistí con curiosidad.

—De donde Ruth. Me quedé a dormir en su casa ya que ni tú ni Lucía me esperabais —dijo dándome un beso en la mejilla—. Si quieres me cambio y nos vamos a buscar a nuestro pequeño *bicho*.

—Está bien —contesté mientras ella ya estaba subiendo las escaleras hacia nuestra habitación.

A pesar de que me extrañó que se quedara a dormir donde su amiga, la creí sin más.

SEIS MESES

Después

Dana

Habían pasado ya unos meses desde que acudimos al evento de *Paradise*. El grupo creado entre los siete escritores que nos conocimos ese día, era un lugar de cobijo e inspiración.

Era fascinante ver cómo, cada uno de los que formábamos parte, íbamos creciendo y construyendo nuevos proyectos literarios; en definitiva, evolucionando juntos.

Casi todos se encontraban trabajando en alguna nueva obra. Taylor, Andrea y Elías estaban publicando sus segundas novelas. Aarón acababa de publicar su cuarto libro. Ese chico iba a un ritmo imparable. Y los otros dos, Carlos y Bárbara, terminaban de retocar sus próximos estrenos. Respecto a mí..., bueno..., en mi caso yo permanecía estancada. No había vuelto a escribir nada en condiciones desde que finalicé mi relación con Brian. Deseaba salir de mis propias experiencias y, ¿por qué no?, crear una novela romántica; quizá porque era *amor* lo que en ese momento le faltaba a mi vida.

Pero no emergía la inspiración. Me percibía a mí misma como un pozo vacío, un estanque sin agua. Cada vez estaba más convencida de que había perdido la fe de, algún día, toparme con esa persona especial que todo el mundo anhela hallar.

A pesar de la acusación de Brian, no buscaba a Óscar. Él falleció tiempo atrás, y sabía que nuestro destino no era acabar juntos. Solo deseaba llegar a encontrar, a lo largo de mi vida, esa esencia que, de alguna manera, pude vislumbrar a través de él.

Intuía o quería pensar que mi *alma gemela* estaría en alguna parte... Me preguntaba si ya lo habría visto, si en algún momento podría haberme cruzado con *mi amor* sin ser capaz de reconocerle. Recordé el sueño que tuve meses atrás y la emoción que aquel rostro borroso despertó en mi pecho, y

surgieron en mi mente las palabras de Óscar: *Lo acabas de encontrar*. Todavía no sabía qué significaría aquello, si es que simbolizaba algo.

Ojalá ya le hubiera encontrado de verdad.

Un día, hablando con el grupo de colegas, me atreví a confesar el malestar que sentía por mi estancamiento en el trabajo. Por lo general, me tranquilizaron y alentaron a tener paciencia. Confiaban en que las musas volverían a mí.

No esperaba recibir un mensaje privado de Aarón...

Entre todos nos llevábamos muy bien, pero nosotros parecía que nos entendíamos mejor, sentía una conexión especial entre ambos. Por su parte, siempre trataba de ayudarme en lo que podía y, a su vez, por la mía, trataba de corresponderle en aquello que estaba en mi mano.

Se había convertido en un referente muy importante para mí. De alguna forma, le admiraba; me entusiasmaba cómo avanzaba en su trayectoria, cosa que deseaba alcanzar también algún día. En definitiva, le consideraba un bonito ejemplo a seguir y por eso me gustaba apoyarle.

Luego, con el tiempo, empecé a notar que todo en lo que le pudiera ayudar, a la vez, me hacía sentir bien. Si lo analizaba desde un punto de vista egoísta, me daba cuenta de que si él conseguía cumplir su sueño, el de vivir de su pasión, me inspiraría a poder creer con más fuerza y convicción que yo también, en algún momento, lo alcanzaría, aunque tardase un poco más que él.

En su mensaje me proponía algo interesante. No se me hubiese ocurrido

nunca.

Aarón

No podía ver por más tiempo cómo Dana sufría al verse estancada. Los demás manteníamos el ritmo de trabajo, en cambio ella no había vuelto a publicar nada. Su última relación de pareja la debió dejar sin ilusión ni esperanza de ningún tipo y, escribir en esas condiciones, era muy difícil, lo sabía por experiencia propia. Sofía y yo no estábamos en nuestro mejor momento. Era evidente que entre nosotros nació una brecha que iba creciendo cada día transcurrido. En cambio, me traía sin cuidado. Estaba tan centrado en mi trayectoria como escritor, que ahora Sofía figuraba en un segundo plano. La única que importaba era Lucía y, mientras su madre y yo nos llevásemos bien, trataría de que su distancia, su falta de amor y atención, no rompiera nuestra familia.

Quizá por eso entendía a Dana, porque en cierto modo me sentía igual de defraudado y desilusionado. La única diferencia entre ambos radicaba en que ella había bloqueado su expresión estancándose, y yo, por el contrario, aprovechaba toda la frustración emocional para seguir escribiendo y demostrarme a mí mismo lo valioso que podría llegar a ser, o todavía era. Supongo que necesitaba convencerme de que, a pesar de la indiferencia de Sofía respecto a nuestra relación y su creciente falta de amor por mí, aún existía un hombre útil, valioso, con cosas para aportar al mundo; y a ella, si todavía lo deseaba.

Por eso mismo, deseaba encontrar una forma de poder ayudar a Dana; sabía que mi compañera de letras también tenía mucho que ofrecer a los demás.

Durante unos días estuve cavilando una buena manera de poder hacerlo. Y entre ideas y más pensamientos, siempre terminaba surgiendo uno: no entendía cómo una mujer como ella no alcanzaba a encontrar una pareja a su medida. Después de darle vueltas a lo mismo, llegaba a la única conclusión que aceptaba mi cabeza: Dana era, lo que se dice, una MUJER, con mayúsculas. Cualquier baboso no estaba a su altura.

El caso es que, dejando aquello a un lado, y tras meditarlo con calma, pensé plantearle algo que podría resultar servible, a no ser que lo viera una estupidez o un infantilismo...

—Hola Dana, veo que sigues bloqueada, pero se me ha ocurrido una cosa que, a lo mejor, te puede interesar.

—Estoy abierta a cualquier sugerencia —contestó de inmediato.

—¿Qué te parece si te ayudo a escribir la novela?

—¿Quieres que la escribamos entre los dos?

—No exactamente. Creo que, por lo que dices, no encuentras una inspiración para escribir..., quizá porque no has tenido a nadie que sepa responder en los momentos que debía hacerlo... —Aguardé unos segundos por si respondía, pero no dijo nada, de modo que continué—. Me consta que a las mujeres os gustan los hombres con decisión, que toman la iniciativa, que os seducen no solo con palabras bonitas, proyectos o ilusiones, sino con hechos. Alguna vez te he oído hablar de tu amigo Óscar..., sé que para ti él ha sido un referente de hombre, que te gustaría encontrar algo por el estilo.

Escribía sabiendo que me leía en silencio, esperando a ver qué le decía, meditando mis palabras. Tuve miedo de que se riera de mí, le sentase mal mi intromisión o me mandase al cuerno, mas algo me empujaba a intentarlo. Era una gran escritora sumida en su propia nostalgia y, sin saber por qué, su abatimiento me dolía también a mí.

—He pensado que, a lo mejor, puedo hacerme pasar por un hombre que

sea parecido a Óscar —dije al fin. Esperé a ver si escribía algo, pero no llegaba mensaje alguno—. *¿Estás ahí?*

—*Sí, aquí sigo*, me respondió. No podía imaginar cómo había encajado mi propuesta.

—*Me gustaría ayudarte. Además, creo que no me iba a costar mucho interpretar ese ‘papel’, soy de ese estilo. No me gusta prometer cosas si sé que después no las voy a cumplir, y me gusta demostrar mi amor cuando estoy enamorado.*

Seguía callada. No supe qué pensar. Creí que había llegado el momento de no decir más.

Dana

No sabía cómo interpretar las palabras de mi amigo. Aquello no lo esperaba. Trataba de imaginar los pros y los contras de llevar a la práctica esa proposición.

¿Sería como un juego?

Además, no entendía cómo iba a ser aquella ayuda. *¿Yo escribiría un diálogo y él lo respondería..., o me sugeriría el modo en que el protagonista debería proceder o qué decir?*

Solo con el gesto, empecé a ver que en él podría encontrar el referente de hombre que, al menos, deseaba plasmar en mi novela.

—*Te agradezco el ofrecimiento, pero no sé cómo lo vamos a hacer*—contesté con suma sinceridad.

—*Sí, yo al principio pensé lo mismo, pero luego creo que encontré la solución.*

—*Te escucho.*

—He pensado que podíamos actuar como si nos estuviésemos empezando a conocer.

—Jajajaja, eso ya lo estamos haciendo. —No sé por qué la idea me causó cierto rubor.

—Me refiero a cuando empiezas a conocer a una persona y comienzas a enamorarte de ella.

—No sé si lo veo claro.

—Nos podemos hablar a diario. Tú me puedes decir lo que tu personaje desea y yo trato de estar a la altura para ser un buen Romeo.

Aquello me hizo reír. Me parecía una idea un poco disparatada pero, en realidad, no tenía nada que perder.

—Está bien. Pensaré lo que deseo que experimente mi personaje, y luego te cuento.

—¡Eso!, céntrate en lo que desees. Haremos que tu protagonista vuelva a creer en el amor.

Aarón

Según me dio a entender, la idea le había gustado, y yo, me alegré por ello. Sería divertido hacerme pasar por un Romeo ficticio.

Dana

La sugerencia de Aarón parecía que comenzaba a funcionar. Perfilé un escenario donde una joven muchacha se acababa de mudar a la gran ciudad y empezaría desde cero. Sin amigos ni referencias, tendría que iniciar una

nueva vida y, sobre todo, olvidarse de su antigua pareja. Fue así como Ruth, la protagonista de mi novela, llegaría a conocer a Tristán.



El taxi paró frente al hotel. Fue entonces cuando me di cuenta de que en verdad estaba allí. Lo hice. Me había ido del pueblo que me vio nacer y crecer, de mis vecinos..., dejado el trabajo, a mis compañeros y, sobre todo, me atreví a dejarle a él, a Oliver.

Los años que pasé a su lado se vieron borrados por la falta de amor y entendimiento. Ya no me amaba y yo..., le tenía respeto.

Bajé del taxi. Las aceras estaban encharcadas, la lluvia caía con fuerza. El cielo lloraba lo que mis ojos no se atrevían o no habían sido capaces de expresar. Y un nudo se quedó atrapado en mi garganta.

A pesar de que le dije: «no es necesario», el conductor se bajó del vehículo para ayudarme a sacar el equipaje del maletero. Aseguró que no le importaba mojarse. Yo se lo agradecí.

Al llegar al hotel estaba empapada. Mas si no hubiera sido porque iba cargada, me hubiera quedado bajo el agua hasta fundirme con ella.

Traté de tomarme la llegada a la ciudad como un viaje de placer, como si mi única intención de alcanzar ese destino

fuera la de hacer turismo por unos días y luego regresar a casa. Sí, aquel pensamiento sería lo que me mantendría con esperanza y fuerza, lo que pondría freno a mi miedo y ayudaría a aguantar en la ciudad..., sola.

En la recepción hallé a un muchacho, joven, alto, moreno con el cabello corto. Al verme entrar cargada y calada hasta los huesos, se levantó para echarme una mano.

Debió sentir pena por mí...

Le di las gracias con un tono casi imperceptible a la vez que le sonreí. Pero mi gesto iba acompañado de la misma tristeza que bañaba la ciudad, y creo que se dio cuenta.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —me preguntó de forma educada dedicándome una apacible sonrisa.

—Tengo una reserva —contesté haciendo un esfuerzo por subir la potencia de mi voz.

—¿Me dice su nombre?

—Ruth Valentínez.

Tecleó en el ordenador. Yo miré en la solapa de su chaqueta una placa donde figuraba: Tristán Caballero.

—Aquí está. Tiene la habitación 139.

—Gracias.

—Si necesita alguna cosa, será un placer ayudarla. Mi nombre es Tristán.

—Muchas gracias, Tristán.

«La verdad es que solo quiero una ducha caliente», pensé.

—Encima de la cama hemos dejado toallas limpias.

—Genial —sonreí.

—La bañera es muy grande, a lo mejor le apetece darse un baño bien caliente —sugirió como si me hubiera leído el pensamiento. Una mueca de satisfacción se marcó en mis labios.

—Lo meditaré —respondí haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Y saliendo de detrás del mostrador se acercó hasta mí.

—Permítame que le lleve las maletas a su habitación.

No me esperaba tal cortesía. Estaba desacostumbrada a tanta amabilidad por parte de un hombre.

«Qué caballero. Aunque claro, ya su nombre lo dice».

Aquella fue la primera vez que vi a Tristán.

Tras escribir ese breve fragmento, me di cuenta de que ya el protagonista de mi novela había entintado el cariño y la generosidad que Aarón me mostraba. No sabía si la inspiración duraría mucho, pero la primera grieta del cascarón se acababa de mostrar.



Me habían preparado una bonita y amplia habitación, confortable. Apenas se oía bullicio procedente de la calle. Dejé la maleta en el suelo para que se secara a su ritmo y fui al aseo a ojear cómo era. Me encantó nada más verlo. Atesoraba una bañera realmente grande, con forma

redondeada y chorros a presión. No lo pensé dos veces. Abrí el grifo del agua caliente y comencé a llenar aquel suculento estanque de relajación.

Tomé algo de ropa limpia para después de salir del baño y mi libro electrónico por si me apeteciera leer algo mientras estuviera allí dentro.

Me desnudé despacio, abstraída. Medí la temperatura del agua con los dedos del pie. El translúcido líquido humeaba candente; pero así estaba perfecto, era lo que quería, sumergirme en un baño de lava cristalino con intención de purificarme y dejar atrás mi pasado.

Con delicadeza deslicé el cuerpo dentro de aquella pila blanca, pausada, tratando de que la piel se fuera acostumbrando al ardor del dulce caldo que me esperaba. Sentí cómo el calor iba penetrando por mis poros, llegando a las entrañas y haciendo subir, de forma automática, la temperatura de toda mi estructura orgánica. Mas los sentimientos, emociones antes congeladas, empezaron a derretirse, y cuando me quise dar cuenta, estaba llorando sin consuelo creando una nueva cascada, esta vez, de agua salada por la pena que me invadía.

En el silencio de aquel apacible lugar, solo se hallaba el sonido de mi tormento. Era lo único que cortaba el aire y la armonía, pero era imprescindible dejarlo marchar, ya que si lo retenía dentro por más tiempo, muy probablemente retrasaría mi adaptación a aquella ciudad. Si la frustración se quedaba presa en mí, sería imposible olvidar y, sin olvido, no se puede alcanzar la libertad.

El sueño se apoderó de mi fuerza. Sentía el agotamiento en cada una de mis células. Había llegado el momento de irme a dormir, descansar y recuperar el ánimo.

«Mañana será otro día. Las cosas cambiarán».

Después de aquel último párrafo, le anuncié a Aarón que había vuelto a escribir.

Aarón

—Hola. ¿Qué tal va tu novela? ¿Mejor? —le pregunté un par de semanas después a que me diera la gran noticia de haber reencontrado la inspiración.

—Hola. De momento voy bien. O eso parece. Dentro de unos días releeré lo que he escrito y te diré si es verdad o no. —Se echó a reír y yo con ella.

—Me encantará leerlo, si quieres una opinión ajena.

—Será estupendo. Al menos serás un poco más objetivo que yo.

—Cuenta con ello, entonces. Oye —dije de carrerilla tratando de no ponerme nervioso—, es muy probable que el próximo mes deba viajar a la capital. Tengo que arreglar unos papeles. ¿Querrás quedar a tomar un café? —Deseaba verla de nuevo en persona. Me preguntaba si volvería a sentirme hipnotizado ante su presencia.

—Estupendo. Cuando sepas el día exacto, avísame con tiempo para no hacer planes.

—Así lo haré.

Colgué el teléfono después de despedirnos. Debía concentrarme en mi

próxima novela. Notaba que últimamente la cabeza volaba distraída, no lograba pensar en otra cosa que no fuera en Dana. Era tan..., especial. Empezaba a sentir un *cariño* extraño hacia ella.

Seguía sin comprender por qué no encontraba a un hombre que pudiera darle las cosas que deseaba; a fin de cuentas, anhelaba lo que todos: amor. Además parecía ser una persona que se volcaba por completo en aquello que le hacía feliz, no podía ser tan difícil.

Habrá tenido mala suerte, pensé.

Pero a veces el amor no es tan sencillo; lo que uno está dispuesto a dar, puede no ser lo que el otro desea recibir y, en otras ocasiones, lo que tú esperas obtener se convierte en..., decepción.

—Parece casi imposible separar el amor de las expectativas... Deberíamos aprender a dejar de hacer promesas que no estamos dispuestos a cumplir —reflexioné en voz alta mientras me dirigía a la cocina a preparar un café.



Aquella noche caí rendida en la cama mucho antes de que el reloj diera las diez. El baño y lo que pude haber llorado aquella tarde, habían vaciado parte de mi dolor, pero también mi fuerza, dejándome sin ganas de nada. Me sentí estéril. Vacía. Inservible.

Debía cambiar de inmediato mi forma de percibir el mundo y mi realidad si quería salir de aquella emoción derrotista. Era consciente de que, si me dejaba llevar por

ella mucho más tiempo, me pasaría factura para siempre. Pero no quería forzar mis pensamientos, debía encontrar el equilibrio entre la intención y la constancia, entre el afán de hallarme bien y el permiso a que el dolor fuera saliendo, entre mis deseos y la aceptación, entre el pasado y las ganas de mejorar mi presente y futuro, de disfrutar la vida.

«Si tuviera una motivación...», me dije mientras cepillaba mi cabello antes de acostar. «Si la encontrase, todo sería más fácil. Pero debo olvidarme de buscar fuera, de pretender encontrar algo que no sé si existe, de pensar que la juventud está pasando y que no encuentro mi lugar, de sentir que en verdad a nadie le importo. Creo que lo más inteligente va a ser que me dedique a mí misma, a vivir hacia dentro, a amarme, mimarme, entenderme. A empezar a atender mis necesidades desde la autoescucha y la autoatención».

Por eso había viajado hasta allí, lejos de mi pueblo natal, apartándome de mi familia y de todo lo que conocía. Dejar a Oliver y mi hogar fueron los primeros pasos, consecuencias de aquellas intenciones de mejorar mi vida. Me estaba concediendo el tiempo que necesitaba para conocerme.

Dana

Aunque no lo pretendía, esa novela suponía ser un sutil reflejo de cómo

me sentía por dentro. Casi evocaba mi propia realidad. Me resultaba muy difícil no plasmar mi dolor y experiencias pasadas en aquellas hojas. Pero sabía que debía continuar, algo en el pecho me lo exigía contundente y con renovada esperanza. Así que, a pesar del malestar, lo hice; cincelé con amor cada letra que las yemas de mis dedos deseaban acariciar, y me dejé llevar por una energía envolvente que empezó a surgir desde algún recóndito lugar de mi ser.

¿Estaré así por Aarón?, me pregunté.

Él rondaba en mi cabeza cada vez con mayor persistencia. Sentía que era el único en comprenderme de verdad, con quien podía hablar de libros, proyectos, emociones..., de cualquier cosa, y conseguía levantar mi ánimo cuando estaba a punto de rozar el agotamiento.

A pesar de su apoyo, continuaba teniendo ciertas dudas con la obra, a veces perdida en mi propia imaginación o en la falta de ella para materializar lo que deseaba.

No me resistí. Cogí el móvil y le escribí.

—¿A veces no te pasa que tienes la idea de lo que quieres plasmar pero no sabes cómo llegar hasta ello?

—La verdad es que muy pocas veces me ha pasado eso. —Respondió casi automáticamente.

—En términos generales sé lo que deseo narrar, pero no encuentro la mejor forma de trazar el argumento.

—¿Por qué no saltas directamente a las escenas que ya tienes claras y luego rellenas lo del medio?

Su sugerencia podía ser interesante.

—No se me había ocurrido...

—Solo lo he hecho en un par de ocasiones, pero te puedo garantizar que luego encajó todo a la perfección.

— *Tendré que probarlo...*

— *Genial, ya me contarás qué tal.*

— *Por supuesto. Por cierto, ¿tú qué tal llevas el tuyo?*

— *Esta va a ser la novela negra por antonomasia.*

— *Jajaja, eso dijiste de la anterior.*

— *Sí, pero ahora..., esta es la definitiva. Si la otra era buena, esta es mucho mejor.*

— *Seguro que va a ser todo un éxito.*

— *Ya lo creo. Si quieres te mando el prólogo y el primer capítulo y me dices qué te parece.*

— *Perfecto.*

— *Por cierto, te recuerdo que estoy esperando a que me envíes algún fragmento...*

Me hizo sonreír, de verdad mostraba especial interés por mi trabajo.

— *No tardaré en hacerlo.*

— *Lo estoy deseando. Quiero ser el primero en deleitarme con tu nueva obra.*

— *No te cachondees.*

— *No es broma, creo que escribes muy bien y tienes mucho talento. Llegarás lejos.*

— *Intuyo que los dos llegaremos a cumplir nuestro sueño.*

— *Sí, me gustaría que lo consiguiésemos juntos.*

Tuve que leer la última frase un par de veces. A parte de una furtiva sonrisa, también me arrancó del pecho un fuerte suspiro que sentí emerger desde el mismo corazón.

Lo conseguiremos, pensé.



Una fuerte luminosidad entraba con alegría por la ventana. Me di cuenta entonces de que la noche anterior me había dejado las persianas subidas.

«Buena forma de amanecer», pensé.

Según parecía, durante toda la jornada brillaría el sol, ayudándome con su candor a sentirme bien mi primer día allí.

Debía pensar un plan, qué hacer durante la mañana, pero lo inicial era bajar a la cafetería a desayunar algo. Estaba hambrienta y mi tripa empezaba a dar buena cuenta de ello.

Me vestí con lo primero que encontré en la maleta, ya luego me cambiaría para salir a la calle, y bajé hasta la planta baja.

Ojeé los carteles de los pasillos, no sabía hacia dónde dirigirme.

La tarde previa no me fijé en que la puerta de acceso al restaurante-cafetería se encontraba justo delante de la recepción; cuando me aproximé, vi que no había nadie. Me pareció extraño, pero no le di mayor importancia. Entré en el salón dispuesta a deleitarme con el primer manjar mañanero que aquella ciudad tuviera para mí.

Al traspasar el umbral me sorprendió ver también aquella habitación vacía. Miré la pantalla del móvil: las 10:20. No era mala hora, no entendía por qué aquello estaba

tan desolado.

Me senté con cierta vacilación en la mesa que más llamó mi atención y, acto seguido, apareció tras la barra una joven muchacha saliendo de la cocina.

—Buenos días —dijo mostrando una bonita sonrisa.

—Buenos días.

—¿Qué desea?

—Me gustaría tomar un chocolate con churros, ¿es posible?

—Claro que sí. Siéntese y en un momentito se lo llevo.

«La mañana promete», me anuncié satisfecha.

La chica se giró y comenzó a preparar el chocolate.

—¡Aroa!, cuando puedas, prepara esto para la habitación 102.

Volví la cara buscando a la persona que acababa de hablar, era el chico de la tarde anterior, Tristán. Se dirigió abstraído hacia la barra donde se encontraba la bella joven de cabello largo oscuro.

—Vale. En cuanto sirva lo de esta chica se lo llevo — contestó amable. En ese momento el «repcionista» se volteó levemente, mirando en mi dirección.

—¡Ah, hola! No la había visto. —Saludó, demasiado formal para mi gusto. Detestaba el voseo. Más que respeto, parecía que la verdadera intención de usar ese formalismo era el de tratar de mantener la distancia, y encima me hacía sentir mayor. Yo no respondí más que un simple «hola» acompañado de una sonrisa—. ¿Ha pasado buena noche? — me preguntó acercándose.

—Le verdad es que he dormido como un bebé. No me he enterado de nada.

—Me alegro mucho. Si necesita cualquier cosa no dude en decírmelo, estaré en la recepción.

—Genial, muchas gracias. Es posible que luego me acerque a preguntarte algún sitio que visitar. —Le tuteé para ver si así cogía la indirecta.

—Perfecto. Le buscaré un plano de la ciudad para indicarle lugares de interés.

—Sería estupendo. Muchas gracias. —No lo pilló...

—No hay de qué. —Inclinó la cabeza de medio lado y se retiró. Sin darme cuenta, la camarera apareció a mi lado portando mi anhelado desayuno. Con solo verlo, se me hizo la boca agua.

Lo degusté con calma, saboreando cada bocado con sosiego. Me sentía bien, afortunada por estar siendo lo suficientemente valiente como para cambiar mi vida.

Sonó el teléfono estridente. Aquello hizo que saliera de golpe de la novela. Me levanté del sillón de mi escritorio y fui a por el auricular.

—Diga —contesté abstraída.

—Hola, Dana, ¿qué tal estás?

—¿¡Brian?! —No esperaba la llamada de nadie, menos que fuera él.

—Sí, soy yo... ¿te sorprende?

Hacía días que no hablábamos. Mi abrupta despedida en la cafetería fue

la última vez.

—Sí, un poco, la verdad.

—Me gustaría verte, si tienes unos minutos.

Durante unos instantes me quedé paralizada. No sabía qué contestarle. No quería ser desagradable, a fin de cuentas habíamos estado juntos mucho tiempo y todavía le seguía queriendo, lo que menos deseaba era hacerle daño.

—Está bien.

—Estoy cerca de tu casa, ¿te viene bien ahora?

Enmudecí. Esa respuesta me hizo volar a mi novela. A la ilusión que una persona siente cuando empieza a conocer a otra, intimar, aproximarse, compartir tiempo juntos..., enamorarse. ¿Sería posible que me pudiera enamorar otra vez de él?

—Vale. —Mi voz sonó desconfiada.

—Como ya es tarde, me gustaría invitarte a comer, me han hablado de un restaurante nuevo que creo que nos puede gustar, ¿te apetece?

—De acuerdo. Aunque necesito unos minutos para arreglarme...

—Tranquila, te espero. Si quieres en media hora paso a por ti, ¿es suficiente tiempo?

—Sí, de sobra.

—Perfecto, estaré en la puerta del garaje.

—Hasta ahora.

Al colgar me sentí confusa. Tenía una cierta ilusión, esencia que estuvo ausente en la última etapa de nuestra relación. Me percibí abierta a nuevas posibilidades, a darle otra oportunidad; dispuesta a dejar entrar al amor en mi vida y volver a amamantar a las culebrillas que el enamoramiento quisiera depositar en mi estómago una vez más.

Regresé al despacho y guardé el documento. Antes de apagar el ordenador, no sé por qué miré los últimos mensajes que había intercambiado

con Aarón a través de Scrut. Me descubrí a mí misma sonriendo.

Aarón

Traté de concentrarme en la novela. Me faltaba muy poco para acabar de redactarla, aunque sabía que restaba por llegar lo peor: las interminables horas de repaso para que el texto quedara limpio, fluido y sin erratas. Un nuevo sentimiento en el pecho hacía que desease ver transcurrir las horas rápido.

Me sentía confuso. Dana despertaba en mí un interés poco usual y no quería obsesionarme con ella. Además, casado, con una hija..., debía continuar todo igual.

Creo que si se volviera a echar pareja sería mejor. Quizá así lograría pensar que no solo yo tengo compromisos, sino que ella tampoco es libre. Serían más obstáculos y menos ganas de pensar en tonterías, como estoy haciendo ahora...

De verdad, no sé qué demonios me pasa. Espero poder frenar la cabeza antes de que esto, mejor dicho, ella, se convierta en una obsesión.

Me quería mentir, pensar que todavía me encontraba en disposición de parar lo que intuía acercarse.

Salí del despacho dirección a la planta baja, necesitaba un café. Mientras la máquina empezaba a humear, comencé a garabatear en unas hojas sueltas que mi hija había dejado encima de la mesa de la cocina. Antes de que me diera cuenta, estaba escribiendo un poema...

Por qué no puedo olvidar tu nombre.

Por qué no hago más que evocar tu rostro cual mente

obsesiva.

*Desearía no tener esa creciente hambre,
ferviente apetito de morder tus labios, por los que mi
cuerpo palpita.*

Terminé sorprendiéndome de mí mismo. No sabía si aquellas palabras eran de alguna manera ciertas, si las sentía como verdadera emoción o, tan solo, nacieron fruto de la inspiración provocada por el tostado aroma colombiano.

Cogí el folio y lo transporté, junto al cálido caldo, a mi despacho. Al llegar, agarré una carpeta y guardé el poema dentro, no sin antes poner la fecha: *8 de abril.*

Dana

Al terminar de bajar las escaleras, vi a Brian esperándome apoyado en su coche, aparcado a escaso metros de la puerta de mi garaje. Lucía atractivo, arreglado como si fuera a una cita importante. Su pelo rubio le caía con gracia por la frente hacia un lado.

La velada fue mejor de lo que esperaba. Parecía que había salido de un reformatorio de actitud. Se mostró en todo momento decidido, alegre e, incluso, se interesó por mi trabajo. En ese momento me di cuenta de que, el hombre del que un día me enamoré, seguía con vida en alguna parte ahí dentro. No era su físico lo que me atrajo ni buscaba en los hombres, sino su

personalidad.

Presa de la renovada energía que mostraba, en ese momento decidí darle una nueva oportunidad.

Aarón

Me llevé una sorpresa cuando Dana me anunció que había vuelto con su antigua pareja. Fue una «hostia» que no me esperaba, por lo menos, no tan pronto y menos porque hubiese vuelto con su ex.

Debía tener más cuidado con lo que deseaba, al parecer, las cosas se podían convertir en realidad.

Por supuesto, fingí, hice como si me entusiasmase y fuera la mejor noticia del mundo. No sabía que podía llegar a ser tan sarcástico.

El caso es, que me vi forzado a alegrarme por su felicidad. A fin de cuentas, era lo mejor para ambos. Ella por fin podría disfrutar del amor que siempre anheló y, yo, tendría un motivo más para olvidarla.

Sin embargo, aunque quería convencer a la razón, mi pecho marcaba otro ritmo. Este decía que era tarde. Ya había comenzado a sentir algo que no se quita con una simple orden mental; ahora, sin saber cómo, me veía obligado a irlo eliminando con la misma sutileza que emergió. Todo indicaba que recobraría mi vida de siempre, la del escritor aburrido y solitario que pasaba más horas solo que un budista en un monasterio practicando el silencio. Motivado por ese desolador panorama, alcancé la determinación de hacer alguna actividad romántica con Sofía. Trataría de dejar a nuestra hija con mi madre y, así, poder llevar a mi esposa a algún sitio que nos ayudara a encender de nuevo la chispa. Meditaría a dónde ir.

—Estoy desorientado —confesé a Álex mientras nos sentábamos en nuestra habitual mesa para tomar un café.

—Tío, ¿no te has dado cuenta de que estás así porque pasas muchas horas solo en casa?

—Sí, ya lo sé. Creo que ese puede ser el motivo principal, pero intuyo que hay más...

—El qué va a haber.

—No sé, desde hace meses, quizá más, siento que Sofía está muy distante.

—Estará centrada en su negocio.

—Sí, eso es lo que quiero pensar, pero ¡joder!, no puedes olvidarte del mundo por el trabajo, ¿o sí?

—No, está claro que no. Yo no sé cómo aguantas esa situación.

—Es complicada.

—¿Tenéis relaciones?

—¿Me estás preguntando que si me acuesto con mi mujer?

—Sí, claro, no va a ser que si tenéis amigos en la urbanización. —Hizo una mueca de desaprobación.

—Bueno..., de vez en cuando.

—¿Cuánto de «de vez en cuando»?

—Pufff..., pues no sabría decirte.

—Mal asunto, tío.

—No sé, supongo que un par de veces a la semana, o una..., a veces pasa más de una semana... —Álex subió las cejas dejando notar su preocupación al respecto.

—¿Desde cuándo os pasa eso?

—Pues..., no sé, empezó poco a poco, no sabría decirte con exactitud la fecha.

Solté la cucharilla del café sobre el plato. Mi amigo se quedó observándome con detenimiento, me dio la sensación de que trataba de ver a través de mí.

—Tío, yo sospecharía.

—¿Sospechar de qué?

—Al principio era muy fogosa, ¿no?

—¡Eh, no te pases!

—Si lo digo porque una de las cosas que yo envidiaba de vuestra relación es que, a pesar del tiempo, seguíais haciendo el amor muy a menudo. ¡Eso es el sueño de todo hombre! —exclamó con gracia.

—Pues al parecer el sueño se ha acabado... —me lamenté.

—¡Sospecha!

—¿Crees que tiene un amante?

—No lo sé, tío, yo solo te digo que no lo descartes. Nunca se sabe. — Guardé silencio meditativo—. ¿Te has fijado si se arregla más, si ha cambiado de perfume, si llega más tarde de lo normal a casa o cosas así?

—¿Y tú por qué sabes tanto de eso?

—Porque le pasó a mi hermana, aunque en sentido contrario. Ella me iba diciendo por qué desconfiaba, y terminó acertando.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, se trataba de un capullo y no era feliz con él. A la larga fue mejor para ella.

—Bueno, aun así, no creo que sea agradable.

—Ya, pero bueno... A veces solo queda aceptarlo.

—Pues no sé qué decirte, observaré a mi mujer. Pero no quiero volverme

un perturbado.

—No hombre, trata de guardar las apariencias y hacer tu vida normal. Yo solo he dicho que podría ser una posibilidad, no que esté engañándote de verdad.

La palabra «engañándote» se grabó en mi mente de forma estridente. Me hizo gesticular una mueca de asco que me incomodó sobremanera.

—No sé si sería capaz de hacer algo así...

—En cosas de amor me creo cualquier cosa. —Le miré buscando que se explicara—. Sí, me refiero a que cuando te enamoras..., a veces no eres consciente, bueno, creo que nunca eres realmente consciente de quién te enamoras o por qué, pero lo que sí tengo claro es que, cuando lo haces, es muy difícil olvidarte de esa persona que se ha colado en tu vida.

—Ya... —Noté que la palabra emergía abriéndose paso entre un suspiro.

—¿Qué te pasa? —preguntó al ver mi gesto—. ¿Esa cara...?

—No, nada. —Traté de disimular, no quería decirle que Dana se había hecho hueco en mi pensamiento y desde hacía días no conseguía apartarla de ahí.

—A mí no me engañas, ¿qué te ha pasado? —insistió.

—Nada, que... —No pude seguir. No quería que el secreto saliera de mi boca, quería callarlo y hacer que se fuese borrando con el paso del tiempo. A fin de cuentas, tampoco era algo tan importante; igual que me encariñé con ella, la podría olvidar. *Sobre todo ahora que vuelve a tener pareja, reflexioné.*

—A ti te gusta alguien.

—No. Bueno... Un poco.

—Ya sabía yo... ¿Quién, si puede saberse?

—Es una escritora con la que hablo a menudo.

—¿La que te gustó en la convención cuando fuiste a Madrid?

—Sí, ¿por qué lo sabes?

—Joder, porque te calé.

—Pero si casi no te la mencioné. —Traté de defenderme. No entendía cómo se pudo haber dado cuenta.

—Dijiste poco, pero lo suficiente. Tenías que haberte visto la cara de tonto que se te puso un par de veces. Espero que no le hablaras de ella a tu mujer, porque sino, ya sabemos por qué se podría haber echado un amante —bromeó.

—No, la verdad es que casi no me preguntó por aquel fin de semana.

Mi amigo achinó los ojos.

—¿Un fin de semana tú solo y no te preguntó qué hiciste? —se extrañó.

—No...

Los dos nos quedamos callados. Álex hizo un gesto con las cejas, uno con el que me decía sin que sus labios se abrieran: «lo llevas claro, chaval». No dije nada, mas de forma automática, traté de recordar esos dos días y lo sucedido en ellos, sobre todo, lo que ocurrió al regresar.

En realidad, no tenía pruebas de nada, solo una simple sospecha infundada por las conjeturas de mi amigo y un levantamiento de cejas cargado de desconfianza; no era suficiente. Sofía nunca había mencionado nada, tampoco yo tenía argumentos para decirle que sospechaba de una supuesta infidelidad. A lo mejor, simplemente, ya no me quería como antes, o por el estrés su libido estaba resentido... Sin embargo, no era solo pasión, era mucho más: su atención, su actitud, sus gestos, la falta de ganas de hacer cosas juntos...

Aun así, no debía obsesionarme. Lo más sensato sería mantener la calma y observarla, mientras, yo trataría de borrar a Dana de la memoria.

Más de una semana hacía de la conversación con mi amigo y la cosa iba a peor. Me estaba encabronando por momentos. Y lo peor era que el desánimo repercutía sin miramientos en mi rendimiento laboral. Por mucho que trataba de concentrarme en la novela, de escribir el final épico que días atrás me perseguía, ahora no lo hallaba, se esfumó. Mi mente se fugaba distraída al encuentro de Dana.

De la noche a la mañana, me di cuenta de algo preocupante: percibía indiferencia ante una posible infidelidad de Sofía. La cabeza se hallaba sumida en una nueva tarea, la de desviar mi desmedida atención sobre cualquier cosa que no fuera aquella fémica que me tenía obnubilado. Pasaba las horas, minutos y segundos pensando en la que, sin hacer nada en especial, había conseguido conquistarme el corazón. Deseaba cortar esa obsesión.

Era todo tan extraño... ¿Cómo una mujer a la que sólo había visto en persona una vez, podía haberme alterado el norte de ese modo y provocar en mí esas emociones tan fuertes?

Desconocía cómo proceder. Por su parte, se encontraba retomando una relación afectiva con el insulso de su novio y, a pesar de estar convencido de que no le convenía, no debía interferir; a lo mejor me equivocaba y realmente se trataba del hombre de su vida..., pero tenía serias dudas, la verdad. Por mi parte, tampoco estaba solo. Incluso la situación era más delicada, por Lucía... No podía andarme con juegucitos.

Cogí el móvil para ver por encima la última conversación que habíamos intercambiado. Seguía contenta por los avances que estaba logrando, los que ahora yo no conseguía...

—*Buenos días, ¿cómo vas?* —Fracasé en el intento de evitar hablar tanto con ella. De forma automática contestó.

—*¡Muy buenos días! Estoy haciendo un descanso, pero voy bastante bien.*

—*Al ritmo que has cogido, dentro de poco la acabas.*

—*Me gustaría terminarla pronto, sí, pero todavía falta un trozo. La protagonista acaba de quedar con el chico del hotel, con Tristán.*

—*¿Me pasas un fragmento?*

—*Venga, vale. Dame dos minutos. Por cierto, ¿tú qué tal? ¿Cómo llevas el tuyo?*

—*Un poco estancado...*

—*¿Cómo? ¿Y eso? ¿Qué ha pasado?*

—*Resulta que hay una mujer, una amiga que no se me va de la mente. — Aunque tuve miedo de que me juzgara, no pude evitar decirle casi la verdad.*

—*¡Oh! ¿Te gusta o es que tiene algún problema?*

—*Sí, parece que me está empezando a gustar. — La palabra «empezando» se quedaba demasiado corta.*

—*¿Y qué vas a hacer?*

—*Todavía no lo sé. Creo que no haré nada. Ella tiene pareja, y yo familia. Lo mejor será olvidarme de todo. — Mientras mi razón escribía aquello, en verdad solo deseaba decirle que la responsable de mi estado anímico obsesivo y desquiciado era ella. Por suerte, conseguí moderar mi impulso. No quería inmiscuirme en su vida. Tampoco quería que me viese como al típico hombre infiel.*

Dana

Al decirme Aarón que había una mujer que no se le iba de la cabeza, sentí alegría y tristeza al mismo tiempo. Una especie de celos por creer que

podiera estar fijándose en otra mujer que no fuera su esposa, y tampoco fuese yo. Pero tenía tantas fans, admiradoras... Sabía que recibía peticiones de amistad cada día, que le mandaban mensajes privados..., él me lo contaba. Casi era normal que se hubiera fijado en cualquiera de ellas. Sentí cómo un suspiro de nostalgia arrancaba algo indescriptible de mi pecho.

Rápidamente traté de borrar esa emoción que no sabía de dónde emergía, y pensé en mi situación. *Yo tengo a Brian*, me repetí con fuerza. Deseaba creerlo.

Tampoco quise preguntarle más. Busqué el fragmento prometido y se lo ofrecí, cambiando al tiempo de tema.

— *Ya lo tengo, ¿te lo envío al email?*

— *Sí, pásamelo, me vendrá bien para distraerme.*

De nuevo, sentí pena. Me había ayudado tanto que ahora deseaba corresponderle de alguna manera.

— *Si necesitas hablar, ya sabes dónde me tienes.*

— *Gracias, eres un cielo.*

— *No es para tanto, solo quiero que estés bien.* —No existía mayor verdad que mi deseo hacia su felicidad.

— *Déjame leerte, con eso ya me sentiré mejor.*

Me sonrojé, aunque por suerte él no pudo verme.

— *Ya lo tienes. ¿Ahora me cuentas?*

— *Vale.*



Subí directa a la habitación para asearme y cambiar de

ropa antes de ir a la recepción a por el plano. Supongo que por pura coquetería femenina, no me apetecía que Tristán me viera otra vez con aquellas pintas de estar por casa, descuidada.

Bajé corriendo las escaleras del primer piso y atravesé el pasillo con rapidez. Al llegar a la recepción, encontré a una chica. Aquello hizo frenar mi ritmo y permitirme ver lo acelerada que iba hasta ese momento. Sin saber muy bien qué hacer, si volver a la habitación o esperar a verle, dirigí mis pasos, ahora calmados, hasta la muchacha.

—Hola —dijo Tristán saliendo del restaurante—. Te estaba esperando. —Aquello me produjo una sonrisa de satisfacción. «Un hombre pendiente de mí..., ¡no me lo creo!», pensé.

Dana

Hacía un par de semanas que Aarón me confesó estar distraído en su trabajo por culpa de una mujer, «una amiga» que no se le iba de la cabeza. No sé por qué pensé en Bárbara. Sabía que hablaban de vez en cuando, y estaba claro que a ella le gustaba. Sin embargo, no quise volverle a preguntar. Pensarle con otra que no fuese su mujer...

Mi cabeza voló a un pensamiento desconcertante:

Cualquiera de las dos son afortunadas.

Y es que, sin saber en qué momento empecé a ser consciente de ello, ahora me daba cuenta de que Aarón era el tipo de hombre que siempre había deseado tener en mi vida. Poseía algo que Brian, por mucho que lo intentase,

jamás lograría alcanzar.

Casi, como cada mañana desde días atrás, nada más levantarme, le saludé.

—*¡Buenos días! Que pases feliz jornada.*

Al margen de lo que él pudiera sentir por otras mujeres, respiraba dichosa por el simple hecho de advertirle cerca y compartir charlas cargadas de complicidad y entendimiento.

Al cabo de un rato, contestó. Abrí el mensaje alegre, pensando que me desearía lo mismo, sin embargo, me encontré con otra cosa:

—*«Si un hombre no puede quitarse de la cabeza a una mujer y piensa en ella constantemente, sobretudo al despertar y al intentar dormir... Si imagina que la acaricia y le dice lo que siente por ella..., y cuando consigue dormir, se la encuentra en sueños... ¿A ese hombre, qué le pasa?».*

Mi corazón se desvaneció por un instante dejando en su lugar un ciego ahogo de tristeza. Sus palabras consumieron mi aliento y no entendía el motivo.

Tú estás con Brian... Alégrate por él, me dije. Estar enamorado siempre aporta felicidad, y tú le deseas lo mejor del mundo.

Respiré hondo y releí su corazón. Realmente estaba enamorado de aquella «amiga» suya.

Medité con calma qué ponerle. Detrás de su texto, percibí una pena muy grande, y no entendía el motivo.

—*Hola, Aarón. Me da la sensación de que ese hombre está enamorado...*

Contestó de inmediato.

—*Yo también lo creo.*

—*Te noto triste, ¿estás bien?*

—*No del todo.*

—¿Quieres hablar?

—Me gustaría decirle lo que siento.

—¿Ella no lo sabe?

—No lo sé.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque tiene pareja.

—Entiendo. ¿Y qué vas a hacer?

—Trato de averiguarlo... Si fuera tu caso, ¿tú se lo dirías?

—Supongo que..., no sé. Creo que sí. Si te has enamorado será porque algo en tu relación actual no funciona, por eso te has fijado en ella. Así que, sí. Se lo diría.

—A pesar de...

—Sí. A pesar de las circunstancias, creo que, si no es un capricho, debes decírselo.

Escribí sumida en un mar desconcertante de emociones. Pero aun así, dejando a un lado mis sentimientos, le di el mismo consejo que le habría dado a cualquier amiga. Prefería su felicidad por delante de cualquier cosa. Cuando terminé de hacerlo me noté nerviosa, con un agujero en el pecho que gritaba pidiendo auxilio.

Identifiqué miedo; miedo a perderle. Y, sí, deseé ser yo aquella de quien se había enamorado, sin embargo, existía un problema: de ser así, no le podría corresponder.

Farón

Ansiaba con toda el alma decirle lo que sentía por ella. No aguantaba más. Las insinuaciones no eran suficientes, no encontraba la forma de que se diera por aludida, y eso me tenía fuera de mí. Por eso le escribí aquellas palabras. Necesitaba encontrar la forma de saber qué haría ella en mi situación, de esa forma, en caso de confesárselo, entendería mi forma de proceder.

Y me otorgó «el permiso» envuelto en su texto: «*Si no es un capricho, debes decírselo*».

Tenía miedo de su posible reacción.

¿Y si se lo confieso y se aleja de mí?, reflexionaba inquieto.

Mi amor por ella era igual de grande al miedo de perderla porque, tras conocerlo, decidiese apartarme de su lado. Pero debía hacerlo, mi corazón no aguantaba más tiempo en silencio.

—*Vale* —respondí con un nudo en el estómago—, *esa mujer de la que estoy enamorado, eres tú*.

Esperé su réplica con la mayor calma que permitieron mis nervios.

—*¿Yo?*

Dana

No puedo describir lo que sentí en ese instante.

¿Yo?, me dije varias veces antes de contestarle. Una felicidad extraña recorrió todo mi cuerpo.

¿Se ha enamorado de mí? No me lo puedo creer.

Aunque en realidad, si lo analizaba con calma, no era descabellado. Ahora entendía algunas conversaciones o indirectas que en su día interpreté como simples bromas o cumplidos.

Una parte de mí respiró con alivio, otra con satisfacción y, una última, se abrió paso sin permiso fecundando una emoción de rechazo que aún en ese instante no pude advertir.

—*Sí, tú eres esa mujer de la que te hablo.*

—*No sé qué decirte.* —Y era cierto. A pesar de percibir una primera sensación de felicidad, no sabía qué responder. Todavía era temprano para identificar plenamente lo que sentía al respecto.

—*No hace falta que digas nada. Solo te lo he dicho... No podía esconderlo más.*

—*Sabes que tengo pareja* —repliqué—. *Los dos la tenemos.*

—*Sí, de ahí mi silencio durante todo este tiempo.*

—*¿Y ahora?*

—*Nada. No quiero que mis sentimientos enturbien nuestra amistad.*

¿Crees que podrás olvidarlo?

—*¿Olvidarlo? No creo que sea tan fácil.*

—*¿Te incomoda?*

—*No, pero no quiero que sufras por mi culpa.*

—*Si te fueras por habértelo dicho..., entonces sería cuando sufriría.* —*Me noté confusa por unos instantes—.* *¿Podrás tratar de hacer como si nada?*

—*Está bien.*

Es cuanto hablamos esa mañana. A lo largo del día, traté de digerir aquello. Todavía no sabía cómo proceder. No quería que padeciera y, aunque cada vez tenía más claro que desde hacía un tiempo también sentía algo por él, no podía hacer nada, menos aún meterme en medio de una familia.

Quizá, si le muestro menos cariño, se olvide de mí.

Farón

Pasaron varias semanas desde mi anhelada confesión. Por fin, Dana conocía lo que sentía realmente por ella y, a pesar de que le dije no esperar nada, en verdad sí ambicionaba algo. Una parte de mi alma palpitaba por ser correspondida. Había encontrado en ella a la mujer que toda la vida deseé: cómo era y se expresaba, su actitud y forma de pensar..., cariñosa, eso se notaba a la legua. Para colmo, me parecía preciosa. Fantaseaba con la idea de que Leonardo Da Vinci la hubiese esculpido para mí.

Tendría paciencia. Si el destino nos quería unir, lo haría tarde o temprano.

Pero suponía una ardua tarea. A pesar de seguir hablando, lo hacíamos menos. Sentí que trataba de mantenerme lejos, quizá pensase que no era lo suficientemente bueno para ella o no le gustaba lo más mínimo..., no sabía qué pensar.

Solo deseaba que no se alejara y, sin embargo, parecía estar ocurriendo sin remedio. Por supuesto, no quería forzarla, por pura lógica, era contraproducente.

Aun así, en unos días/semanas iría a la capital, habíamos quedado en vernos. Pese a todo, la *cita* seguía en pie. Creo que los dos pensamos que, a lo mejor, lo más positivo para ambos sería hablar del tema en persona.

Dana

Traté de mantener la distancia en las sucesivas jornadas. Sí, continuábamos hablando, pero intenté que fuese menos a menudo. Me

costaba horrores; no se desvanecía de mi cabeza. No obstante, sentía la obligación de intentarlo.

Una resignada parte de mí se negaba a tolerar aquello. Ninguno de los dos éramos libres del todo. Brian..., bueno, era consciente de que en él no hallaría al hombre de mi vida, pero le debía respeto, fidelidad en todos los sentidos. Se había esforzado en las últimas semanas para que estuviésemos bien, por apoyarme y comprenderme, aunque en realidad su gesto solía emerger forzado; lo percibía. No aguantaría en esa línea mucho tiempo, conocía por experiencia la consecuencia: agotadora y desesperante. No puedes cambiar tu forma de ser para complacer a los demás. Sí, la gente vamos cambiado, pero no así, no por compromiso ni por tratar de fingir ser algo que no somos. En cambio, si pensaba en dejarle de nuevo... ¡Ufff!, no quería volver a hacerle daño.

Sin embargo, no podía seguir así. Me carcomía imaginar a Aarón cada vez que besaba a Brian. No era justo y, para mi mente, resultaba insano.

Solo me engañaba a mí misma.

Desconocía si podría controlar la situación, si conseguiría olvidarme de Aarón y centrarme en Brian. Ante todo, tenía una cosa clara: no quería que ninguno de los dos sufriese por mi culpa. Pero, tampoco estaba dispuesta a vivir amargada.

Era hora de darme tiempo, unos días al menos para meditarlo, tratar de entender los deseos y decretos de mi corazón.

La semana que viene comeré con Aarón, pensé. Me vendrá bien verle en persona. A lo mejor así se me aclaran las ideas...

Mi cerebro dio la orden de, mientras llegaba ese día, seguir manteniendo prudencia y algo de distancia. No podía confesarle mis sentimientos ya que lo empeoraría todo aún más.

Esa noche volví a soñar con el bello ser de rostro difuminado que me dejaba enamorada por todo el día. Aunque solo recordaba de qué modo sostenía mi mano, nos sentí como si no fuéramos nosotros. Bueno, al menos yo parecía ser distinta físicamente. De él no tenía referencias para comparar, nunca conseguía verle la cara.

En cambio, había algo extremadamente nítido: advertía en cada poro de mi ser el amor que nos unía. Intenso. Sincero. Deseábamos estar juntos el resto de nuestras vidas, incluso, más allá de ellas. Parecíamos ser parte de lo mismo. Quizá, un alma dividida en dos pequeñas fracciones que, sin su mitad, la otra se percibiría incompleta.

Justo antes de despertar, Óscar surgió de la nada: *Ya lo has encontrado*, afirmaba en medio del silencio dando fin a aquella placidez onírica.

Me levanté con la sensación de ser la última en enterarme de lo que estaba pasando, al menos mi parte racional. La otra, la subconsciente, de nuevo afirmaba haber encontrado algo que en mi realidad no palpaba, pero que, a su vez, siempre lo identificaba con el amor, con el hombre de mi vida. Y no puede evitar pensar en Aarón. Fue él lo primero que me vino a la cabeza nada más escuchar la bonita voz de mi amigo. Sentí el corazón acelerarse.

Aarón

Ya no había vuelta atrás. El tren acababa de arrancar y en menos de tres horas estaría cara a cara frente a Dana.

A pesar de que intentaba evitarme, cada día transcurrido tenía más clara una cosa: Ella era la mujer de mi vida. No sabía cómo podría frenar el impulso de tratar de demostrarle que no era tan mal partido. Algo en mi pecho decía que sabría amarla toda la vida, que jamás me cansaría de estar a su lado.

Me percibí como un adolescente. Igual de torpe, vulnerable y perdido.

Mientras observaba pasar con suma velocidad el paisaje a mi izquierda, evoqué mi último café con Álex. No pude resistirme a decirle que la iba a ver.

—¿Sabes qué te digo? —respondió ante mi confesión. Yo aguardé en silencio. Me dijese lo que me dijese no podría persuadirme—. ¡Me parece muy bien!

—¿En serio? —Miré sus ojos con alivio y cierta duda.

—Sí. Y te voy a decir más. Debes disfrutar todo lo que puedas.

—A qué se debe que estés tan... ¿permisivo?

—Tú hazme caso.

—Tengo miedo, ¿sabes?

—Imagino. Pero sé que esa mujer te importa de verdad. Nunca te había visto así, y nos conocemos de toda la vida.

—¿Y Sofía...? ¿Y Lucía?

—Sé que lo ves complicado ahora, pero no te adelantes a los acontecimientos.

—No puedo evitar pensar que las puedo hacer daño.

—En serio, olvídate por dos días de todo. —Me miró a los ojos, pensativo, como si quisiera darme alguna argumentación sólida para que estuviera tranquilo y no me sintiese culpable—. Sofía..., olvídate de ella. Si

terminas dejándola, lo superará. Estoy seguro.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —inquirí achinando los ojos.

—No. Y Lucía ya empieza a ser mayor. Si hablas con ella, lo entenderá.

Dana

Acudí a la estación con casi media hora de antelación. No podía permanecer en casa quieta, los nervios me dominaban. Demasiada inquietud para mi gusto.

Debía encontrar algo en lo que pensar y evadir la cabeza cuando estuviese en su compañía; restar importancia, de alguna manera, a su presencia. ¡Dios!, deseaba tanto verle...

Me arreglé sin excederme. Le quería gustar, pero, si no sentía por él lo que mi mente a su vez deseaba no percibir de mi cuerpo, era mejor no agradarle demasiado.

Mientras llegaba su tren, me senté a releer el último fragmento de mi libro.



Parecía mentira que aquel que un día me vio llegar vacía de alegría, hundida en el dolor, estuviera ahora frente a mí haciéndome sentir lo que nunca había imaginado.

Paseos, desayunos, almuerzos, museos, libros, parques..., en tan solo cinco meses habíamos compartido un

mundo de ilusión. Estaba enamorada como nunca antes lo experimenté. Y sabía que sería distinto, con él, ya lo era. Toda mi realidad cambió desde el instante en que surgió en mi vida, desde que con exquisita amabilidad y ternura, se ofreció a llevar mi equipaje a la habitación.

«En ese momento algo se encendió en mí», me confesó tras nuestro primer beso.

«Yo sentí lo mismo cuando a la mañana siguiente deseé encontrarte en la recepción», respondí acariciándole el pelo.

Cinco meses juntos que parecían cinco días.

Ahora no tenía dudas, había encontrado al amor de mi vida. Nada nos separaría jamás, una convicción aplastante reconfortaba esa elección. Con él no vivía un simple enamoramiento. Lo que despertaba en mi interior me recorría el cuerpo con la contundencia de la madurez y el fervor de la juventud, con la melodía que solo un ángel podría componer desde el edén. Susurro acampanando con el crepitar de un arpa, una vibración que solo el alma alcanza a escuchar cuando encuentra el amor verdadero.

Era él.

Sabía que su corazón se mostraba al mío como un espejo, correspondía cada emoción, cada sentimiento. Cada deseo.

Esa tarde brillaba especial. Mis pulsaciones gritaban en dulce felicidad resignada. Sí, me sentía confusa. Alegría y pena emergían al mismo tiempo. Desconocía el motivo.

Llegada la noche, Tristán me condujo al embarcadero;

lugar donde nos dimos nuestro primer beso. Su gesto alegre escondía algo... No lo pensé, me dejé contagiar por su misterio.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué hay tanta gente? —le pregunté desorientada.

—¡¡Ah...!! Es una sorpresa.

Me quedé mirándole con la sonrisa en la cara. Sentía pleno amor por él.

—Vamos a alquilar una barca —indicó satisfecho.

—Me parece bien.

—¿Sabes para qué estamos aquí? —expuso después de llevar un rato acunados por las suaves ondas del agua.

—No.

—Hoy se celebra una suelta de farolillos. —Se me encendió la cara—. En un par de ocasiones me has dicho que te gustaría ir a Tailandia y verlo. Bueno, pues hoy no vamos a estar allí, pero vamos a poder ver un adelanto.

—¡¡Oh, Dios, me encanta!!! —exclamé llena de júbilo. De no estar encima de una barca me hubiera lanzado como una loca sobre él para besarle.

No podía ser más feliz. En tan poco tiempo, conocía tan bien mis gustos, qué me hacía sentir bien o no... Cuidaba cada detalle, como siempre deseé.

Colocó al frente su bandolera y sacó dos de los pertinentes objetos que se elevarían sobre nuestras cabezas en unos minutos. Los desplegó y manipuló con cuidado. Le observé detenidamente, aunque apenas podía verle. La escasa luz que nos acompañaba era cortesía de la luna llena.

A nuestro alrededor vi cómo empezaban a iluminarse pequeños puntitos dorados. Era un espectáculo precioso, parecían luciérnagas.

Aquí tienes el tuyo —dijo extendiéndome uno—. Faltan unos minutos para que los lancemos, nos avisarán con una campanada.

—Genial. —No podía dejar de sonreír. Mi mente voló distraída por mis deseos: quería besarle, hacer el amor bajo la luz de la luna, pero algo me sacó de mi fantasía—. ¿Qué es esto? —le pregunté mientras no podía quitar los ojos a una cosita rectangular que había colgando de unos cordeles. No lucía como parte de la sencilla estructura del farolillo.

—Eso es..., para ti.

Me quedé mirándole a los ojos sin saber qué pensar. Noté que se me abría la boca levemente.

—Pero...

—Desátalo —indicó con dulzura.

Tuve miedo a romper aquel frágil artilugio.

Con un cuidadoso movimiento, se puso en pie e inclinó frente a mí para ayudarme.

—Trae, lo sujeto y tú lo sueltas.

—Vale. —No pude decir más, estaba abstraída por el momento y la intriga.

Procedí con sumo cuidado. Tras librarme de los cordones, ahora solo tenía en mis manos una pequeña caja rectangular.

—Ábrelo.

Desenvolví el paquete, dejando a la vista un sencillo

estuche de madera de tapa tallada con el nudo perenne de la simbología celta.

—Ruth, te amo como nunca antes lo había hecho, y solo albergo un sueño: compartir contigo el resto de mi vida. Deseo amarte y hacerte feliz, y por eso querría pedirte algo... ¿Quieres casarte conmigo?

Paré de leer para mirar la hora. *Solo faltan quince minutos*, me dije pensativa.

Dudé si seguir o dejarlo ahí. El final que le había dado a la historia... No sabía hasta qué punto me vendría bien recordarlo.

Opté por caminar por la estación, debía centrarme en relajarme, si no, no iba a disfrutar de la compañía de Aarón.

Aarón

Nada más traspasar las puertas del tren, la vi. Fue como si me congelaran en el tiempo. *En serio, no sabía que podía llegar a ser tan cursi*, me dije burlándome de mí mismo. Pero era lo que me hacía sentir, no podía evitarlo. Estaba cansado de disimular que era un tipo normal, del montón. Siempre había sido más sensible que la mayoría de hombres a los que fui conociendo, y ya me daba igual que la sociedad, incluso amigos o familiares, pudieran tener el impulso de ridiculizar el mero hecho de mostrarte sensible y receptivo a la belleza, a la inocencia, a la sencillez, al amor..., o a mí. *No hay*

término medio, pensé. La gente, o se pasa el día en modo zen o se mofan de los que sentimos algo más intenso que un simple calentón de hormonas primaverales.

A pesar de haber planeado a lo largo del trayecto muchas formas de acercarme a ella, al final me quedé casi petrificado. Por suerte, ante mi torpeza, Dana supo reaccionar y me abrazó, regalándome tras ello, un par de besos.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—Bastante bien, la verdad. Se me ha hecho muy corto.

—¿Qué te apetece hacer?

—No he pensado nada. He optado por dejarme llevar.

—Ah, buena elección esa —dijo echándose a reír.

—Pues, ¿te parece que improvisemos y vayamos a tomar un café al primer sitio que encontremos?

—Me parece estupendo.

Dicho y hecho. Tomé de nuevo mi maleta y comenzamos a andar dirección a la primera cafetería o restaurante que nos atrajese.

La mañana pasó volando. Tras el café paseamos un rato por el centro, hice el par de gestiones que debía realizar, y continuamos nuestro fluido encuentro.

Me sentía súper a gusto con ella. No podía evitar pensar, de vez en cuando, cómo sería una relación con ella. Vivir juntos, el día a día...

Hablamos de cualquier cosa, de todo menos de nuestros sentimientos. Creo que ambos deseábamos dejar ese tema aparcado.

—¿Qué tal llevas tu libro?

—Sigo bloqueado.

—Vaya, lo siento. ¿Te lo he contagiado? —dijo en tono de broma aunque sabía que lo había barajado en serio.

—No. Supongo que ya me centraré. No hay prisa.

—Confío en ello.

—¿Y tú qué tal vas?

—La verdad es que la acabé anoche.

—¿En serio? —Me sorprendió la velocidad que había cogido.

—Sí. Debe ser que se me acumuló la inspiración y luego salió toda junta, impaciente...

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Estás satisfecha?

—No sé... —La miré con extrañeza—. Creo que el final es un poco...

—¡Sigue!

—Un poco... Vamos, que no sé por qué he escrito ese final.

—¿Lo tienes aquí?

—Sí, lo llevo en el móvil.

—Déjame.

—No —contestó de forma rotunda.

—Quiero leerlo. Déjame.

—¿Cómo te vas a leer el final sin haberte leído lo del medio?

—Pues porque yo soy así, soy distinto —respondí haciendo una mueca dándome aires de superioridad. Se echó a reír.

—¡Qué payaso eres!

—Sí, un poco a veces... En serio, muéstrame. ¿Es muy largo?

—No, no mucho.

Le extendí la mano para que me entregara su móvil. Con un gesto de desaprobación, al final terminó accediendo.

—Desde aquí, más o menos... —Señaló la pantalla cediéndome el aparato.

Empecé a leer en voz alta.

Dana

Dejé que leyera desde donde yo lo hice en la estación. Se lo entregué con ciertas reticencias. Me daba miedo que no le gustara, además, no entendía por qué tanta insistencia. Lo normal era seguir el orden natural... En fin. Se lo cedí, rezando por que le pareciera lo suficientemente bueno como para no defraudarle.



(...)¿Quieres casarte conmigo?

Por un instante el corazón y la vida que bombeaba, se congelaron en mi torrente sanguíneo. Mi mente dudó, a su vez, de si se trataba de una broma. Pero no. Sus ojos no mostraban juego alguno, solo el deseo de verse correspondidos por tanto amor como los suyos mostraban, por el amor que los empañaban.

—Sí, claro que quiero casarme contigo.

Me abalancé sobre él sin miedo de ningún tipo, ni siquiera a caernos. Y, si caía, sabía que no habría forma más bonita de...

La campana sonó, dando permiso a que las cientos de personas que allí nos hallábamos, dejásemos volar al aire nuestros farolillos y, con ello, nuestros sueños.

—Te amo —le dije tras soltar mi luz.

—Yo también te amo —respondió elevando el suyo y dejándolo marchar compañero del mío.

Abrazados, observamos cómo el cielo de Madrid se iluminaba con las ilusiones y la dicha de los que estábamos presentes.

Aarón levantó la vista del móvil. Me observó fijamente. No supe qué decir, me preguntaba qué estaría pasando por su linda cabecita.

Achinó los ojos y, sin articular palabra, continuó leyendo.



Algo me decía que aquel sería, hasta la fecha, el día más bonito de mi existencia. Una noche mágica en la que la plenitud otorgada por el Universo me habría concedido mi mayor deseo: encontrar, conocer y disfrutar del mundo junto al amor de mi vida. Sabía que no quedaba nada más por desear, solo compartir el resto de mis días con él.

Lo que desconocía o había pasado desapercibido a lo largo de la jornada, era que el tiempo juntos fuera a ser tan escaso.

Sí, valía más un instante a su lado que cien años sin él.

Pero el destino era caprichoso y con la misma elegancia que nos unió, nos quiso congelar a través de la eternidad.

Aquel coche negro de trayectoria confusa y faros deslumbrantes, incursionó en nuestra felicidad con extrema obediencia, haciendo que se cumpliera nuestro deseo de amarnos intensa, pura y verdaderamente hasta el final de nuestros días.

Alegría y pesar se fundieron en aquel último aliento en el que supe que acabábamos de firmar un pacto de amor.

Ambos deseábamos lo mismo.

Nuestras almas volverían a encarnar con un único objetivo: encontrarnos una vez más. Costase lo que costase. Fuera donde fuera. Continuaríamos por donde ahora nos veíamos obligados a dejarlo...

La búsqueda debía comenzar.

FIN

Farón

Alcé la mirada de la pantalla y observé sus castaños ojos posados en mí. Aguardaba en silencio. La sentí serena, esperando mi opinión.

Respiré hondo tratando de no decirle con la mirada lo mucho que la amaba. Sí, la amaba. Ya no tenía dudas. Sabía que era ella. Siempre lo había sido, desde aquella primera vez que la contemplé como tonto a través de una fotografía en una red social. Era curioso ver cómo su relato describía lo

mismo que yo sentía por su ser.

Quise mantener la calma. Desconocía qué podría estar recorriendo su cabeza o su corazón, y no quería alejarla de nuevo. Sin embargo, no conseguía evitar pensar una cosa: *en algún momento ha debido sentir algo así de intenso por alguien. Sería imposible sino describir ciertas emociones...*

—Me ha encantado —dije al fin.

—¿De verdad?

—Sí, no tengo motivo para mentirte. —Me sonrió satisfecha.

—No sé por qué he escrito ese final tan dramático.

—No entiendo.

—No pretendía narrar una tragedia, y al final es lo que he hecho...

—No todos los finales tienen por qué ser felices.

—Sí, pero ya sabes por qué empecé con esta historia. Deseaba volver a creer en el amor... Me apetecía un final feliz. ¡Y, mira!, he acabado cargándome a los dos protagonistas —espetó subiendo las cejas. Me eché a reír al ver su cara de confusión.

—Lo que importa es cómo te sientes ahora. ¿Estás satisfecha?

—Si quieres que te diga la verdad, ahora que sé que al menos ese fragmento te gusta, sí, me siento bien.

Tras observarme unos segundos, agachó la mirada.

Me hubiera gustado abrazarla.

Dana

El día había sido muy largo. Demasiadas emociones para una sola jornada. Ganas de salir corriendo mezcladas con el ferviente deseo de besarle,

abrazarle... o, de nuevo, quitarle de mi cabeza para siempre. ¡Estaba casado! Eso no lo debía olvidar jamás.

A veces los nervios volvían a emerger y, después de compartir todo el día juntos, las subidas y bajadas por la ciudad y los fugaces momentos de tensión ante una notable atracción, el desgaste empezaba a hacerse notar en el cuerpo.

El regreso a casa fue tranquilo. El hecho de tener que estar concentrada en la carretera me permitió relajarme, al menos por un rato.

Al fin llegamos ante el portón de la entrada del garaje. Cogí el mando a distancia y pulsé el pequeño interruptor que nos dejaría paso a, quizá, un nuevo espacio que podría convertirse en incómodo.

Bajó del coche antes que yo. Apagué las luces y el motor; después salí.

Aarón esperaba al lado del automóvil. Al mirarle me dedicó una tímida sonrisa. Intuí que también se sentía un poco nervioso.

En qué hora se me ocurrió decirle que podía venir a casa..., traté de evocar mientras pensaba en Brian. *Hasta el lunes no viene de la convención*, me recordé en un intento frustrado por tranquilizarme.

—Bueno, ya hemos llegado —informé, pensando que así los dos nos relajáramos.

—Bien. Ha sido un día largo... —aseguró.

Abrí la puerta y subimos las escaleras hasta llegar a la primera planta.

En un periquete le enseñé mi hogar e indiqué cuál sería su cuarto. El mío. No sé por qué llegué a la conclusión de que si le cedía mi habitación así se sentiría más tranquilo.

—Ya sabes, estás en tu casa.

—Muchas gracias.

Sonreí.

—¿Te importa que me dé una ducha? Vengo con la cabeza un poco

aturdida —argumentó aferrando su pequeña maleta de viaje.

—Claro, no me tienes que pedir permiso. Incluso, si te apetece más, puedes darte un baño. Todavía falta un rato para que cenemos.

Me hizo una mueca de agradecimiento y, sin añadir más, se fue a lo que ahora se había convertido en su dormitorio. Me senté en el sofá unos instantes, a reposar las emociones.

Al cabo de un momento, empezó a sonar el agua cayendo. Ese sonido era melodía para mis oídos. Cerré los ojos imaginando que aquel líquido cristalino caía por mi cuerpo, evocando placer y descanso al mismo tiempo. Sentí dicha sensación como una invitación a imitar los pasos de Aarón y tomar también una ducha.

Él ocupaba el cuarto de baño de mi habitación; el chapoteo me hacía pensar que ya estaba sumergido en la relajación pertinente, de modo que decidí hacer una fugaz entrada a hurtadillas al vestidor. Cogí tan solo un batín, unos calcetines gordos y la ropa interior. Salí de allí tan sigilosa y rápida como entré. Para cuando concluyese mi refrescante zambullida, él también habría finalizado la suya y, podría entrar tranquila a mi dormitorio y equiparme con el resto de ropa que me faltaba.

Subí las escaleras, directa al otro cuarto de baño.

Farón

Aunque la propuesta de Dana era muy tentadora, preferí lo sencillo. No quería abusar de su amabilidad. Además, me vendría bien darme una ducha bien fría, de esas que cortan la respiración con solo rozarte la piel.

Te va a tocar meter la cabeza bajo el agua hasta que te duela, me dije a mí mismo.

Me sentía tan estúpido... Hasta ahora había aguantado bien, la comida, los paseos, las charlas y risas, incluso las miradas, pero en el momento en que nos subimos al coche, la confianza comenzó a tambalearse. ¿Cómo me podía poner tan nervioso estando con ella? ¿Estaba desentrenado? No, desentrenado no. En realidad se trataba de otra cosa, algo mucho más sencillo: ella.

Ser consciente de estar disfrutando de su compañía y, sin embargo, tener que respetar que estuviera enamorada de otro, aceptar que tuviera pareja, frenar mis impulsos y deseos de abrazarla, besarla o acariciarla, y, encima, disimular para no alejarla de mi lado... ¡Dios, qué situación más complicada!

La hubiera cogido en más de una ocasión y... ¡Joder! ¡Qué ganas de besarla!

Será mejor que vaya abriendo el agua fría y me quede un rato debajo.

Y así hice. Giré el grifo tras quedarme desnudo pero, la simplicidad de aquellos movimientos mecánicos permitía a mi mente seguir sumida en su abstracción.

¿Si no tuviésemos pareja la cosa sería distinta? A lo mejor, no me evitaría tanto. Cada vez que me acercaba un poco más de la cuenta, notaba cómo trataba de huir. Aunque, puedo llegar a entenderlo...

Dana

Me desprendí de los ropajes y recogí el cabello en un moño improvisado. Abrí el grifo y esperé hasta sentir el cálido caldo brotando desafiante al encuentro con mi fisionomía, exquisita comunión que transformaba la experiencia en un calmado remanso de paz. Cerré los ojos mientras balanceaba mi anatomía a un lado y a otro, en un intento cumplido por rociar toda mi piel de ese bienestar. Tras aquella danza, sumergí la cara con placer. Sabía que se correría la mascara de pestañas, pero no me importó. Pensé que, incluso, sería bueno que Aarón me viera sin el poco maquillaje que acostumbraba a embadurnarme.

Allí, complacida por el bochorno del agua, recordé cuando caminábamos minutos atrás por la ciudad. Cómo en alguna ocasión deseé besarle. Cómo él también tuvo intención de conquistar mis labios, aunque se contuvo a tiempo, con disimulo.

Sin darme cuenta, me llevé los dedos índice y corazón de mi mano izquierda a la boca. La acaricié con delicadeza imaginando que era él quien lo hacía. Suspiré. *¡Está casado!, olvídate de él*, me ordené. Y froté con energía mi rostro tratando de borrar de la mente ese deseo. *Tampoco te olvides de que estás con Brian. Si de verdad no le amas, deberás dejarle. Además, mira el lado positivo, ahora sabes lo que quieres. A lo mejor una relación con Aarón no puede ser, pero, quizá, en algún recóndito lugar del planeta haya otro como él...* —traté de engañar a mi cerebro con pantomimas para niños de parvulario.

Sí, estando a su lado fui consciente de sentir algo muy intenso y especial por él, y me daba miedo confesármelo a mí misma, pero le amaba. Sin embargo, aquella relación no parecía tener futuro, y mi corazón latía cansado de sufrir por amor. Por un lado no quería formar pareja con una persona por

la que ya no sentía nada y, por otro, no estaba dispuesta a sufrir por un amor imposible. Me negaba a ser la *querida* de nadie o amar a un hombre que no me podía corresponder con libertad.

Cerré el grifo y me enrollé una toalla al cuerpo. La ducha había sido tan breve que no dio tiempo a que el cristal se empañara. Observé mi rostro en el espejo, los ojos ahora imitaban el bello antifaz de un mapache, solo que el mío no guardaba la estética adecuada, parecía un zombi. Cogí una toallita y arreglé aquel desastre. Ahora lucía igual a cualquier mañana.

Me sequé el cuerpo, puse la ropa interior, los calcetines gordos y tapé el resto de piel desnuda con la bata de seda que me regaló mi madre por el último cumpleaños.

Bajé las escaleras dirección a la cocina. Supuse que Aarón seguiría disfrutando del baño, lo que me permitiría unos minutos extras para averiguar qué hacer de cena. No sabía si tendría hambre, si querría comer ya o más tarde...

Aarón

El agua fría me había quitado el dolor de cabeza, pero no consiguió sacar a Dana de mi constante pensamiento.

Salí del cuarto de baño con la toalla enrollada en la cintura, fui a la maleta y cogí un boxer, un pantalón de algodón de deporte y una camiseta de manga corta. No se percibía ni un solo sonido en la casa. Me entró curiosidad de saber qué estaría haciendo Dana.

Intenté imitar a los gatos y moverme con sigilo. Abrí la puerta a cámara

lenta y, tras ese tornadizo muro de madera, pude empezar a escuchar los primeros ruiditos. Eran muy sutiles, pero reconocí que procedían de la cocina. Intuí que estaría preparando algo para cenar.

De puntillas, me acerqué hasta llegar al umbral. Ahí, paré en seco y, sin saber por qué, me mantuve medio escondido observándola. Para mí, era igual a ver una obra de arte en movimiento. *Es como una 'geisha'*, pensé.

Y allí estaba ella, con un batín largo hasta los tobillos color marfil y de brillo sedoso, dejando intuir las curvas seductoras de su cuerpo. Se movía con la delicadeza de una bailarina, a un lado y otro siguiendo el camino de la encimera, abriendo y cerrando puertas sin hacer apenas ruido, con pulcritud.

Hipnotizado por lo que tenía ante mis ojos, apoyé la cabeza sobre el marco de la puerta. Era tan real y, a la vez, la sentía tan lejana..., un deseo tan complicado de llegar a poseer...

Y, de la sensualidad pasó a la improvisada inocencia, comenzando a canturrear en voz baja y a hacer movimientos divertidos y espasmódicos, semejantes a los de una niña pequeña cuando se pone a bailar intentando coger el ritmo de una canción que le gusta. Esa escena me hizo reír entre dientes. Cada nueva faceta que le descubría me hacía enamorarme más.

Definitivamente, me percibí preso de su esencia.

A pesar de acabar de darme una ducha fría, no pude refrenar el impulso de acercarme. Mis pies caminaron despacio hacia su ubicación. No pareció oírme y, por un momento, fantaseé con abrazarla por detrás y fundirla conmigo, con no soltarla nunca. Pero no era momento de fantasías, no quería asustarla y que se alejase para siempre.

—¿Te puedo ayudar? —le dije finalmente.

Se giró de un salto con cara de susto, todo en una; el cinturón de la bata se le cayó a los pies y la tela dejó entrever parte de su bella figura. No se dio cuenta de este detalle y yo no quise mirar, para que no se tapara.

—Me has asustado. —Sostenía un gran cuchillo en la mano, al parecer se encontraba cortando verdura. Un poco más brusco y me hubiera trinchado a mí también.

—Perdona, he sido un poco torpe. —No se me quitaba la sonrisa de la cara. Era tan bonita...

Dana

Le podría haber matado, literalmente hablando.

¡Dios, qué insensato!

Suspiré, tratando de relajar las pulsaciones de mi corazón, pero cuando casi lo había conseguido, noté sus bonitos ojos rasgados mirándome fijamente. Una sonrisa en la cara se le dibujó.

—Perdona, he sido un poco torpe —dijo manteniendo esa extraña expresión de felicidad.

¿Qué estará pensando?, quiso averiguar mi cabeza. *¿Me habré dejado un resto de maquillaje sin limpiar?*

Achiné los ojos sin darme cuenta. Él hizo lo mismo imitando mi gesto.

—¿Qué te pasa? —preguntó musicalmente.

—No sé. Te has quedado mirándome con cara rara y he pensado que a lo mejor tenía alguna mancha...

—¿Cara rara?

—Sí, un poco. Me observabas sin pestañear y se te ha puesto una sonrisa que parecía que estuvieses recordando algo gracioso..., o viendo algo gracioso...

Farón

Al parecer cuando miras a los ojos a la persona de la que estás enamorado, lo haces con cara de gilipollas... Esa fue la conclusión que saqué después de las palabras de Dana, así que, traté de quitar mi expresión de pardillo.

—¿Mejor así? —le pregunté forzando otro semblante.

Se echó a reír.

—Así das un poco de miedo. Prefiero la de antes, la verdad. —Me hizo reír a mí también.

—Con saber que no tengo cosas raras por la cara...

—Estás preciosa.

—Vaya, ¿no he conseguido que se te caiga el mito?

—No es la primera vez que te veo sin maquillar. ¿O es que no te acuerdas?

—No —dijo pensativa.

—Además, casi ni se nota cuando lo haces... —Ella frunció el ceño. Intuí que no sabía si la estaba camelando o mis palabras eran sinceras—. Te lo digo de verdad. Eres preciosa, y lo sabes.

Miró hacia el suelo con cierta timidez.

—Grac.... ¡Mierda, el cinto!

¡Eso, mierda!, pensé. Se ha dado cuenta.

Se agachó a por él y, medio sonrojada, se lo volvió a abrochar a la cintura, cerrando tras ese movimiento la escasa visibilidad que aquella prenda me regalaba de su cuerpo.

Dana

Di un paso atrás a la vez que concluía aquel descaro. Tenía que salir corriendo de allí o acabaríamos haciendo una locura. Lo sentí, ambos deseábamos besarnos.

—Me voy a terminar de vestir —dije apresurada.

Aarón se quedó con rostro serio, sin decir nada.

Al cabo de un par de minutos volví, en esta ocasión con algo de ropa menos traicionera. No había cinturón que pudiera escurrirse, ni aperturas que decidieran mostrar más piel de la necesaria.

Cocinamos sin prestarnos mucha atención el uno al otro. Mejor dicho, disimulaba el hecho de no hacer otra cosa más que mirarle de soslayo. Al parecer, los efectos relajantes de la ducha se esfumaron en el momento en que volví a estar a escasos centímetros de su anatomía. Resultaba ser mayor tentación de lo que hubiera imaginado.

Aarón

Durante la cena, traté de no pensar ni analizar las sensaciones que agrietaban una parte de mi pecho. Me notaba extraño. Jamás había estado tan enamorado de alguien, ni tan siquiera de mi mujer. Aquello daba miedo. Tenía familia y me debía a ella, pero Dana era..., creo que mi alma trataba de decirme a gritos lo que una parte de mi razón empezaba a intuir: era el amor de mi vida, una especie de alma gemela. Y me vociferaba con ansiedad que

no podía dejarla marchar de nuevo, menos ahora que estábamos cada vez más cerca.

Pero el temor invadía mis sentidos. ¿Y si ella no me correspondía como yo deseaba? ¿Y si luego salía todo mal? Muchas personas sufrirían por mi culpa si decidía dejar lo construido hasta entonces: mi familia, mi hija, mis padres... ¿Dejarlo todo por ella? ¿Era una locura? Mi alma me decía que la locura sería no hacerlo. Sin embargo, Dana tampoco disfrutaba de la oportuna libertad. Mantenía una relación con ese tal Brian, el insípido estúpido que no sabía aprovechar lo que tenía delante. *Dios le da pan a quien no tiene dientes*, pensé.

Transcurrió la cena, una vez más, hablando de trabajo, de nuestros proyectos literarios. Eso era lo único que aplacaba el deseo de pedirle ser mía para siempre.

Dana

El cansancio hacía estragos en mi cuerpo. El sueño se quería apoderar de mis párpados y, por un lado, sentí agradecimiento por ello. Necesitaba concederle a mi cabeza y repetitivos pensamientos unos minutos de descanso.

Al margen del agotamiento, el deseo hacia Aarón acrecentaba por instantes. Aunque ese no era el problema. El verdadero problema se encontraba en que ya no había dudas, estaba enamorada de él y mi corazón quería desvelarme un secreto que llevaba atesorando desde el primer día que le vi. Aun así, me seguía negando a pensar que pudiera ser el hombre de mi vida. ¿Cómo lo iba a ser si él ya tenía estructurada la suya?

Ni siquiera pensaba en Brian. Bueno, sí, para analizarlo y darme cuenta

de que jamás sentí por él esa llama que debe envolver tu cuerpo, tu pecho y tus sentidos. Definitivamente, no era lo que deseaba en una relación.

El efecto de la presencia de Aarón me inducía a plantearme muchas cosas. A pesar de que nunca llegásemos a estar juntos, al menos me habría *ayudado* a decidir mi futuro. Y, aunque la conversación se centraba en nuestros proyectos literarios, mi mente no hacía más que plantearse cómo daría el siguiente paso. Entendí que no se trataba de una decisión precipitada inducida por mi creciente amor por él. En verdad, se correspondía con algo que mi cuerpo llevaba demandando mucho tiempo. Nunca debí permitir que nuestra relación llegara tan lejos.

Planeamos ver una película después de cenar, algo ameno y divertido que nos ayudase a bajar lo ingerido.

Mientras Aarón avivaba la llama de la chimenea, me encargué de preparar el film.

¿Qué podemos ver?, pensé. *A ser posible, que no sea nada romántico...*

Y de pronto se me ocurrió una opción que podría valer: *inside out*. No había relaciones de pareja y nos reiríamos un rato.

Le pareció buena idea, de modo que nos acomodamos en el sofá. Eso sí, para evitar tentaciones, cada uno nos recostamos hacia un brazo del mismo.

Aarón

Nos pasamos el día pensando en las cosas que queremos, en las que deseamos hacer en un futuro. Planificamos más nuestro posible mañana que el momento presente, y era posible que no volviese a tener una oportunidad

como aquella. ¿Mañana? ¿Y si no hay un mañana?, o ¿y si hay pocos de los que disfrutar? ¿Querría continuar mi vida como lo era en ese instante, sintiéndome solo, vacío y fuera de lugar?

La película me sirvió para distraer la mente un rato.

Una elección muy acertada, pensé.

Iba y venía del film a mis atormentados pensamientos, y de estos a los personajes animados.

No pude evitar fijarme en la figura *de pánico*. Me sentí muy identificado. El miedo a equivocarme en una decisión, a hacer daño a las personas que amaba y me amaban, a no poder dar marcha atrás si me equivocaba o, lo peor de todo, a que Dana no sintiese lo mismo que yo, me estaba desquiciando. Quería huir de esa situación. O mejor aún, poder avanzar en el tiempo y averiguar lo que este me deparaba. Pero de nuevo, el miedo a que no fuese lo que yo anhelaba, me hacía pasarlo mal.

Cuando me quise dar cuenta, había transcurrido más de media película.

Dana llevaba largo rato quieta y en pleno silencio. Llamó mi atención que no se riese ante algunas escenas divertidas.

Me asomé con disimulo. Estaba dormida.

Ufff, el remate, me atormenté. *Solo me faltaba verla dormir..., frágil y vulnerable a la par que delicada y bella...*

No quise despertarla, pero tampoco quería que durmiera en el sofá. Era posible que si la dejaba allí le terminara doliendo el cuerpo.

Medité por unos instantes cuál podría ser la mejor solución. En un primer momento concluí que arroparla con una manta sería buena idea. Pero luego me acordé de Lucía, de cuando se quedaba dormida viendo la tele y yo la trasladaba a su cama en brazos.

Aunque Dana era bastante más alta y obviamente pesaba más, opté por hacer lo mismo con ella. Le cogí los brazos y los pasé por mi cuello para

poderla llevar a horcajadas.

Qué bien huele, pensé embelesado.

Su boca estaba a escasos milímetros de la mía, era lo más cerca que la había tenido en todo el día. Tragué saliva mientras fantaseaba con robarle un beso, pero sabía que eso no era muy caballeroso por mi parte, de modo que dejé que se enfriaran mis ganas.

Hube recuperado el autocontrol, hasta que se despertó.

Dana

Me sobresalté desorientada. Al abrir los ojos me vi en brazos de Aarón. Admito que me asusté por encontrarme de repente en esa posición, mas mi pulso se aceleró por otro motivo bien distinto. Su piel rozaba mi mejilla en el momento en que daba fin mi improvisado descanso. Ahora, el ensueño se convertía en realidad. Dudé acerca de la veracidad de la escena. ¿Todavía dormía? No, había despertado y mi pecho palpitaba vertiginoso de deseo. Mi boca se entreabrió de forma inconsciente, casi instintiva. Me di cuenta y la cerré. Bajé la mirada en dirección a sus labios. Me mordí levemente el mío. Y, en una micro décima de segundo, el deseo dio paso al temor. No quería que aquello acabara nunca. Durante mucho tiempo me resistí a admitir lo que sentía por él, pero ahora las excusas se hallaban ausentes. La fortaleza de mis sentimientos estaba desprovista de sus centinelas; mi corazón latía desprotegido.

Busqué su mirada. Capté la evidencia de que él se había quedado paralizado igual que yo. Un momento congelado en brazos de la persona que más amaba en el mundo; sin duda, un regalo que atesoraría mi alma para siempre.

Sus pupilas brillaban dilatadas, imaginé que las mías también. Mirada penetrante que a la vez se perfilaba dulce. Me ruboricé sin poder apartar mis ojos de los suyos. Era posible que jamás volviera a disfrutar de un momento como aquel. ¿Podía haber algo mejor?

Pronto me di cuenta de que sí. Con un movimiento lento y vacilante, hizo que desaparecieran los pocos centímetros que separaban nuestros rostros. Noté cómo sus labios se posaban con delicadeza sobre los míos. El cálido aire que espiraba de sus pulmones me erizó el vello de la nuca. El latido de mi corazón desbocó mis sentidos más primigenios, llevándome a entreabrir levemente mi boca en busca de la humedad de la suya. Nos observábamos sin apenas pestañear. Parecíamos dos niños jugando a descubrir con prudencia un objeto nuevo. Entendí que nos daba miedo la reacción que el otro pudiera tener. Y de verdad lo tuve, hasta que con suavidad llevó su mano a mi mejilla y sentí su lengua encontrándose con la mía.

Aarón

No me lo podía creer. Estaba besando a Dana. En mi pecho se confirmaba una vez más lo que tanto había temido. *Es ella.*

La excitación recorría todo mi cuerpo, la columna vertebral transmitía los impulsos nerviosos sin vacilación: deseaba hacer el amor con ella, explorar su cuerpo, acariciar su piel. Pero hubo algo mayor a todo lo demás que frenó en seco mis más fantasiosas intenciones: ¡Estoy casado!

Con la mayor sutileza posible, aparté mis labios de los suyos.

—No debemos hacer esto —le dije en un acto de responsabilidad sin poder evitar sentirme avergonzado.

Me subía por las paredes. Deseaba estar con Dana, pero no podía

traicionar la confianza de Sofía, de Lucía...

¡Joder, tío!, ¿desde cuando eres tan aguafiestas?, me reocriminé.

Pero sabía que era lo correcto. Así no quería avanzar. Se merecía lo mejor y, en ese momento, no estaba en condiciones de aportárselo.

Inclinó la cabeza hacia el suelo.

—No pasa nada. Lo entiendo. —Su voz sonaba con dulce comprensión.

—De verdad que deseo...

—No, no digas nada. —Cortó mis argumentos con los ojos clavados en los míos—. No teníamos que haber llegado a este punto. Lo siento, creo que ha sido culpa mía.

—No digas eso. No es culpa de nadie... —Deseaba abrazarla tan fuerte...

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

—Vale. Me parece bien —dije reprimiendo las ganas de explicarle el motivo de mi decisión.

—¿A qué hora sale tu tren?

Dana

Aparté los brazos con tristeza de su cuello. Deseaba ir a mi habitación, tumbarme en la cama y tratar de olvidar por unos minutos lo sucedido. Sabía que iba a ser difícil puesto que, para colmo, sus labios..., su forma de besarme... ¡Mierda! No podía evitar evocarlo una y otra vez. Me había encantado.

—Sale a las doce en punto.

—Está bien, a las diez y media tendremos que salir de casa —le dije, tratando de concluir aquella noche.

—Vale.

Se echó a un lado, adivinando mis intenciones de desear salir corriendo de allí. Y lo hice sin tener valor para volver a mirarle a la cara, soltando un rápido «buenas noches», con la vista perdida recorriendo cualquier sitio que no fueran ni sus ojos ni su boca.

—Que descanses.

Con paso sereno abandoné el salón y subí las escaleras. De camino al dormitorio no supe qué pensar. Me adiviné aturdida. Sentía algo muy intenso, algo que traté de ignorar al principio y evitar después. Pero al parecer, no gozaba de tanta fortaleza como creía. Todo cuanto giraba entorno a él era mucho más que una simple atracción, capricho o deseo momentáneo.

Ni siquiera con Óscar sentí, ni de lejos, algo semejante. Me estaba dando cuenta de que no solo me había enamorado, sino que, en realidad, llevaba amándolo un tiempo que no sabía calcular.

Me he estado engañando desde el momento inicial. Desde la primera vez que lo vi.

Y mi mente voló a cuando le encontré un día cualquiera, de modo fortuito, en aquel foro de escritores. Acelerándose el pulso, vi que en ese momento mi corazón, quizá mi alma, ya me quería avisar de su presencia. Sonreí al evocar la sensación que su solo nombre me despertó al hallarle. Esa curiosa herramienta que el Universo nos entregó para mantenernos unidos durante meses.

Recordé las indirectas, los «te quiero» que nos dedicábamos casi diariamente..., su ayuda, el trabajo juntos, los chistes, risas, bromas..., y las conversaciones que manteníamos sobre amor, sentimientos, sobre cómo se había enamorado de alguien... Pero también me di cuenta de cómo yo, inconscientemente, le estuve confesando mi amor aunque pareciese que era para otro...

¿Podríamos llevar meses amándonos, correspondiéndonos, sin darnos

cuenta?

Al margen de todo lo anterior, ahora más que nunca, tenía las cosas claras: Uno: no sería la responsable ni la culpable de separarle de su familia. Jamás podría pedirle algo así. Y, dos: era el momento de enfrentarme con aquella decisión que nunca debí revocar, debía cortar, de una vez por todas, mi relación con Brian. Aquello sería lo mejor para todos.

Farón

Apenas pude conciliar el sueño aquella noche. No sabía qué iba a hacer. ¡Me había besado! ¿Eso qué significaba?

Tenía que hablar con ella y averiguar lo que sentía. No podía irme de allí sin que me lo aclarase.

En medio de mi tormento mental, escribí a Álex.

—Hola, tío. Sé que no son horas, pero no puedo dormir. Mañana por la tarde estaré de vuelta. ¿Te vendría bien quedar para tomar un café? Necesito contarte algo.

Dana

—¡Buenos días! —dije lo más natural posible.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, lo poco que he conciliado el sueño me ha sentado bien —confesé

—. ¿Y tú, has podido descansar?

—La verdad es que yo también he dormido poquísimo.

—¿La cama?

—No. El beso. —No me esperaba esa respuesta—. Dana, me gustaría que fueses sincera y me dijese qué sientes por mí.

Conociéndole, no sé cómo no imaginé que no lo dejaría pasar.

—Lo siento. No debí hacerlo.

—No me has contestado.

—No puedo contestarte.

—¿Por qué no? Creo que tengo derecho a saber qué sientes.

Respiré hondo tratando de saber qué hacer. ¿Qué beneficiaría a cualquiera de los dos confesar que le amaba?

—Sabes que te quiero —dije al fin.

—¿Te atraigo?

—No quiero que me atraigas.

—¿Por qué?

—Estás... Tienes familia.

—Entiendo.

—Deberíamos desayunar algo y marcharnos —argumenté tratando de cambiar de tema. Se quedó callado, tratando de ver a través de mis ojos. Noté que se enfadaba.

—¿Es porque estoy casado?

—No te puedo corresponder, Aarón. Y la verdad, no quiero hablar más de este asunto.

—Está bien. No lo volveré a sacar.

Pasé por delante suyo rumbo a la cocina. Realmente deseaba besarle y olvidarme del mundo entero. Pero había un problema más: la distancia. En apenas un par de horas, no solo otras personas, sino que, más de quinientos kilómetros nos separarían de cualquier intento de aproximación.

Aarón

Quizá no había mucho de lo que hablar. Las palabras de Dana retumbaban en mi cabeza una y otra vez: «No te puedo corresponder, Aarón».

No insistiría. Al parecer, no era lo que buscaba para una relación, o vete tú a saber. El caso es que, comprendiendo que lo más inteligente era tratar de olvidarla, tenía la certeza de que no lo conseguiría. No podría sacarla ya jamás de mi cabeza, y menos de mi corazón.

De camino a la estación, noté el esfuerzo de ambos por no sacar el tema y hablar de cualquier otro asunto, mas se veía que los dos estábamos afectados por el beso y la breve charla de esa mañana. Ahora sí temí de verdad que quisiese desaparecer de mi mundo, tomar distancia para borrar lo sucedido.

La despedida en la estación fue de lo más sencilla. Rápida.

—Me alegro de haberte visto —argumentó dándome un par de besos y un abrazo que no esperaba.

—Yo también. Ojalá nos volvamos a ver pronto.

—Sí, eso nunca se sabe —sonrió con ternura. Sentí pena en su mirada.

—¡Ah! Y gracias por acogerme en tu casa.

—No ha sido nada. Si algún día vuelves, ya sabes dónde está tu hogar.

—Gracias.

Me acerqué a ella despacio y le sujeté la cara; apoyé mis labios sobre su suave mejilla recreándome en el contacto unos instantes. En ese momento, me olvidé por completo de si le podría molestar ese acto o no, necesitaba hacerlo, todo el cuerpo me lo pedía.

—Te quiero —susurró en un suspiro. Y sentí que aquellas palabras quizá querían decir algo más.

—Yo también te quiero.

Dana

—Ya es la hora, tu tren está a punto de salir.

—Sí, eso parece.

—Escríbeme cuando llegues, ¿vale? —Por un segundo me sentí como una madre preocupándose por su retoño. Él sonrió.

—Sí, quizá hasta te escriba por el camino...

Me eché a reír. Tenía un don especial para hacerme feliz.

—¿Sabes? Me siento extraño.

—Sí, yo también.

—Si te cuento el motivo vas a pensar que estoy loco.

—Apuesto a que no. Dime, te escucho.

—Algo en el pecho me dice que tú y yo ya hemos estado juntos..., y que ahora, después de mucho tiempo, te he vuelto a encontrar.

Mi corazón dio un salto acelerando su ritmo notablemente. *Óscar*, pensé. La frase que en varias ocasiones oí a través del recuerdo de su voz, volvió a retumbar en mi cabeza, en esta ocasión, como si la estuviese escuchando en ese preciso instante: *‘Ya lo has encontrado’*.

—¿Crees que estoy loco?

—No. Sé que no lo estás. —A parte de la explicación que no le iba a dar de mis sueños, no sabía cómo, pero sentí aquella afirmación como real—. Además, algo me dice que es muy posible.

Nos observamos durante un tiempo que calculo indefinido. El deseo y la emoción por el reencuentro casi consciente de nuestras almas, nos dejó sumidos en un lapso congelado del que ahora éramos peones.

Deseé besarle, mas no lo hice.

En ese momento, observando sus iris castaños, me di cuenta del lazo que nos vinculaba. Una especie de cordón etéreo que comunicaba nuestros diafragmas en estrecha armonía. Un cable, el cual, a través del tiempo nos había unido en incontables ocasiones y que, en esta ocasión, también trataba de hacerlo.

Noté cómo mis ojos se humedecían. Los de él brillaban ante los míos igual a espejos, mostrándome lo que se hallaba dentro de mí. Nuestros cuerpos parecían envarados.

Una última mirada, cargada de sentimientos, nos indicaba que era el momento de despedirnos, sin saber lo que el caprichoso destino nos tendría reservado.

Al llegar al coche, rompí a llorar sin consuelo.

No entendía lo que había pasado escasos minutos atrás. ¿Era posible que nos hubiésemos estado encontrando a lo largo de varias vidas, que estuviésemos, de alguna manera, predestinados a volver a cruzarnos?

Percibí mi cabeza sumida en la confusión. Debía despejarla lo máximo posible, meditar sobre lo que acababa de suceder y lo que deseaba disfrutar de la vida. De momento, ahora solo tenía una cosa clara: era imperativo hablar con Brian y zanjar nuestra relación de una vez por todas.

Aarón

Necesitaba ver a Alex esa tarde, pero no me contestó. Intuí que no podría

quedar, tendría algún compromiso familiar o algo que hacer.

Mientras tanto, la vuelta a casa fue de lo más extraña. Por un lado acababa de decirle a Dana que sentía, como si se tratase del argumento de una película, que nos habíamos encontrado en otras vidas. Por otro, regresaba a lo que se suponía ser mi hogar, sin llevar conmigo a la mujer que deseaba amar por el resto de mi existencia.

Un beso. Un solo beso fue suficiente como para saber que quería pasar cada día junto a ella. No alcanzaba a comprenderlo, tan solo percibía lo que mi corazón bramaba: un dolor desgarrador por sospechar que no podría estar a su lado.

«No puedo corresponderte, Aarón». Sus palabras reflataron en mi mente distraída.

No sabía cómo, pero debía hacer lo posible por estar con ella.

Pensé en Sofia.

Si la dejo..., sufrirá. ¿Y Lucía? ¿Entenderá que no soy feliz con su madre? ¿Que sin saber cómo me he enamorado de otra mujer, una que nunca hubiera imaginado encontrar?

¡Dios! Necesito ayuda. Ojalá consiga hablar pronto con Álex, quizá él me pueda aconsejar.

Dana

A la mañana siguiente, nada más cruzar la puerta de casa, le dije que necesitábamos hablar.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, pero no puedo más. —Su cara no expresó inmutación alguna.

—¿A qué te refieres?

—A que quiero terminar nuestra relación.

El silencio invadió cada rincón de la estancia.

—No sé si pedirte alguna explicación o no merece la pena...

—Esto no funciona, Brian —le interrumpí sintiendo mi corazón acelerarse—. Lo sabes.

—Sí. Me temo que lo sé. Aunque lo he intentado; sabes que lo he intentado... —recalcó cada sílaba con desasosiego.

—A eso me refiero. Es agotador tratar de hacer las cosas por la fuerza. Si nos amásemos..., si fuésemos compatibles —me rectificué—, las cosas saldrían más naturales.

—Supongo que tienes razón.

Me miró a los ojos tratando de encontrar lo que se agotó en algún momento indeterminado. Me dolía haber llegado tan lejos, todo por carecer de la fuerza necesaria como para hacer lo correcto antes de alcanzar ese extremo. En mi pecho se hizo un nudo que empezó a disolverse en el instante en que concluí mi argumentación.

—Lo siento mucho, pero alargar esto no nos beneficia a ninguno de los dos.

Agachó la cabeza y observó el suelo con demora. Intuí que estaba asimilando mi definitiva despedida.

—Está bien. Recogeré mis cosas y me iré —expresó al fin con las pupilas vidriosas. Y, con esa frase supe que ya no insistiría más. Era nuestro último adiós.

—Lo siento.

—No es tu culpa. No estábamos hechos el uno para el otro —dijo acercándose para darme un abrazo. Sus palabras no solo me llegaron al alma, sino que arrancaron el remanente de lágrimas que se estuvieron ocultando

desde que dejé a Aarón en la estación la jornada anterior.

Tras el primer sentimiento de dolor, culpa y pena, pronto comencé a percibir una extraña y alentadora liberación. Aun así, sabía que las emociones que hasta ese momento habían permanecido retenidas en mi pecho, se empujaban unas a otras en un intento desesperado por abrirse paso a través de mis ojos.

Un par de horas después, Brian volvió equipado con sus enseres más imprescindibles y, con un «nos veremos», desapareció para dejarme en el silencio de mi intimidad. En los próximos días, regresaría y se llevaría el resto de pertenencias que pudieran quedar por la casa...

Aquella tarde fue muy dura. En realidad, no porque Brian se hubiera ido, sino porque sentía que todos los proyectos e intentos de futuro juntos, se velaron. Habían muerto.

Era el momento de tomarlos todos y dejarlos marchar. Debía hacer el duelo de aquellas emociones, de todo cuanto feneció o ni siquiera vi nacer.

Aarón

Los días pasaban y no conseguía hablar con mi amigo. No sabía qué hacer. Escribí a Dana en un par de ocasiones, pero continuaba mostrándose un poco distante. Sin embargo, algo dentro me impedía dejarla en paz. Se mezclaba el deseo irrefrenable de estar junto a ella y, sobre todo, la sensación

de que me ocultaba algo; no creía que no sintiese nada por mí.

Dado que no conseguía desahogarme verbalmente con mi colega, decidí ir al gimnasio a desfogar la acumulación de energía y pensamientos con el saco de boxeo. Imaginaría darme de hostias a mí mismo por ser tan estúpido y enamorarme de una mujer que, quizá, me rechazaba por estar casado con otra.

Dana

—¡Hola! ¿Qué tal, cómo estás?

—¡Dana, hola! Hacía mucho tiempo que no hablábamos.

—Sí, pasan las semanas volando...

—¿Qué tal todo? —me preguntó Begoña con su siempre tono alegre al otro lado del auricular

—Bueno, he estado mejor.

—¿Qué te pasa?

—Ya te lo contaré, no me apetece entrar en detalles ahora.

—Pero...

—El tema es que te llamo porque quiero publicar mi próxima novela y querría pedirte ayuda.

—Sí, dime qué puedo hacer.

—Lo voy a dejar todo preparado para que la semana que viene esté a la venta, pero me gustaría que fueras controlando las ventas y el marketing..., al menos por un mes.

—Yo te echo una mano en lo que haga falta, pero ¿puedo preguntarte por qué quieres que lo haga yo, y por qué tanto tiempo?

—Me voy de la ciudad una temporada. No tengo intención de volver.

Supongo que en un mes me dará tiempo a instalarme en algún sitio y empezar de nuevo.

—Pero... ¿por qué te quieres ir? ¿Qué ha pasado? —El tono calmado de mi amiga se desvaneció ante la sorpresa.

—He cortado con Brian y necesito un cambio de aire.

—Eso se veía venir.

—¿Qué? —me dejó petrificada.

—Que si te vas es por otra cosa, y que lo tuyo con Brian tenía los días contados. No sé cómo has insistido tanto.

—Bueno... no sé qué decirte.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Hay otro?

—No. De verdad, es solo que necesito distancia. —No me apetecía hablar más—. ¿Podrás encargarte entonces del libro en mi ausencia?

—Sí. Tranquila. Yo lo haré.

—Gracias. Te debo una.

No hablamos mucho más. No quería tratar el tema con nadie. Necesitaba escapar de allí, de los recuerdos de la ciudad, de los sentimientos... Dejar todo atrás. Durante ese mes, nadie podría contactar conmigo, por eso requería de alguien para que se encargase de mis trabajos literarios.

De pronto me acordé también de Bárbara. Tenía que avisarla. Chateábamos muy a menudo y no quería que se preocupara.

Farón

—Necesito hablar contigo.

—Hola, ¿qué tal? —le dije en todo sarcástico—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Estaba meditando.

—¿Meditando, tú? —me eché a reír en su cara.

—En serio, tengo que hablar contigo.

—¿Qué te pasa? —pregunté más calmado cerrando la puerta tras él.

—¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos en la cafetería antes de que te fueras a ver a esa chica?

—Sí, claro que la recuerdo.

—Te dije: «disfrútalo».

—Sí.

—Y... Sabes que desde hace bastante tiempo tengo sospechas sobre tu mujer.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Ya no son sospechas, Aarón. Tu mujer ha estado con otro.

Se me debió quedar cara de gilipollas; la de mi confidente, en cambio, decía algo así como: «es una putada, tío, lo siento».

No sabía qué decir. Frené el mejor beso de mi vida por no herir ni ser infiel a mi esposa, y resultaba que ella lo había estado haciendo sin miramientos. Me parecía un chiste de mal gusto.

—¿Estás seguro?

—Completamente. No he querido decírtelo antes porque dudaba si debía hacerlo.

—Lo que no sé es por qué has tardado tanto —recriminé recordando una vez más los labios de Dana.

—¿Estás bien?

—Ahora entiendo todo... —Por unos instantes sentí cómo mi cerebro ordenaba gestos, conversaciones, desplantes, falta de interés, de sexo, de

todo... Pero en el fondo, no me importó. Aquella estaba siendo, lejos de lo esperado, la mejor noticia que Álex podría estar dándome. Gracias a aquello, ya no temía dejar mi relación con Sofía, de hecho, solo pensaba en cómo podría repercutir aquel paso en mi situación con Dana.

—¿Qué vas a hacer?

—Pedirle el divorcio.

Dana

Solo me faltaba Aarón y Bárbara para despedirme. A la mañana siguiente tomaría un avión que me llevaría a la ciudad condal. Allí haría noche y, un día después, me embarcaría en el segundo aeroplano, destino a Italia. Siempre había imaginado poder vivir en ese país de encanto misterioso. Aquella sería una oportunidad para cumplir ese sueño, aunque fuese solo por una corta temporada. Además, el empleo no supondría ningún problema, con mi ordenador ya tenía lo imprescindible como para seguir trabajando allá donde me instalase.

—Hola guapa, solo te escribo para decirte que voy a estar incomunicada al menos un mes.

Rápidamente me contestó.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —Ni siquiera me saludó.

—Debo cambiar de aires, me lo pide todo el cuerpo.

—Cuéntamelo —exigió—. Sabes que puedes confiar en mí. —Teníamos confianza y ella no se andaba por las ramas.

—Bueno, haciendo un resumen rápido... He dejado mi relación de pareja.

—Oh, lo siento mucho.

—*No te preocupes, estoy bien.*

—*¿Y puedo preguntar cuál ha sido el motivo?*

—*Le he dejado yo.*

—*¿Hay otro?* —Al parecer aquella hipótesis era la más típica. Dejar a una persona por otra...

—*En verdad sí.* —Me sorprendió verme confesándome ante ella—. *Pero no hemos estado juntos ni nada.* —Traté de rectificar lo antes posible, no quería darle muchas explicaciones.

—*¿Estás enamorada y no te corresponde?*

—*Más que no corresponderme, creo que no debo corresponderle yo a él.*

—*¡No!*

—*¿No, qué?*

—*No me digas que es Aarón.*

Me quedé a cuadros. ¿Cómo podía saberlo?

—*¿Por qué dices eso?*

—*Madre mía, porque tenéis una química especial. Se os siente incluso a través de las conversaciones escritas.*

—*Pero si no hemos dicho nada raro.*

—*Eso da igual, se nota que hay algo singular.*

No sabía qué pensar. Desde luego estaba desconcertada. Incluso, sentí cómo mis mejillas se calentaban presas de un insólito rubor.

—*De todas formas, no entiendo por qué te vas...*

—*Porque no quiero inmiscuirme en su matrimonio, recuerda que está casado y tiene una niña. Me voy porque necesito olvidarme de él.*

—*¿Tanto te gusta?*

—*Más de lo que hubiera imaginado. Por eso necesito distancia.*

—*Entiendo.*

—*Bárbara, te pido, por favor, que no digas nada.*

—*Tranquila, guardaré silencio.*

—*Te tengo que dejar, debo acabar de preparar la maleta.*

—*Está bien, si necesitas algo, me avisas.*

—*Gracias.*

—*De nada. Por cierto, ¿cuando estés en Barcelona, en qué hotel te hospedarás?*

—*En el NH del aeropuerto.*

—*¿Te vas muy pronto? Pregunto por si, a lo mejor, me puedo acercar a tomar un café. Así nos despedimos como Dios manda.*

—*El avión sale a las 13:00. Dejaré la habitación sobre las diez y media.*

—*Intentaré ir. Te lo confirmo mañana, ¿vale?*

—*De acuerdo.*

Aarón

Llegó de la peluquería tarde, como últimamente hacía. Hubo escasas palabras, demasiado pocas para una relación tan larga. Ni siquiera optó por negarlo.

—Quiero que nos divorciemos —le dije según soltaba sus bártulos encima de la cama. El rostro le cambió y aprecié su tez palidecer. Retomando la compostura, el asombro del primer instante se convirtió en una réplica que, no sé por qué, me sorprendió.

—¿Lo sabes?

—Sí —contesté sereno.

—Bueno..., no pretendo que lo entiendas, solo me gustaría que algún día puedas perdonarme por haber llegado tan lejos. —Su entereza era pasmosa. Cualquiera diría que llevaba ensayando ese discurso mucho tiempo. No le

quise preguntar nada, ni cuánto llevaba viéndose con otro, ni por qué empezó a hacerlo, ni de quién se trataba ese al que, en el fondo, debía estar agradecido por facilitarme el camino.

—Tenemos una hija en común; por el bien de todos deberíamos llevarnos bien. —En ese momento solo pensaba en dos cosas: una, poder estar cuanto antes al lado de Dana y, dos, que el panorama para Lucía fuera lo más armonioso posible.

Durante unos segundos guardamos silencio. No sentí dolor de ningún tipo; vi que ella tampoco. Ambos nos observábamos fríos, estáticos e impasibles. ¿Cómo un matrimonio, después de tantos años juntos y, aparentemente, bien avenido, podía llegar a esa indiferencia?

No hicimos gran cosa por cuidar la relación, me lamenté. Aun así, por mucho que lo hubiésemos intentado, creo que el final estaba escrito. Nuestro camino juntos fue diseñado para aguantar el lapso suficiente y encaminar mis pasos por los senderos oportunos hasta llegar a Dana.

—En fin..., quiero el divorcio —repetí saliendo de mis cavilaciones.

—Sí, es lo mejor. A la larga, también lo será para Lucía. —Ya no me cabía duda, lo llevaba meditando desde hacía meses sin atreverse a dar el paso y, ahora, yo se lo había puesto en bandeja...

—Mañana buscaré un piso de alquiler. En cuanto lo tenga, me marcharé y llevaré mis cosas.

—Vale... Tómate tu tiempo.

—Tranquila, será rápido.

Esa noche no quise hablar con nadie. De alguna manera, respiraba feliz

sabiendo que me había quitado un peso de encima. En cambio, un nuevo desasosiego brotó en mi pecho sin fundamento aparente. Imaginé que el motivo guardaba nexos con el diálogo que mantendría con Dana; ignoraba cuál podría ser su reacción...

¿Y si después de todo no me corresponde, si no siente ningún tipo de atracción o afecto por mí?

Sin embargo, algo me alertaba de que se trataba de otra cosa. Para mi desesperación, no alcanzaba a sospechar qué podría ser.

Dana

Debía despedirme de Aarón, pero temía el momento. Lo estuve postergando todo cuanto mi corazón permitió. Pero no disponía de más minutos, el avión estaba a punto de despegar.

Me encontraba sentada en el estrecho habitáculo que trasladaría mi cuerpo y emociones a Barcelona. Allí pasaría el último día antes de abandonar el país sin fecha de regreso.

Bárbara todavía no me había indicado si vendría a verme para tomar café y despedirnos. Recordé con una sonrisa la primera vez que la vi en persona. Allí, como una niña chillando y presentándose a Aarón. «*El bombón*», reí. *¿Quién me iba a decir a mí que acabaría locamente enamorada de él?* Suspiré con tristeza. No quería irme, y menos, por tener que huir ante la impotencia de no poder corresponder a la única persona que me había cautivado en mi vida.

Los ojos se me nublaron de resignación. Ya solo faltaba dejar al tiempo hacer su trabajo. Recé porque en esta ocasión se esmerara a fondo. Era imperativo. No se trataba de sanar cualquier emoción, sino la pérdida del

amor más intenso que había experimentado nunca.

Desbloqué el móvil y miré la ventanita de mensajes que tantas veces habíamos abierto buscándonos el uno al otro. Observé su fotografía, esa linda sonrisa perfilada en el rostro ligeramente inclinado, el gesto feliz que un día golpeó con suavidad mi corazón.

—Hola, Aarón. Quería haberte escrito antes, pero me ha resultado imposible. Debo decirte que voy a estar una temporada fuera, desconectada de las redes sociales y de todo en general. Te lo comunico para que no te asustes si no te contesto. En verdad, estoy en un avión a punto de despegar y no creo que te responda más.

Aunque acordamos no hablar del tema (porque yo te lo pedí), quisiera confesarte que el día que pasamos juntos fue muy especial. Me sentí realmente a gusto. Respecto al beso..., bueno, no me arrepiento de ello. Solo lamenté que eso te estuviese poniendo en un compromiso o una situación conflictiva...

Sabes que te quiero. Te deseo mucha felicidad.

Dana.

En ese momento la azafata nos pidió que fuéramos apagando los aparatos electrónicos.

Aarón

Me desperté desorientado, no sabía dónde estaba. La luz penetraba demasiado intensa para ser tan pronto. Pero no era tan temprano como imaginaba. Esa noche tardé en dormir y, al parecer, se me pegaron las sábanas para compensar el desfase horario.

Miré el móvil: las diez. Me levanté de un salto y busqué por la casa. Vacía.

Como cada mañana, Sofía debió llevarse a nuestra hija al colegio. Increíble lo silenciosas que podían llegar a ser o yo dormir profundo.

Automáticamente, pensé en Dana. Desde primera hora del día anterior, no había vuelto a saber nada de ella. Era incapaz de mantenerme sin escribirla por más tiempo, necesitaba decirle que deseaba verla de nuevo, que me iba a divorciar, que ya no tendría que seguir huyendo de mí, salvo que no fuese su estilo de hombre... Aunque por mensaje no se lo quería comunicar.

Abrí la ventana de los mensajes y encontré uno suyo, de hacía apenas unos minutos.

¿Se va del país...?

Se me heló la sangre de todo el cuerpo.

La jornada prometía ser ajetreada. Me quedé en blanco, sin saber qué hacer ante aquella huida furtiva.

No se arrepentía del beso, se despedía con un «te quiero» y, sin embargo, se estaba marchando. Lo peor de todo, no decía a dónde.

Por poco sentí que el cielo caía a mis pies arrastrándome con él. La impotencia era desoladora y mi cabeza se atormentó con un único pensamiento: *Has temido tanto que se alejara, que al final lo has conseguido; la has perdido, ¡campeón!*

Dana

Llegué al hotel calada hasta los huesos. Al parecer el cielo quería acompañar mi melancolía. ¿Cómo era posible que, el simple hecho de ver un día lluvioso en un momento de debilidad, te potenciara la tristeza de esa manera? Y sí era. Aquel clima hacía que hasta mis músculos y órganos quisiesen expresar las emociones que mi pecho retenía.

Solté la maleta en el suelo y observé la habitación, amplia y confortable. Intuí que no la abandonaría en todo el día, no me apetecía hacer nada, solo tumbarme en la cama y, como mucho, ver alguna película a través del ordenador.

¿Qué hacer? El tiempo pasaba muy despacio encerrada en esas cuatro paredes, sin embargo, no tenía energía para ir a ningún otro lugar.

En un intento frustrado por olvidar a Aarón, me puse a buscar entre los archivos del portátil. Encontré uno que no recordaba, un poema que escribí justo antes de que él llegase a Madrid. Inmóvil ante la pantalla, traté de descifrar lo que motivaron tales palabras.

«NO SOY LIBRE, PERO TE QUIERO.

*He decidido expresar con palabras lo que mi alma me
grita,
dejarme guiar por ella y hacer lo que con «juicio» me
pida.*

...

*Mas vociferaría a mi estúpido cerebro estriado,
por pensar que ahora está enamorado.*

*Me desquicia en pensamientos,
haciéndome dudar de lo que siento.*

*No sé si somos fantasía o algo de verdad,
quizá resultado de nuestra mente y nada más.*

...

*Que te diga lo que siento, me pides,
pero mis palabras no pueden ser libres.*

*Sabes que el amor que mi corazón atesora
no te lo puedo confesar por ahora.*

*Sabes que te sueño en mi mente,
grabado estás como fuego candente.*

*Sabes que te pienso en el día,
tu presencia me da la alegría...*

*Mas nuestro amor es una pequeña balada,
que al llegar la noche se acaba.*

*Nuestro cariño mantiene encendida,
la inspiración que surge fluida,
y aunque tengo miedo a que un día acabe,
en mis obras quedará el recuerdo imborrable.*

*Si te sueño o si te amo,
no soy libre para confesarlo.*

*Ahora que ya lo sabes debemos proceder
a dejar el amor a parte y volvernos a querer».*

Al terminar de leerlo pensé en que con ese poema debía poner fin a mi

agonía.

Jamás descubrirá lo que siento por él.

Aarón

De pronto, me vi dispuesto a escribir a todas las personas que teníamos en común hasta enterarme de su paradero. Me traía sin cuidado dónde quisiera ir, debía decirle que la estaría esperando o la acompañaría allá donde fuese.

Algo me empujó a empezar por Bárbara. Intuí que quizá fuera la única que supiera algo, y no me equivoqué.

Gracias a nuestra alocada amiga, pude enterarme de los planes de Dana.

—¿Sabes algo de Dana? —le pregunté a bocajarro, sin ni siquiera saludar.

—No, ¿por?

—Es importante. Necesito encontrarla.

—No me ha dicho nada.

—Debo hablar con ella, me voy a divorciar. —No sé por qué le mencioné eso, pero creo que fue lo que me abrió camino hasta la información anhelada.

—Está bien, Aarón. Te lo diré a riesgo de que me mate cuando vuelva.

—Me hizo reír.

—Escucho.

—Hoy estaría en Barcelona. Mañana a primera hora vuela a Italia.

—¿A Italia? ¿Qué se le ha perdido en Italia?

—No sé, solo dijo que quiere desconectar. Aunque lo peor es que no tiene intención de regresar.

—Joder, Barcelona es muy grande —espeté sintiendo cómo crecía la desesperación en mi interior.

—Tranquilo, la podrás encontrar en el hotel NH del aeropuerto. Si no la localizas, dímelo, y la obligo a quedar conmigo para tomar un café. Es más, ayer le prometí decirle si podría ir a verla, para despedirnos.

—Voy para allá.

—¿Al hotel?

—Sí. Barcelona está a unos cien kilómetros de aquí. En poco más de una hora habré llegado.

—Está bien. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Bárbara. Te debo una.

Dejé el móvil en la mesa y fui a darme una ducha, cambiarme y salir corriendo a su encuentro. No podía permitir que se fuera sin haber hablado antes con ella, decirle que pronto dejaría de estar casado y no tendría que alejarme por ese motivo, pronto se habría arreglado un problema.

Dana

Un ligero golpeteo en la puerta me sacó de mi plácido descanso. Sentí desorientación, desconocía qué hora podría ser.

La pereza invadía mi organismo, pero hice un esfuerzo por trasladarme hasta allí y abrir.

Nunca imaginé que aquel insignificante acto pudiera reportar tanta felicidad. Tras ese frágil muro de madera, el Universo me tenía un regalo de valor incalculable.

La primera reacción fue pensar que seguía soñando. Pero no, el cuerpo reaccionó de una manera tal que en ese instante reconocí al hombre de rostro

borroso de mis sueños en las facciones de Aarón. El ritmo cardíaco aceleró sin previo aviso y, con ello, mis labios enmudecieron como si hubieran perdido la capacidad de comunicación.

—Hola, Dana —saludó al ver mi rostro compungido.

Respiré hondo como respuesta.

—Quería verte antes de que te fueras. En realidad... No quiero que te vayas. No puedo dejarte marchar.

Y sin decir nada, aún sin haber traspasado el umbral de mi aposento, di un par de pasos al frente para abrazarme con fuerza a su torso.

No podía más, mis fuerzas se encontraban agotadas como para huir ni un solo centímetro; no quería seguir apartándole de mí. Si tenía mujer o familia..., me daba igual. Era demasiado tarde, pues había conquistado mi corazón y mis deseos. Nada tenía ni tendría sentido sin él. De alguna manera, entendí que mi alma lo estuvo esperando toda la vida y, ahora, ya no trataría de alejarle.

Aarón

Aún con sus brazos envolviéndome, la conduje con suavidad hasta dentro del dormitorio. Cerré la puerta tras nosotros con un sutil movimiento. No quería que me soltase, y yo tampoco podía soltarla. Percibí de su pecho un ligero sollozo que agrietó el mío. Y entonces, lo entendí: la amaba tanto que el rumbo de mi vida se esfumó; no me alcanzaba el mundo si no era para compartirlo con ella. Y mi corazón se sintió inútil; no comprendía por qué la sentía de esa forma. En cambio ahora, lo que tantas veces pensé, lo percibí con notoriedad en todo mi ser: había nacido para mí, para que la encontrase, para seguir amándonos desde donde en algún instante, en otro tiempo, en otro

lugar, quizá en otro espacio o realidad, nos quedamos. Mi alma era parte de la suya, aún siendo mía. Mi interior latía en preso acompañamiento al suyo. Quizá un día, de morir, sucumbiríamos conocedores de que el uno no podría seguir vivo sin el otro, y lo haríamos juntos.

La aparté con cautela, deseando terminar lo que un día, noches atrás, nació en medio de la culpa. Ahora éramos libres y nada podría impedirme conquistar los labios de la mujer más especial del planeta.

Me acerqué a la vez que enjugaba sus lágrimas, y un beso tierno y delicado se encendió con candente pasión en cuanto mi lengua rozó la suya. La tomé de la mejilla y cintura con recreado movimiento, queriendo aferrar no solo su anatomía, sino toda su alma. Deseaba fundirla conmigo.

La camiseta que vestía dejaba al descubierto el primer sendero hacia su sedosa piel. Al palparla con las yemas de mis dedos, y percibir que al fin era ella, mi corazón se aceleró descontrolado. No recordaba haber estado jamás tan colmado de júbilo, amor y excitación al mismo tiempo.

Sin dejar de saborear su boca, abrí los ojos para observarla y, como si me hubiera adivinado, obró de igual manera, dejándome percibir sus pupilas dilatadas, clavándomelas a la vez que me atraía con firmeza hacia ella, segura de sí misma. Su mirada penetrante iba cargada de palabras nuevas, esas que la lingüística no alcanza a definir y que, sin embargo, el corazón conoce a la perfección.

Nuestra complicidad era desconcertantemente armoniosa. Con un suave movimiento coló su mano por debajo de mi indumentaria, invitándome a desprenderme de ella.

Mientras concedía su sutil petición, observé cómo procedía a lo mismo, quedándose, para mi deleite, tan solo en ropa interior. Recordé la escena que apenas unos días antes había acontecido en su casa, cuando el cinturón de su

batín jugó a regalarme un pequeño adelanto visual. Pero aquello no se podía comparar. Ahora conseguiría ejecutar lo que en ese momento tuve que ahogar en mi imaginación.

Sin pensarlo dos veces, lo hice. La agarré una vez más por la parte baja de la cintura y la pegué contra mí, dejando que nuestro deseo se rozase una primera vez antes de fundirnos en uno.

La conduje a la cama. Con una sonrisa de picardía empezó a desprenderse de las pocas prendas que le cubrían. Imité sus pasos. Sentí cómo me esperaba. Contemplé su sensual boca; se relamió provocativa. Volvió a clavar su mirada en la mía y, de pronto, me tomó del cuello acercándome hacia sí. Fundió sus labios con mis ganas, su lengua con mi excitación, y toda su piel se rozaba sensual contra mi fogosidad. Una pasión desmedida e inagotable nos envolvía, conduciéndome por nuevas sendas, curvas definidas e inolvidables que marcaron mi camino hasta hallarme sumergido en plácida oscilación de emociones.

Dana

Hicimos el amor como jamás hubiera imaginado. La pasión que nos unía era algo inenarrable. Y mis pupilas lo sabían, ya que se vieron empañadas en un par de ocasiones por la intensidad de aquel sentimiento de reencuentro.

¿Es posible?, me pregunté. Y sí, a esas alturas, aunque no lo sabía explicar, fui consciente de que era más que posible. Estaba siendo real. Me dejé seducir por la excitación que juntos emanábamos. Me dejé cortejar en el más amplio de los significados. Deseaba ser suya, que me tomase y no me soltase jamás. Sus besos, su piel, sus caricias, su forma de hacerme disfrutar, se grabaría en mí hasta expirar mi último aliento.

El tiempo pareció volar entre caricias y abrazos. Apenas intercambiábamos palabras, las miradas ya transmitían lo único que en ese instante nuestros corazones querían expresar. Si existía el nirvana, era muy probable que fuera semejante a lo que vibraba en mi interior.

Sin saber en qué momento, nos quedamos dormidos.

Desperté a la mañana siguiente en medio de un sobresalto. No recordaba haber soñado nada, tan solo una sensación rara acompañaba ese repentino desvelar.

—A las 13:00 sale mi avión —informé a Aarón tras darle un beso de buenos días.

—¿Al final te vas a marchar?

—Bueno, supongo que sí.

—Te tengo que decir algo. He hablado con mi mujer y nos vamos a divorciar. De hecho, hoy iba a hacer algunas gestiones para agilizar el papeleo.

Me quedé mirando sus ojos sin saber qué responder. Solo deseaba llorar. Llorar por sentirme dichosa.

—Eso quiere decir que... —No terminé la frase.

—Que deseo estar contigo, si tú lo deseas también.

Le abracé sin poder reprimir mi felicidad. No existía cosa que quisiese más en el mundo que estar a su lado toda la vida. Sabía que nos amaríamos intensamente hasta que nuestro último aliento nos separase.

—Se me ocurre que... No sé si te apetecerá. ¿Qué te parece que coja el

avión y en cuanto puedas te reúnes allí conmigo? Podríamos pasar unos días juntos, solos, alejados de todo. Y cuando nos cansemos de los espaguetis, volvemos y vemos cómo lo hacemos... —Traté de bromear con la comida en un intento de ablandar su serio semblante. Me miró y guardó silencio. Supuse que estaba pensando cómo organizar el trabajo.

—No deberías irte —respondió al fin.

—¿Por qué? —vacilé frunciendo el ceño.

—Creo que no es buena idea...

—Yo también siento algo extraño en el pecho al pensar que me voy a marchar..., pero quiero tranquilizarme con la idea de que solo es miedo; miedo a volvernos a alejar.

—Ahora que te he encontrado, temo perderte.

—Yo también.

—¿Por qué no te vienes conmigo y buscamos juntos un lugar donde ir? ¿Te vendrías a vivir conmigo?

—Sí, viviría contigo. Pero quizá nos vengan bien unos días de vacaciones. —Me miró sin decir nada. Seguía reticente a que me marchara y, por un lado, yo también lo estaba, mi corazón latía intranquilo. Sin embargo, quería convencerme de que descansar de todo, lejos de lo que conocíamos, nos podría venir bien, e insistí—. Venga, mañana o pasado nos reunimos en Italia.

No hablamos más del asunto. Desayunamos juntos y, tras acompañarme a la puerta de embarque, él tomó rumbo hacia donde todavía tenía su hogar.

—Siempre juntos, ¿vale? —Me dijo dándome un beso en la frente antes

de marcharse.

—Sí. Además, en breve nos encontraremos de nuevo —le respondí con una sonrisa llena de amor.

Farón

No podía concentrarme. La escasa hora de viaje se hizo eterna y, a la vez, pasó volando. Dana no se borraba de mi mente, y tampoco quería que lo hiciese.

Un nudo atormentaba mi estómago. Estaba nervioso y no podía evitarlo.

De camino a casa, llamé a Álex. Necesitaba estar con alguien, tratar de desfogarme. Pero esta vez no charlando.

—¿Le damos a los guantes? —le dije nada más descolgar.

—¿Estás bien?

—No. No logro entender qué me pasa.

—Pero estuviste con ella, ¿no?

—Sí.

—¿Y no fue bien?

—Fue mejor que bien. El problema ha surgido esta mañana, cuando me ha dicho que al final sí se marcharía a Italia.

—¿Se quiere quedar allí?

—No. Volverá. Incluso, me ha animado a que vaya y me reúna con ella, pero...

—¿Pero qué? ¿Te agobia?

—No, no sé explicarlo. Siento un vacío que va creciendo por momentos. Me va a dar algo.

—Bueno, tranquilo. Ahora te desfogas.

—En quince minutos estoy allí.

Aparqué en la misma entrada del gimnasio. Álex había llegado, vi su coche unos metros más adelante.

Cogí del maletero una bolsa de deporte que acostumbra a dejar ahí y, una vez en el local, recorrí el pasillo directo a los vestuarios. Entré. Aunque no era habitual, tan solo mi colega aguardaba dentro. Me sentí agradecido. Siempre fue un consuelo poder contar con él en cualquier momento.

Después de saludarle, observé que ya estaba equipado, apenas le faltaba la protección dental.

—¿Estás mejor? —indagó preocupado.

—No. Sigo más o menos como antes, quizá un poco peor.

—Bueno, en cuanto te deje K.O. se te pasa la tontería.

—Si esta vez lo consigues, entonces sí que pensaré que me sucede algo grave... —repliqué entre risas ajustándome el guante.

Pero para su desgracia, no me andaría con miramientos; o sacaba rápido toda la tensión o me daría un ataque de nervios de verdad.

Dana

Nunca pensé que el destino iba a ser tan antojadizo. Quizá, en algún momento, mi intuición me vino avisando de lo que estaba a punto de suceder, sin embargo, no quise escucharlo. Preferí atender las razones justificadas que mi mente tratase de dar, antes de entender el claro y simple mensaje: no

tomes el avión.

Aun así, lo hice.

Igual a si estuviera sumergida en un déjà vu, percibí las turbinas de avión comenzando a girar. Por unos segundos, tuve el instinto de coger la maleta y desembarcar; y es que, de pronto, no tenía sentido realizar un viaje que me arrastraría a cientos de kilómetros de distancia de él. A pesar de todo, una vez más quise tranquilizar mis temores pensando en que muy pronto volveríamos a estar juntos y, esta vez, para siempre.

Ojeé en el móvil la ventana de nuestros mensajes. En esta ocasión, la intención con la que le escribiría sería distinta.

—Te amo y siempre lo haré. Pronto nos volveremos a encontrar.

Firmé poniendo mi nombre debajo y, ante mi sorpresa, mi corazón lo sentenció con una furtiva lágrima que no esperaba alumbrar.

Aarón

Un par de ganchos más y Álex volvería a caer reventado y avergonzado ante mi superioridad física.

—¡Vamos, tío!, ¿no lo sabes hacer mejor? —le vacilé sabiendo que aquello ayudaría a prolongar el combate unos segundos más, a que sacase, a través de un ataque de furia, las pocas energías que le quedaban.

Con la música sonando de fondo y nuestro baile sobre el cuadrilátero, conseguí, por unos minutos, apaciguar mis pensamientos. Aquel requería toda mi atención, estar concentrado en los movimientos, si no quería que mi rival me noqueara en un despiste. Aunque, a esas alturas, ya sabía que no era

tan fácil dejarme fuera de juego...

«Interrumpimos la emisión para dar un avance informativo. Según nos comunican, se ha estrellado un avión comercial hace escasos minutos. El boeing salía desde el aeropuerto de Barcelona con destino a Florencia, Italia. Dicho aparato, propiedad de la comp... ».

Con la mirada, antes fija en el pómulo izquierdo de mi contrincante, lancé el brazo en un directo que se congeló a medio camino junto a mis ilusiones. Ni corto ni perezoso, Álex aprovechó ese momento para colocar su cuerpo y devolverme toda la rabia acumulada, con un uppercut que entró por mi mentón, dejándome inconsciente.

Todavía no sé si lo que me barrió fue el golpe físico o el que el destino propició a mi alma desprotegida.

Para cuando vino la ambulancia, ya era tarde para hacerme cambiar de idea.

El día en que la encontré me juré a mí mismo que estaría a su lado hasta que exhalara su último aliento. Lo hice así porque sabía que sin ella, la vida ya no tendría sentido. No después de haberla conocido, de pasar grandes momentos juntos, de poder besarla, abrazarla, olerla..., de saber que ella era todo cuanto necesitaba para ser feliz.

Obediente, partí de nuevo en su búsqueda, deseando esta vez, que el Universo nos permitiese poder disfrutar más tiempo juntos en esta mágica realidad donde el amor, a pesar de doler, te hace sentir vivo y dichoso.

Dana

Al abrir los ojos, vi al hombre de rostro borroso de mis sueños a mi lado, una vez más, vi a Aarón. Me di cuenta de lo que aquello significaba. Permaneceríamos siempre juntos, ya que estábamos enlazados por ese cordón invisible que se encarga de unir a las *almas gemelas* una y otra vez por la eternidad.

Y es que, cuando amas a alguien, a ese ente que sin ser tú percibes como parte de ti, comprendes que la felicidad te va a acompañar siempre, y, en ese transcurso, mientras intuyes que existe y tratas de encontrarlo, la vida te va mostrando oportunidades para crecer, para sonreír y llorar, para aprender y olvidar, para valorar lo que hubo y lo que está por llegar. Cuando amas de verdad, tu alma permanece latiendo en un presente indefinido, sin principio ni final.

Allí, al lado del alma de Aarón, entendí que de nuevo le había encontrado, y no sería la última vez. En aquel último aliento asimilé que siempre, fuera como fuera, durase el tiempo que durase, siempre volveríamos a unirnos. Incluso en la distancia. Ya lo estábamos.

—Es el momento de elegir —le dije.

—Esta vez anhelo que nos encontremos antes, y pasar toda una vida, una longeva existencia carnal, a tu lado —aseguró, haciéndome percibir la intensidad de su deseo. Mi alma vibraba dichosa—. Y...

—¿Sí...?

—Quiero que nos lo pongamos más fácil. No estoy dispuesto a esperar otros más de treinta y cinco años hasta volver a disfrutarte.

—Estoy de acuerdo.

—Siempre juntos, ¿vale?

—Sí. Siempre juntos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darte las gracias por haberle dado una oportunidad a mi trabajo.

Les agradezco también su apoyo y sugerencias a mis lectores cero. Sin ellos, seguramente la obra carecería de ciertos detalles de valor.

Gracias también, a todas las personas que cada día me alientan y me ayudan o motivan a crecer (amigos, compañeros, blogueros, familia...).

Y mi mención y agradecimiento especial a Marcos Nieto Pallarés, a Ruth Martín, a Rotze Mardini, a Isabel Martín, China Yanly, a Alicia Vozme, a Begoña Carmona, a Sara Garvia, y a mis amigos/ compañeros #remajos. Cada uno sabe por qué ;). Gracias.